

A woman with long blonde hair, wearing a white, flowing dress, stands in a dark forest. She is holding a dark staff or wand. The forest is dimly lit, with several bright blue light rays streaming down from the trees, creating a mystical atmosphere. The woman is looking towards the left.

NIÑA DE SOMBRA

CHUY MABÚ



Círculo Rojo
editorial

Niña de Sombra

CHUY MABÚ



Registrada ante INDAUTOR como: «NIÑA DE SOMBRA»
ESCRITA POR: CHRIS JESÚS MAYORAL BUSTAMANTE.
N. R. Autor: 03-2019-010812522500-01
«NIÑA DE SOMBRA»
BAJO EL SEUDÓNIMO DE: CHUY MABÚ.

Primera edición: octubre 2023

ISBN: 978-84-1199-311-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Chuy Mabú

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

*Dedicado a quienes han permanecido a mi lado,
sin importar los momentos oscuros. A mis compañeros
en este viaje cósmico.*

Agradecimientos

—Editorial Círculo Rojo, por incluirme dentro de su catálogo y hacer pública mi obra. ¡Por creer en mí!

»A mi hermano Iván Omar, por ayudarme a cumplir el sueño de mi vida, y a realizarme profesionalmente.

»A mi hermano Juan Pablo, Q. P. D. por inspirarme a seguir.

»A tí Maestro, por abrir mis caminos.



La psiquiatra tomó notas mientras la paciente jugaba con un video juego. La pequeña llevaba los mini audífonos metidos dentro de los oídos, no prestaba atención a nada; Dennisse Lynn se limitó a revisar el expediente, no había mucho escrito en él: «Alexa Romero. Diez años de edad.» Diagnóstico parcial: «La niña evita hablar, no pone atención y no come sola, desde hace cinco años.», «...tiene la mirada perdida, el color azul pálido de sus ojos acentúa el rasgo...» En dieciocho meses no había logrado ningún avance, nada. La especialista estaba auténticamente interesada. Había dedicado muchas noches de lectura buscando algún referente, que pudiera ayudar a sacarla de ese lamentable estado.

Autismo y asperger habían sido descartados casi de inmediato, «La paciente se comunica con mascotas y con su hermano mayor de manera casi normal, pero en voz muy queda.», «No habla con adultos ni atiende a sus maestros.» «La paciente parece impedida para describir o decir, incluso a su hermano, como se siente o lo que piensa.», «Ella nunca llora. No se queja.», «No responde a regaños, ni al cariño, ni a los regalos.» «Su vida parece estar en pausa.» «Según la madre, pasa la mayor parte del tiempo mirando televisión, sin cambiar de postura», «...sin embargo, es imposible saber qué llama su atención o cuales programas prefiere, porque mira lo que sea, (usualmente caricaturas).» «Dennisse releyó en sus notas, no había cambios.

«Lleva a todas partes el video juego portátil. Al parecer es su única diversión, aunque nadie la ha escuchado reír o frustrarse al perder. Siempre el mismo juego pasado de moda, reiniciando incansablemente, agotando baterías por docenas a la semana.» «Pase lo que pase, Alexa no mira otra cosa».

Claudia, su mamá, aguardaba arrellanada en un sofá de la sala de espera hablando hasta con los muertos. Su teléfono celular nunca dejaba de sonar con algún tono distinto para; mensajes, llamadas, whatsapp, o tweets; adicta a la tecnología, tampoco es que mirara mucho hacia afuera. Vivía tan ausente como su hija, aunque con una vida social de vértigo. Mientras pudiera pagar a alguien que ayudara a la niña, ella sería considerada la mejor madre del mundo; por eso había elegido a la más costosa. Por eso no entraba al consultorio, ni preguntaba jamás por los avances, si es que alguno, pudiera mejorar a la nena; sin embargo, su estado de Facebook mostraba un emoticón de «bostezando aburrida», mientras las amigas comentaban las excelencias de tan afamada psiquiatra; aprovechando de paso para ventilar sus crisis de identidad cotidianas. Llenando de pulgares arriba el comentario de la expectante amiga desde la inhóspita sala de espera.

Dennisse cerró la carpeta, miró el reloj, se puso de pie dirigiéndose a la puerta, para indicarle a la despreocupada madre que podía llevarse a la niña. «Hasta la próxima semana» era su adiós de rutina, siempre sonriente, mientras Alexa caminaba inexpresiva detrás. Claudia usualmente se despedía agitando sus impecables dedos, haciendo ruiditos acrílicos al entrechocar las uñas, sin interrumpir nunca sus importantísimas conferencias telefónicas, sobre los pormenores del club, siempre con la misma ironía velada sobre tiempo perdido, cuando en la barra comenzaba el dos

por uno, y las amigas organizaron la canasta. Dennisse les deseó «buena suerte y luz en sus vidas» aunque ninguna lo escuchó.

Alexa, mortalmente ausente, reinició el juego cuando subieron a la camioneta blindada. El chofer y los guardaespaldas las condujeron de vuelta a su «prisión-palacio» para «niñas bien». No habían avanzado mucho cuando las baterías del aparato comenzaron a morir; los pixeles que la entretenían comenzaron a desvanecerse, finalmente la pantallita se apagó, dejando un cuadrito gris e inanimado que no sacó de su mutismo a la niña. Lo miró largo rato sin saber qué hacer, oprimió los mandos compulsivamente intentando sacarle algo de jugo a sus baterías descargadas; cuando se convenció que sus amigos de pixeles no volverían, lo guardó en el bolsillo del abrigo y miró por la ventana. Alexa no entendía por qué afuera era tan gris, como si al apagarse el aparato se hubiera detenido el mundo. Todo lo que miraba parecía estéril, plástico, congelado; además comenzaba a llover. Observó gotas de agua escurriendo horizontalmente, formando «paisajes transparentes», destruyendo y reconstruyéndose uno tras otro mientras avanzaba el vehículo familiar. Cerró los ojos, su madre hablaba sin parar comentando esto, lo otro, sin tregua ni línea; sentada a su lado pero lejana como Neptuno, e igual de fría. Golpeó el cristal que separaba la parte trasera con los anillos, siempre exigía a gritos mayor temperatura en la cabina acolchonada color cereza del vehículo. Mientras Alexa, inmovilizada en su silla especial y envuelta con cinturones de seguridad, cálidamente confortada, se durmió, sin tomar en cuenta los improperios vociferados por su madre en cada bache y semáforo del trayecto.

Llegando a la mansión, cruzaron la reja de apertura electrónica, recorrieron el caminito arbolado vigilado por cámaras de seguridad, único conducto hasta las escaleras de entrada. Una sirvienta obesa los recibió con varios paraguas bajo el brazo. El primero se lo dio a la patrona, ella lo tomó y entró sin mirar atrás. Otro lo tendió a dos gruesos guardaespaldas y finalmente, usó otro enorme con el que cubrió a la adormilada niña, conduciéndola seca y sana hasta la entrada. Mientras, el chofer estacionó la camioneta en su lugar, entre los otros cuatro vehículos de súper lujo.

Antuan, el primogénito, debatía contra zombies en la pantalla gigante de 75 pulgadas, en un juego de rol, en este caso un mercenario; no miró a Claudia y menos a su extraña hermana cuando llegaron. Su madre se dirigió a la computadora del despacho para revisar las múltiples cuentas de redes sociales, después de mascullar a su hijo un «Hola Antuan», de pasada y sin voltear, cerrando la puerta tras de sí; la niña permaneció de pie a medio pasillo sin poder decidir qué hacer. Observó largo rato a su hermano disparando y matando zombies enormes, haciendo comentarios, gritaba cada que alguno le mordía los brazos en su ávida búsqueda de carne humana para merendar. Esos juegos no le gustaban a Alexa en absoluto, le daban terror, los disparos la ponían nerviosa pero ¿Qué más podía hacer? Su asistente la había dejado ahí plantada, ella no pudo evitar orinar de miedo. Fue la asistente encargada quién la condujo a su habitación, luego que Antuan la llamara a gritos por los orines olorosos a medicamentos en el suelo. La empleada debía evitar a toda costa disgustar a la patrona, quién aborrecía ver a «...esa niña...» parada en cualquier parte sin hacer nada, mirando el vacío, mientras ella se desarmaba ocupadísima en llamadas, mensajes de texto, y apuestas en línea.

Alexa no opuso resistencia, se dejaba conducir como pony anciano permaneciendo donde la dejaban. La empleada cerró la puerta, enseguida la amonestó por permanecer en el frío pasillo, la niña era propensa a enfermarse, y ella era la única responsable si sucedía. Llevaba cuidándola siete años, sin embargo, tenía prohibido comportarse maternal con ella. Cuando terminó la dejó

en su habitación, después de cambiarle el uniforme escolar, los pañales, llevarla a tomar un baño, y ponerle ropa de casa abrigadora.

En todos sus años de vida Alexa había resuelto sólo un par de cosas, una era tener un cajón lleno de baterías para su juego, así que se dirigió a él y buscó hasta el fondo. El cartón alargado estaba vacío. Permaneció inmóvil algunos minutos sin reaccionar, se sentó en la orilla de la cama deseando que apareciera mágicamente para no tener que pedirle a su hermano un par. Estuvo horas sin encender la luz, observando cómo la noche se tragaba los muebles volviéndose informes. Imaginando que pasaría la noche con sacrificio y las baterías estarían ahí cuando fuera de día, lo llamaría milagro, entonces hablaría normal nuevamente.

La niña pareció brotar del aire cuando la luz de la habitación se encendió, el timbre de voz grave de su padre la trajo con sobresalto a la vida cotidiana.

—¿Qué haces en la oscuridad?—preguntó el magnate, ella lo miró a los ojos un segundo; era probablemente el único ser humano al cual Alexa miraba sin oponer resistencia. La niña señaló el cartón vacío tirado en el suelo. El padre caminó hacia ella, la tomó por el hombro para conducirla, sin prestar atención a sus esfuerzos por hacerse entender.

—¡Mira lo que consiguió papá!—exclamó triunfante cuando estuvieron parados sobre la duela de sándalo que perfuma el despacho. Alexa observó el espacio, de primer momento no vio nada inusual, el multimillonario señaló la pared del fondo. Sobre una repisa donde antes había esculturas de marfil, ahora descansaba un espejo octagonal de obsidiana, brillante y pulido.

Alexa reaccionó de su condición unos segundos, parecía fascinada, se acercó al espejo voluntariamente, preguntó con un susurro «¿Qué es?», parecía gustarle. Roberto abrazó a su hija sintiéndose infinitamente feliz por escuchar esa débil y vacilante voz por primera vez en cinco angustiosos años.

—No sé cómo se llama. Pero está increíble. ¿Sí?—. La niña asintió, el padre, tomando a su hija en brazos la acercó al objeto. Alexa acarició la pulida superficie de cristal volcánico, sintió una temperatura especial, como si estuviera viva. Al tacto la negrura vibraba ligeramente para ella, —¿Te gusta? ¿La quieres en tu habitación?—. La sonrisa de la niña asomó con timidez, su padre la estrechó y besó con mucha fuerza, como si quisiera exprimir, o imprimirse la esencia del momento feliz en el corazón.

El magnate, llevando a su hija en brazos se dirigió al comedor. La niña estaba con la cabeza acurrucada sobre su hombro, aún sonreía levemente cuando se sentó. —¡Alexa habló!—exclamó triunfante Roberto.

—Publicarlo en tu estado, ¿Ya compartiste? Esa terapeuta está costando una fortuna, pero ahí están los resultados. Merci ma soeur...est en ligne—dijo Claudia, mientras escribía a nombre de su marido un mensaje de texto agradeciendo a su hermana.

—¡Por favor! Habló y eso me puso a mil—. La madre no agregó nada más y comenzó a cenar. —Voy a poner «la roca» en su cuarto—anunció el magnate, su mujer soltó la cuchara a propósito, salpicando el mantel.

—Te dejas estafar con esa cosa, la traes a mi casa ¿para refundir en el cuarto de esa niña Roberto?—exclamó, subiendo la voz.

—El dinero no es nada, a ella le gustó, ¡la hizo sonreír! ¿Verdad Alexa? ¿Te gustó la artesanía? Es original, Maya...—. La niña no respondió, jamás hablaba en presencia de su madre, se limitó a observar su vaso de leche, sin moverse.

—¡Tu hija mimada!, por eso nos castiga con indiferencia, le das lo que sea, pero es tu business. ¿Que m'importe? mieux comme ça, así no tengo que verla dans le bureau.

El niño, sin haber perdido detalle sobre la plática, intervino, —¿A mí qué me vas a dar?—.

El padre tomó su lugar en la cabecera de la mesa para ocho, súper servida como bufette. —¿Quién es campeón de tiro al blanco? ¿No vas a ir a Italia con tu mamá?... puedes comprar lo que quieras en Europa. Te daré una adicional de mi cuenta personal, con límites—. El niño sonrió a su madre, ella no lo miró. —¿Escuchaste mamá?, ¡Puedo comprar lo que quiera en Europa!— anunció emocionado.

—¡Aja!...—respondió sin escucharlo. —¿Allí también hay rocas negras?—preguntó el niño con franca envidia, —No debes comprar cosas pesadas campeón, ¿Recuerdas lo del límite de peso en el avión, y todo ese relajo en Boston?—. El niño lo miró, sintiéndose compungido; —¿Lo ves? Si van a Alemania, busca una computadora flexible como la que vimos en internet, y trae otra para mí, y algo electrónico, lo que tu quieras, ¿Para qué quieres una obsidiana muy pesada any way?—. El niño se encogió de hombros. —¡She speak to me! Merece un incentivo. You can play with everything else. You are older, y campeón de tiro al blanco, you are an important men now—.

El chiquillo comenzó a cenar pensando en que podría comprar en su viaje, —Voy a hacer una lista de lo que no tengo—murmuró, sin dirigirse a nadie en particular,

—Va a ser una lista muy corta... ¿No?—preguntó Roberto, sonriendo en broma irónica, mientras ayudaba a Alexa a comer, aunque ella cooperó un poco esa noche. —So what?, voy a hacer una lista any way—dijo Antuan y probó otro postre.

La empleada obesa entró al comedor, cambió los platos, sirvió los guisos; pollo frito para el niño, una papa al horno con crema, sin especias, para Alexa, un T-bone de un cuarto de kilo, término medio, marinado al curry para el padre, una crepa de higos en dulce, y salmón al vapor para la madre; pero apenas la probó por estar en el teléfono con la hermana. Luego de servir otros postres y café, la asistente supervisó a los niños en su aseo nocturno, y los acompañó hasta que estuvieron en sus camas.

El padre apagó las luces de techo y encendió las de buró, en ambas habitaciones. Les dio las buenas noches y arropó a cada uno, no siempre tenía oportunidad de hacerlo debido a sus apretados horarios. Con Alexa estuvo solo cinco minutos, caía fulminada casi al instante debido a los medicamentos que tomaba. Con Antuan platicó más de una hora, ambos atesoran esas noches de desvelo, siempre divertidas. Platicaron sobre Europa y lo que había qué ver por la zona donde iban a visitar. Romero le mostró en un mapa virtual, en su exclusivo teléfono, «el viejo continente», utilizando una nueva aplicación de geolocalización que compartió con su hijo, para mantenerse en contacto en tiempo real. Sincronizando sus números telefónicos podían saber donde estaban uno y otro en cualquier parte del mundo, al momento. Esperó y explicó, mientras Antuan revisaba curioso las múltiples funciones del nuevo software de mapas virtuales 3D en su teléfono celular, y luego de programarlo en modo «Cartoon view», para explorar el mundo en caricatura; su padre, sintiéndose satisfecho, se retiró a descansar. Sabía que Claudia permanecía hasta tarde en el despacho, perdida en casinos de internet.

Sólo unos pocos metros separaban las habitaciones de los hermanos, el niño jamás entraba a la recámara de la niña, en cambio, ella se colaba de vez en cuando en la de su hermano, en especial cuando llovía, a Alexa no le gustaban las tormentas. Esa madrugada mientras los grandes dormían, la pequeña fue a refugiarse a los pies de la cama de su hermano mayor.

—¡¿Qué quieres Alexa?!—preguntó enfadado, mientras ella se envolvía en la colcha, —Lloviendo...—respondió con su voz de duende, —¿Y qué? ¿Crees que te va a caer un rayo? Eso sería divertido, te incendiarías como los zombis con el lanza fuego. Ha, ha, ha—. Alexa se cubrió

la cabeza. —No, zombies no...—. El chico sonrió maligno en la penumbra, —Yo soy un cazador de zombies profesional, no puedo hablar de otra cosa, es mi oficio—susurró, intimidando aún más, —No...—murmuró ella, —Sí. Y como estás en mis dominios vas a tener que oír, o vete de aquí. ¿Huele a pipí? ¡Asco! ¿estás mojada?, ¡Help!—.

Alexa, inexpresiva, se cubrió las orejas con las manos mientras su hermano le describió los pormenores del juego, empujándola con los pies lo más lejos posible de sí. Detalló cómo en el nivel doce los monstruos eran tan poderosos qué no había podido terminarlo en varios días, describiéndolos horribles para asustarla y ahuyentarla, mientras, levantó un muro con almohadas y cobijas entre ellos; pero no contó con qué ella se había dormido y solamente escuchó murmullos siniestros e ininteligibles.



El día del viaje, tanto Claudia como Antuan estaban muy emocionados; para el niño no era su primer vuelo transatlántico, pero sí era la primera vez que iba a Italia y con el permiso de comprar lo que quisiera en Alemania, había hecho una lista kilométrica de juegos de PC y para consola exclusivos para el mercado alemán; había investigado, sabía que sólo él tendría esos juegos, además que iba en serio por esa computadora ultra delgada y flexible tan interesante. Por su lado, Claudia estaba flirteando con la histeria, despidiéndose de sus amigas y hermanas, recibiendo encargos millonarios de todas ellas. La mansión parecía animada por el alboroto, como si muchas personas vivieran ahí.

Alexa se limitó a mirar el ajetreo, le tenía sin cuidado no haber sido invitada a Europa, dicho por su madre «era un desperdicio pagar para pasear a una niña que no se va a enterar de nada», además había que cuidarla, obligarla a comer, los pañales, los olores, un verdadero fastidio. La última vez que había salido de vacaciones con toda su familia habían ido a España; necesariamente llevaron a la nana sólo por ella, desgraciadamente la muy cretina terminó accidentada, con toda su gordura, en su día libre, cuando fue a la playa; arruinando las vacaciones, provocando problemas legales por los severos daños al yate de una diva de cine, contratiempos, y un escándalo cómico en «Hola» por la actriz afectada. Tuvieron que abandonar España de incógnito y rentar un jet privado para evitar a los paparazzis. En fin, salir con Alexa era sinónimo de desastre. Al mediodía tomaron sus maletas, el chofer las puso en la parte trasera de la camioneta. Se fueron sin despedirse de ella, dejándola sentada en la escalera de mármol jugando con su consola personal, tomando un poco de sol, por primera vez, desde hacía varios años.

Cuando comenzaba a oscurecer y solo porque amenazaba lluvia, la nana recordó que la niña continuaba afuera, en el mismo lugar de la escalera. En compensación, después de cargarla, cambiarle la ropa, pañales y darle un baño, le hizo un emparedado con jalea de uva cortado en nueve cuadritos, sin cortezas, para que no le costara trabajo comerlos; luego la sentó a ver caricaturas en la estancia de la pantalla gigante, y a esperó hasta que el patrón regresara. Alexa se durmió sin comer más de cinco cuadros. Luego, una sensación de ardor en la piel la despertó, para sumergirla en el silencio atroz que pendía sobre la inmensa mansión y el sonido de la lluvia afuera. Sudaba de miedo y no sabía por qué. Quiso ir con la cocinera para no estar sola, pero la cocina estaba oscura, y las recámaras de las empleadas estaban lejos de ahí, para llegar tenía que cruzar el pasillo largo, el de muchas puertas cerradas e «infinito».

Se resignó permaneciendo sola como siempre. Tomó el control de la pantalla, subió el volumen, cambió los canales, lo primero que encontró fue un documental sobre cuevas y cavernas y ahí lo dejó. Por fortuna Roberto Romero llegó justo a tiempo para rescatarla, Alexa sintió tanta gratitud hacia su padre por llegar cuando más lo necesitaba, que no se contuvo e hizo lo impensable, ofreció sus brazos y no se separó de él el resto de la noche. Roberto estaba conmovido, agradecido con la terapia, con esos pequeños momentos gloriosos que humedecen

sus ojos, vibrantes como milagros. Su hija tenía cura; volvería a ser como antes, independiente, inteligente, parlanchina, educada, tierna y encantadora. Nada deseaba más en la vida que verla en el teléfono nuevamente, mandando videos improvisados por docenas, diciéndole que lo amaba, todos los días.

Alexa durmió en la enorme cama de sus padres y no se orinó. Por la mañana desayunó con su papá. La llevó de paseo a la oficina en lugar de a la escuela, sin permiso; pasó el día siendo el centro de atención entre las secretarias, también comió bien en el comedor de empleados. Aunque la niña se mantenía imperturbable y silenciosa, se sintió maravillosa siendo tomada en cuenta por gente real y cálida, tanto, qué por un día olvidó su video juego. Por la tarde fueron padre e hija a una churrería, comieron churros rellenos y helado antes de volver a casa. Esa noche durmió tranquila en su habitación, soñó que era importante y la gente aplaudía.

Por la mañana, después que Romero se fue a trabajar, la empleada obesa la acompañó a su escuela especial como siempre. Pasó el día sin contratiempos, jugó un poco con sus compañeros, y por eso la maestra le dio una buena nota en la libreta, y un sticker de Hellow Kitty®, alentando a continuar participando. Luego el chofer y la nana la condujeron de vuelta del colegio arropada con cinturones de seguridad, como todos los días. Pero cuando estuvieron en la mansión, Alexa se encaminó sola hasta el despacho a su papá, ella no había olvidado la promesa de colocar aquella hermosa «piedra» en su habitación, aunque él aparentemente sí. No era inusual qué su padre olvidara las cosas, un hombre tan importante y ocupado no podía estar en todo, todo el tiempo, y menos si no lo apuntaba en su agenda Irma, su asistente personal. Aguardó pacientemente sentada frente a la computadora apagada, en silencio, solo observando, admirando la negra y aperlada superficie de obsidiana. Ella sola encendió la luz de la lámpara para no quedarse a oscuras de nuevo, para poder seguir admirando su regalo, además, así sabría su papá donde encontrarla por la noche.

Cuando la asistente obesa intentó llevarla a acostar, la niña rehusó levantarse aferrándose a uno de los cajones del fino escritorio. Por obvias razones, la mujer no insistió mucho, maltratar el mueble o peor aún, a la niña, no sólo podría costarle ser despedida, sino meterse en un lío de miles de pesos y abogados. Esa gente millonaria no jugaba, ambas lo sabían muy bien; así que la condujo al baño del despacho para evitar accidentes de pipí, y dejó a su santa voluntad, esperando en la cocina, pues tampoco podía irse a dormir y dejarla deambulando sola por la casa.

Era ya muy tarde, cerca de la una de la mañana, cuando el señor Romero regresó. Alexa se había dormido en el despacho, acurrucada en un cómodo sillón minimalista. La sirvienta tuvo qué darle largas explicaciones a su patrón, el cual, no encontró nada bien que la niña durmiera fuera de su cama. —No quiso ir señor. Ya sabe usted que es muy obediente. Pero se agarró de todo y no pude...—. El empresario detuvo la explicación, y mandó a dormir a la empleada. No necesitaba nada de ella. Si su hija había decidido imponer su voluntad, estaba muy bien, había dejado de hacerlo desde hacía mucho; aquel incidente lo sorprendió aún más. En cuanto tomó en brazos a la niña, ella despertó,

—Alexa ¿Qué haces? Aquí no es para dormir—. La niña señaló la obsidiana, el padre comprendió su olvido. —¿No podías esperar hasta mañana?—. La chiquilla negó con la cabeza, muy seria. Sonriendo, Roberto exclamó fuerte —¡Bueno!, una verdadera hija mía, has conseguido lo que quieres. Lava tus dientes, ve a tu recámara. Enseguida voy—.

Alexa obedeció de muy buena gana, la asistente ya le había puesto el pijama y aseado. Se metió a la cama abrazando un peluche, aguardando impávida. Luego de unos minutos, su papá entró con una base de bambú, la acomodó en una repisa donde había juguetes. Guardó los peluches

dentro del armario y cerró la puerta, centró la base. Luego salió nuevamente y regresó con el octágono de obsidiana, pesaba bastante al parecer, ya que le recomendó no intentar moverlo, previniéndola de hacerse daño. Luego apagó la luz, encendió la lamparita azul para hacer «flotar» el decorado marino de arrecifes y peces, en la penumbra de la habitación.

Antes de retirarse Roberto besó a su hija en la frente, le dio las buenas noches, dejándola sola para que durmiera. La niña estuvo contemplando mucho rato los reflejos negro-azules sobre la obsidiana, sin preguntarse nada. Su sola presencia le provocaba una sensación de acompañamiento, como si alguien amable y hermoso estuviera ahí. Se sintió tentada a darle un nombre secreto, pero no lo hizo en ese momento, más que un objeto, parecía como una mascota u otro ser humano. Se durmió percibiendo una especie de tibieza selvática flotando en el aire.

Así pasaron algunos días, Alexa regresaba del colegio para encerrarse en su habitación y jugar con la bella obsidiana. Reflejada en ella hablaba, podía comunicarse con su imagen, le contaba sobre sus deseos y gustos; susurraba horas enteras sobre mil cosas, le pidió consejos y ayuda. Todo esto comenzó a inquietar un poco a los habitantes de la casa, acostumbrados a no escucharla nunca, creyéndola subnormal desde siempre, parecía que había enloquecido. La empleada a cargo de Alexa esperó al Sr. Romero esa noche para contarle lo que estaba pasando. El magnate no podía ser abordado por la servidumbre así nada más, no porque fuera mala persona, sino porque él lo había prohibido en algún momento, nadie se atrevía jamás a desobedecer una orden directa.

—Debió llamarme inmediatamente—amonestó el patrón a la asistente, —Es qué como usted no quiere ser de...—. Él interrumpió a la mujer con suavidad, cuando vio que se retorció de miedo ante él. —Tratándose de mi hija, le ordenó, sea lo que sea, me informe. No vuelva a ocultar nada, por favor—. La empleada asintió y sintió alivio al saber qué no estaba enojado con ella, —Me entusiasma que mi hija hable y juegue de nuevo. Agendé una visita con la doctora Lynn para que la observe en su horario de consulta. Usted va a tratarla muy bien, proporcione lo que haga falta, abrir puertas, todo lo necesario. Lo qué sea ¿Tiene dudas?—. La empleada negó con la cabeza. Entonces el magnate la mandó a descansar, dirigiéndose silencioso a la habitación de Alexa.

La niña dormía tranquilamente con las luces encendidas, por la postura de su cuerpo y el lugar que ocupaba en la cama, estaba admirando el octágono de obsidiana. La historia completa de semejante objeto le era desconocida a Roberto, sabía que había sido descubierta en una zona Maya, que un coleccionista norteamericano la había adquirido timando a unos lugareños con una suma ridícula, y pensaba sacarla del país de contrabando, pero en la primera aduana se la habían confiscado; los oficiales, entonces, la habían revendido a otro empresario amigo suyo. Al principio el amigo se negó a deshacerse de ella, pero Roberto Romero siempre conseguía lo que le gustaba, aquella «roca», como él insistía en llamarla, lo había fascinado desde el primer momento, era grande, exudaba algún tipo de poder, así que acabó desembolsando sin dolor algunos miles. Ahora descansaba en la repisa de roble de los peluches, él mismo la había mandado instalar desde antes que naciera la pequeña, jamás se imaginó que llevaría ese peso encima. La obsidiana labrada tenía un aura magnética, invitaba a contemplarla como si de un televisor se tratara, incluso sentía como si alguna imagen fuera a manifestarse de un momento a otro, por eso la quiso en su despacho, le ayudaba a relajarse; pero ahora pertenecía a su hija, y ella era su posesión más valiosa en la vida, él estaba dispuesto a todo, a cualquier sacrificio por complacerla.

Acomodó a la niña en la cama, la arropó para que descansara. Apagó todas las luces excepto la

lamparita nocturna color azul, esa siempre debía estar encendida. No es que Alexa temiera a la oscuridad, hacía cinco años no manifestaba ninguna emoción, más bien era por él, ya qué, aunque nunca lo hubiera confesado, no le gustaba, trataba de remediar la penumbra en todas partes donde se encontraba. Roberto Romero sí temía a la oscuridad, aunque creía haberlo superado desde hacía tiempo, continuaba proyectando inconscientemente en sus hijos su propio terror. Por eso, en el área habitada de su gigantesca mansión, nunca era totalmente de noche, debido a las luces de piso en todas partes. Salió de la recámara de la niña, su última mirada fue para la obsidiana.

Al día siguiente a las tres en punto llegó a bordo de la camioneta blindada la doctora Dennisse Lynn, muy sorprendida ante el estilo de vida de su paciente. Había reprogramado todas sus citas para dedicarse a Alexa hasta las ocho, era una oportunidad única profesionalmente hablando para atenderla y descubrir el misterio. Dennisse llevaba un estilo de vida holístico-burgués muy desenfadado, pero enfrentada de golpe ante tanto derroche la tomó por sorpresa. Lynn era una persona espiritual al margen de su carrera, no se permitió sentirse insignificante, como al parecer se sentían el resto de los empleados ante el poder ostentado en cada objeto de la casa. No era broma decir que casi todo había sido diseñado a propósito para cada espacio. Incluso las manijas de las puertas eran algo extraordinario, por ejemplo las de la entrada, eran un par de manos que había que «saludar», a doc; los pisos distintos en cada espacio, la forma de aprovechar la luz natural, la inmensidad de todo aquello, se sintió de pronto transportada a otro país, a otra realidad.

La empleada obesa y uniformada condujo ante la doctora a la niña, ella reaccionó de forma imprevisible, —¡Te has sorprendido Alexa! Sí, soy Dennisse. Vine a pasar la tarde contigo—. Alexa asintió, miró a Lynn a los ojos. A la doctora le dio una rara impresión, como si la niña la mirara desde el fondo de una piscina, pero hizo contacto, sonrió, definitivamente un avance. —¿Se le ofrece algo? Puede comer o pedir lo que quiera, de verdad lo que sea—ofreció la empleada, —Gracias, no quiero causarle molestias—respondió. —No es molestia. Alexita no quiso desayunar..., no podemos forzarla, a lo mejor con usted se anima. Ya es tarde...—. Dennisse pidió entonces un emparedado de atún con ensalada, en pan integral y agua de limón, consiguió que Alexa quisiera unas papas a la francesa, con aderezo mil islas y guarnición. La cocinera tuvo todo listo en menos de quince minutos, les ofreció verduras al vapor al eneldo para acompañar. La doctora observó entonces una de las rarezas de Alexa, le gustaban los vegetales al vapor y los chícharos; jugaba con ellos a formarlos en hilera comiéndose uno a uno. La niña sabía que Dennisse le permitiría ser ella misma, se dio su tiempo masticando tranquila; regularmente ocurría todo lo contrario, le metían a la fuerza cucharadas de puré caliente en la boca.

Dennisse insistió en tomar el refrigerio donde usualmente comía Alexa, es decir, una mesa plástica limpia fácil, importada de quién sabe dónde, plegable, casi indestructible, cubierta de arañazos y golpes impresos por Antuan cuando era bebé. Todos los muebles eran de primera calidad, de un material extraño, muy fino, anti-manchas, agradable al tacto, y mullidos. Las sillas eran pesadas, pero armónicas con el comedor para ocho, de madera exótica. La costosa estancia, que no quiso usar, llena de videojuegos ordenados en orden alfabético, en muebles de alto diseño y exclusivos, parecía una tienda. Con la increíble pantalla de 75 pulgadas, ultra plana, un monstruo de tecnología japonesa, del tamaño de la pared, que ocupaba el centro como altar. El barullo estaba apagado, Dennisse había pedido silencio, para así evitar distracciones a la niña qué interrumpieran durante la observación clínica, y se quedó con la curiosidad de verla encendida.

La multitud de bocinas, cámaras web, y cuanto aditamento para videoconsolas existía en el mercado, harían cualquier película o videojuego, algo que nunca vería.

Lynn habló poco y observó mucho. Estuvo al pendiente de cada detalle, cada gesto de la servidumbre, el ambiente, el lugar donde estaban comiendo, la calidad de los alimentos, el sabor del agua, los sonidos dentro y fuera de la casa, los aromas, el tacto de las cosas, la cantidad de luz natural, etc. Tomaba notas discretamente en una libreta. Alexa miraba a la doctora con insistencia, la inusual presencia la hacía dudar si soñaba. La niña muchas veces se sentía así, como si todo ocurriera en otra vida, a otra persona, y ella no fuera más que un espectador dentro de una burbuja de plástico.

Cuando terminaron fueron a pasear por la casona, era muy muy grande, no avanzaron mucho el recorrido. Ante el siniestro y largo pasillo, flanqueado por decenas de puertas cerradas y terrazas solitarias, ambas prefirieron los jardines. Estos se extendían por más de una hectárea de bosques, quioscos y caminitos cuidados bordeados con flores, tan lejos los vecinos unos de otros, qué no se notaba que la ciudad de México rodeaba la propiedad. Dentro de la finca había piscina, cancha de tenis fuera de uso, que servía al mismo como cancha de básquet, todo en buen estado. Mucho más allá había un establo, usado como garaje para los empleados, y tres departamentos bien diseñados y armónicos para los guardias.

La casa estaba construida en desniveles asimétricos que llegaban hasta cinco, debía medir unos quinientos metros de planta en su parte más larga, por doscientos cincuenta en la más angosta, Dennisse se dio cuenta del mucho espacio que ocupaba la construcción, con docenas de ventanas y terrazas amuebladas, en contraste con lo poco que estaba habitada, apenas el cinco por ciento. Era como un castillo moderno, rodeado de bosque, adjunto a la reserva ecológica, habitado por solo dos empleadas, dos guardias, el chofer y la niña, ocupando el espacio que ciento cincuenta personas podrían habitar cómodamente. Lynn imaginó a la niña gritando a viva voz, aun así, nadie la escucharía en aquella inmensidad vacía.

Volviendo del paseo, Alexa estaba muy animada, por una vez tenía para sí a alguien con quien compartir la tarde, además, se había cumplido su fantasía de caminar de la mano por el jardín con alguien, sentir el sol y ver el cielo. Guió a la doctora Lynn a su habitación, la empleada les llevó café y jugo natural de pera para la niña. La puerta de la recámara permaneció abierta y la niña inexpresiva, hasta que Alexa decidió confiar en la terapeuta y mostrarle su preciosa piedra. Entonces cerraron la puerta.

Dennisse «...no sintió por ese objeto nada en particular, ni calidez, ni como si algo fuera a aparecer, ni vibraciones, nada.» Se limitó a observar a Alexa desenvolviéndose con la obsidiana, y aquello le pareció muy raro. (Apuntó:) «En cuanto la niña estuvo en contacto con el octágono, comenzó a hablar como si el reflejo respondiera. Como si hubiera estado fingiendo la ausencia, ahora jugaba ventriloquía de imagen...» Presentó a la doctora con el objeto y la doctora siguió el juego, aunque la espantó bastante. Escuchó y observó durante horas a su paciente platicar, reír y susurrar secretos a través el negro cristal volcánico. Tomó muchas notas... «...Las observaciones que la obsidiana comenta comienzan a crispar los nervios», «Cosas que una niña con las características de Alexa no podría saber nunca», «Además empleando un vocabulario adulto y extraño». Para Alexa sin embargo, todo seguía siendo un sueño, se dio el lujo de llevarlo al límite, cantando una canción dictada por el octágono, en algún idioma desconocido. Dennisse tuvo que ponerse de pie. Trastabillando se refugió en el primer sanitario que encontró por el pasillo. Un año y medio sin haber escuchado ni una palabra de ella, sin embargo ahora cantaba

en un lenguaje ininteligible y tonal, algo que la hacía sentir ganas de arrojarle por la ventana y no volver jamás.

Lynn se sorprendió de sí misma, estaba traicionando a su paciente perdiendo el tiempo mojándose la cara, arruinado su maquillaje por completo y la nuca del saco, para poder regresar a la habitación, parecía ebria, lo peor es que era de miedo, un miedo sin sentido; mientras, la niña reía comentando su alocada salida con la obsidiana, a la que incluso llamaba por un nombre extraño, qué no podía pronunciar. La doctora llevaba más de diez años sin beber alcohol, pero súbitamente necesitaba «refrescarse». Cuando se calmó lo suficiente regresó a la habitación de Alexa, ahí terminó la sesión del día. Todavía había luz, aún le faltaba una hora para cumplir con su tiempo en la casa, sin embargo pidió ayuda a los empleados sintiéndose de verdad mal. Se despidió de Alexa precipitadamente, sin desearle «sonrisas, ni luz», y salió casi corriendo. No quiso ver atrás cuando el chofer la condujo por el camino adoquinado mirándola de reojo, el chofer tenía instrucciones de llevarla a su casa, sin embargo, la doctora pidió ser dejada en un centro comercial a dos cuadras de donde vivía, después de despedirlo, por impulso entró y compró una botella de vodka.

Más noche la doctora revisó sus notas, mientras bebía un desarmador tras otro, sin meditar lo que hacía, hasta que sonó el teléfono. Dudó unos segundos en contestar, luego supo por qué; Roberto Romero al otro lado de la línea le daba las buenas noches, la interrogó sobre sus avances del día. Dennisse tuvo que hacerse de aplomo para responder a cada pregunta y respirar muy hondo para decir siquiera el «buenas noches» de cortesía. Pidió disculpas al magnate, haciéndole ver que era muy pronto para contar avances, sin embargo le dio esperanzas descartando de la lista otros males, pero guardando muy bien su diagnóstico: esquizofrenia catatónica infantil con brotes psicóticos, eso parecía despuntar de entre la maraña. Colgó el auricular sintiendo que estaba a punto de romper a la niña, después de decir «buenas noches» ¿Cómo darle tan terrible noticia al padre, e impedir al mismo tiempo, recluir y medicarla hasta nublar su inteligencia? Además, extraída de su mundo de juegos. Por más oscuros que fueran, podrían ser juegos de niños solamente. La doctora estaba en un dilema, «Pese al miedo irracional experimentado, (aún en contra de mí instinto de supervivencia), quiero ver a la niña nuevamente a solas antes de reanudar la consulta semanal para verificar y corroborar el diagnóstico.» apuntó.

Lynn nunca perdonaría una mala apreciación de su parte, tampoco soportaba la idea de mandar a la niña a un infierno de batas blancas y pastillas. Ya ebria, consultó en meditación con el Universo, pidió fortaleza y valor para volver a esa casa que tanto la había sorprendido, sin saber ¿por qué o cómo? Todo por Alexa, la niña confiaba en ella, no podía defraudarla, menos hundirla, debía ir paso a paso o... Por impulso se puso de pie, entreabrió las cortinas y apagó la luz, el vecino exhibicionista frente a su ventana había comenzado a quitarse la ropa.



Transcurrieron algunos días, Roberto habló con Claudia y Antuan, ellos estaban «Increíble...». A última hora dos amigos de Claudia se habían unido al viaje junto con sus respectivos hijos, ahora eran siete mexicanos viajando por Europa en una minivan rentada, haciendo paradas aquí y allá, tomando fotos, durmiendo en los mejores hoteles, visitando a capricho cuanto sitio turístico llamara su atención sin límites de ningún tipo. Claudia anunció a su marido que el viaje se extendería un poco más de lo planeado, recomendándole de paso qué avisara en la escuela del niño. Todo eso a Roberto le pareció muy bien; más, cuando quiso compartir con su mujer la visita de la doctora, rápidamente se le terminó el tiempo. Tenían que irse o perderían las entradas para un evento de circo checoslovaco, así que no escuchó ni supo nada de lo que ocurría en la mansión. Eso desconcertó a Roberto, pero luego pensó que quizás era mejor así, de ese modo le daría una sorpresa a su esposa obligando a hablar a la niña frente a ella, o cantando la canción. Las esperanzas del padre crecían fuera de órbita, ya que no estaba enterado de las malas noticias que Lynn tenía macerando en alcohol.

Esa tarde el señor Romero se despidió de todos antes de las cuatro, quería estar de vuelta en casa, escuchar por sí mismo los juegos y canciones que su preciosa hija se inventaba, parecía la prueba absoluta, estaban frente a la cura total. Para él, la adquisición de «la roca» estaba siendo prodigiosa, no dejaba de felicitarse por habérsela dado a su niña adorada. Ella ni siquiera recordaba el video juego, él cantaba victoria. Se desvió un poco del camino para comprar un pay con mousse de mango y trufas de chocolate amargo, quería compartir con Alexa, y llegó a las cinco. La tarde era como de plata fría, amenazaba llover fuerte.

Les pidió discreción y silencio a las empleadas cuando entró, mientras él anduvo a hurtadillas hasta la habitación de Alexa para comprobarlo todo. La niña jugaba con los amigos imaginarios que habitaban la obsidiana, reía con ganas ante quién sabe qué ocurrencia. Roberto abrió la puerta muy despacio, miró a Alexa danzar al ritmo de algún ser invisible. En cuanto la niña lo vio, el juego terminó. —Papi...—dijo la chiquilla, y fue a sus brazos. Ver a su padre con luz de día era tan ajeno a la niña, como lo fue ver a la doctora lejos del consultorio. La voz de Alexa era clara, nada parecido a los susurros misteriosos con los que habitualmente se comunicaba. Parecía definitivamente otra, eso, a su padre lo llenó de contento.

Comieron pay de mousse de mango y trufas con leche, escucharon música y bailaron, se divirtieron durante horas, la niña reaccionaba con el juego, Alexa parecía nuevamente viva, consciente, aunque no hablaba. Roberto pensaba que todo había terminado por fin, ninguno de los dos notaba que afuera caía una tromba con grandes relámpagos que terminaron por provocar una falla en la zona, el apagón se tragó de golpe toda la diversión.

Al principio Roberto intentó consolar a la niña, o al menos deseo poder hacerlo, pero Alexa estaba muy tranquila, en cambio el padre empezó a llamar a las empleadas a gritos, como si algo en verdad terrible estuviera pasando. La anciana cocinera se hizo presente con una vela, no dijo nada, pero se dio cuenta que era el patrón quién moría de miedo ante la penumbra. —¡Vaya a

encender la planta de emergencia!—ordenó el millonario, intentando que su voz sonara normal, pero le castañeteaban los dientes, la mujer se sintió importante,

—Sí señor. Regreso...—, al darse media vuelta, Roberto aulló aterrado. —¡No se lleve la luz!—. La mujer, luego del sobresalto, se dirigió a la mesa más cercana para dejarles la vela, pero Alexa intervino.

—Yo te cuido...—susurró con inocencia, y tomó la mano de su padre palmeando para calmarlo. Al darse cuenta qué hasta la niña se había enterado de su flaqueza, rectificó, dejó que la cocinera se sirviera con la vela, así le evitó andar a ciegas hasta el sótano para encender el generador.

Romero vio la sombra descomunal de su empleada convertirse en negrura cuando se alejó, la oscuridad era casi total, excepto por los rayos que azotaban. —Tengo una linterna—dijo Alexa y soltó su mano. —No te vayas, ¿cómo vas a encontrarla?—. La niña palmeó la cara de su padre, le pidió esperar, los papeles ahora se invertían, era la pequeña quien protegía al grande, sin tiempo a nada se encaminó con confianza por la sala oscura, hasta que llegó al pasillo. —¡Alexa...!—chilló Roberto, en total oscuridad, pero ella no escuchó. Cerró los ojos.

Conocía de memoria el pasillo. Cada vez que cambiaba de habitación por la noche hacía lo mismo; rozaba con los dedos las paredes, se guiaba por las formas y las puertas, le gustaba hacerlo también a ojos cubiertos durante el día. Era un reto que ella había inventado, que su hermano había jugado hacía muchos años, aunque él siempre hacía trampa y miraba antes de llegar al final del pasillo largo. Así qué jugó el juego. Una puerta, la del despacho, era de doble hoja y olía maravillosamente a sándalo, siguió de largo. Luego la mesita de tres pies bajo el espejo, siguió solo la pared. Otra puerta, la del baño, pensó en abrirla para recibir luz de afuera, pero los relámpagos la asustaban, no quiso verlos. La pared larga, una vitrina con adornos de plata... Sus dedos seguían el rastro familiarmente, se estaba divirtiendo con todo eso. Faltaba muy poco para llegar a su habitación cuando escuchó a su padre en la estancia —¡Alexa, ¿Ya vuelves?!—. La niña sonrió para sí, —Sí.—respondió quedo, justo cuando tenía entre los dedos la cola de la sirena, forma que tenía la perilla de su puerta.

La pequeña entró sin miedo, ¿Qué había que temer? Estaba en su recámara, primorosamente decorada como arrecife de coral, eso era todo. Llegó junto a la cama, abrió el cajón del tocador, sacó una linterna de led; probó la carga y la apagó. Al mismo tiempo, un relámpago golpeó el pararrayos del jardín, la luz fue intensa, el sonido penetrante, la casa entera retumbó. Como punto de referencia sus ojos buscaron su reflejo en la obsidiana.

El destello luminoso provocó qué un vórtice se abriera como la puerta de un avión en vuelo, jalando lo que pudo hacia adentro. El vórtice negro se tragó a la niña y todo lo que cupo por ahí, produciendo un fuerte sonido de succión, como agua en la coladera. La potencia del fenómeno fue tal, que incluso los muebles grandes y la cama perdieron su lugar. Todo quedó movido, desordenado y quieto nuevamente en pocos segundos.

En ese momento la cocinera encendió el generador, Roberto mantenía los ojos cerrados; no se dio cuenta cuando la luz volvió, hasta que la cocinera regresó y le pidió alguna orden. —Nada. Ve por Alexa, está en su habitación.—, la mujer fue por la niña. La anciana sintió morir al ver el desorden del cuarto, aterrada comenzó a llamar a gritos al patrón y los guardias, los cuales llegaron corriendo con sus armas en las manos. Roberto abrió los ojos, creyó que la luz seguía apagada, —¡Necesito una luz aquí! ¡¿Qué le pasó a mi hija?!—gritó, uno de los guardaespaldas y la cocinera llegaron hasta él; quedaron sin palabras cuando notaron que su patrón se había quedado ciego.

Las horas siguientes fueron las peores en la vida de Roberto Romero; primero, sintió miedo y

angustia por la pequeña, no estaba en su recámara ni en ningún otro lado de la casa; luego, por tomar consciencia de estar ciego, ya qué no creyó al principio lo de las luces encendidas y neciamente sostuvo lo contrario un buen rato. Después de revisar la casa entera, lo cual tomó varias horas, llamaron a la policía, aunque pidieron discreción debido a quien se trataba. Pero el enjambre de helicópteros y la presencia desmedida de elementos policiales terminaron por alarmar a los vecinos, quienes comenzaron a llamar preguntando por lo que estaba pasando. Llegaron también una ambulancia y dos médicos particulares para revisar al magnate, en total se reunieron casi cuarenta personas que entraban y salían con perros de búsqueda, enlodando los pisos, con el agravante de tener que dar explicaciones, y el teléfono no dejaba de sonar. En cierto momento Roberto quedó sobrepasado por la situación, por el sonido de tantas voces y no poder ver los rostros, acostumbrado a mandar y con sólo pensarlo que todo sucediera, no encontraba palabras ni medios para resolver nada. En un ataque de pánico total llamó a su secretaria suplicando ayuda. Ella estaba dormida, pero se vistió como para ir a trabajar, pidió un taxi por internet, a la una de la mañana, para llegar hasta la residencia de su patrón, estaba muy alarmada, nunca imaginó escuchar al señor Romero llorar tan afligido.

Para Irma, la asistente personal y secretaria particular del multimillonario, comenzó un maratón. Sólo debido a su larga experiencia y dedicación, pudo pasarlo con integridad y paciencia. Los médicos no encontraron nada mal en los ojos del hombre, «...las pruebas indican qué no hay daño físico, pero sus ojos no responden a estímulos del exterior, es decir, como si hubiera ocurrido algo con su cerebro y no pudiera ver...» Parecía no poder recibir las impresiones visuales. Simplemente, para Romero, todo era de un profundo color negro.

Sin embargo para la policía eso no significaba nada, ¿Dónde estaba la niña?, parecía estar fingiendo. La desaparición de Alexa señalaba a varios sospechosos, entre ellos principalmente a él. El desorden en la habitación hacía pensar en una abducción o una lucha brutal contra ella, habían desaparecido varios objetos, incluyendo el cubrecama, un par de almohadas, varios juguetes, sus zapatos; todos sospechaban que se trataba de un secuestro, ya que el apagón también había desactivado todas las cámaras de seguridad, muy conveniente y oportuno. La empleada tuvo que repetir cientos de veces la misma lista de objetos faltantes, además de ser otra en sospecha; ni siquiera la cocinera escapó del suplicio de los interrogatorios.

Al amanecer, Irma llamó a un par de abogados, con la tarea de representar al señor Romero ante la policía, y a otro para los empleados. Se extendió una orden de monitoreo domiciliario preventivo, con algunas consideraciones para el señor, sin embargo, las empleadas, los guardias, sus familias con todo y niños, y el chofer, fueron detenidos y llevados sin compasión a realizarles interrogatorios, mientras, el escuadrón canino exploraba en busca del cuerpo dentro de la propiedad.

Mientras salía el sol, Roberto e Irma tomaron café en la cocina, el silencio era profundo y pesado, sólo el rumor del hervor del agua en la estufa y la llovizna golpeando los cristales empañados, ocupaban el ambiente. El bufete de abogados que representaba a los consorcios estaban en movimiento, habían sido convocadas juntas de emergencia en todas las filiales; sin embargo, Roberto Romero se sentía el hombre más miserable e inservible del mundo, buscaba en su mente las palabras para decirle a su esposa lo de la niña, pero ni él mismo lo entendía. Sus ojos conservaban el brillo de alguien que podía ver, parpadear normalmente, ¿Qué estaba pasando?

Irma atendió siete líneas telefónicas con excelencia, incluso suplantó a Claudia, para calmar a unos parientes; la noticia se estaba extendiendo, no había nada qué pudiera hacerse, aun así,

Roberto debía responder a muchas llamadas personalmente. Era ahí donde intentaba rehacerse, afirmar como nunca que él podía y seguía a cargo de todo, para después deshacerse en sollozos, aprovechando cada momento de silencio. Entonces Irma no decía nada, solo hacía lo que tenía que hacer.

A las diez en punto de la mañana una nueva horda de peritos y criminólogos llegó para investigar la escena. Un dron de noticiero sobrevoló la mansión durante una hora, siguiendo a los peritos y binomios caninos en la búsqueda. Roberto se vio nuevamente sometido a cuestionarios interminables, la bella habitación decorada como arrecife submarino fue fotografiada miles de veces, antes de cerrarla con cintas amarillas, cubriendo de paso la desnudez de la delicada sirena picaporte.

—Estamos trabajando señor Romero—repetía con insistencia insensible, el teniente a cargo de la operación de búsqueda, subiendo cada vez más el volumen de voz, ante las súplicas de Romero. Los investigadores se estaban excediendo con un hombre, que en otras circunstancias, los hubiera mandado callar y despedir con solo una llamada. Quizás estaban de su lado, pero el magnate no podía reaccionar normalmente. Irma se mantuvo junto a él, con la orden estricta de no intervenir ni una palabra, ya que no estaba implicada de momento.

Pasadas las tres se fueron los agentes, llevándose copias de todos los videos de las docenas de cámaras, casi todo material de vigilancia; ambos comenzaron a resentir el largo ayuno. Irma improvisó una comida con carnes frías y pan tostado. No había hecho otra cosa que desayunos toda su vida, una sopa era cosa de expertos según ella, lo cual no se consideraba. Roberto apenas comió. Tenía los ojos fijos en el vacío. Involuntariamente los giraba hacia donde escuchaba su nombre.

—Señor Romero, si le puedo ayudar en algo más, también puedo acompañarlo a tiempo completo. Sólo dígame dónde dormir y cuáles son mis deberes.

Roberto sonrió apenado, tuvo que respirar el nudo en su garganta, antes de agradecerle el gesto de atenderlo con tanta fidelidad.

—Me gusta mi trabajo. La computadora para la transmisión al corporativo está en espera. Le aseguro, no se nota la ceguera; tome, con estos lentes oscuros se disimula la mirada fija. Traigo los pendientes en la memoria portátil, y tengo el resto en mi memoria—dijo, señalando su cabeza, pero él no vio el coqueto movimiento, —Estaré a su derecha en todo momento. El neurooftalmólogo está citado a las seis—.

Roberto enderezó su postura, asintió con seguridad incierta; su niña estaba viva, lo sentía en el corazón. Alexa era lo que más le preocupaba, aún más que sí mismo. Sólo la había perdido de vista un minuto, ¿y había desaparecido dentro de su propia habitación?, ¡Imposible! No podía disculparse, ni ser débil, tenía que encontrarla.

Los accionistas y el consejo directivo de la empresa estaban todos reunidos en su sala, acomodados en los diferentes recuadros que la gran pantalla mostraba. Esperaron en línea mirando un sillón vacío, haciendo mil comentarios entre ellos, estaban preocupados, el brillante emporio donde pastaban no podía opacarse. Estaban en juego incontables millones, presentes y venideros, todo iba perfecto, nadie quería que algo fuera mal. Irma condujo a Roberto por el pasillo, temía un tropezón o dañar su rostro. El magnate había ensayado su entrada; cinco pasos por su cuenta, luego un paso a la izquierda, entonces tocaría el brazo del sillón. La secretaria encendió otras luces y lámparas de sala que había previamente dispuesto, el jefe Romero entró con efecto teatral.

La conferencia duró cuarenta y cinco minutos, todos tenían dudas, los rumores de su arraigo los

inquietaban demasiado. Romero serenó el ambiente con su habitual sentido del humor y su carisma de hombre triunfador imbatible. Se mostró sincero, y hasta unas lágrimas hubo, cuando habló sobre su dolor, y al relatar el robo de la pequeña. Hombres y mujeres del consejo fueron todos solidarios, algunos hablaron alto sobre su parecer al respecto y los ánimos se caldearon. Fue el mismo señor Romero quién calmó la ira de todos los agraviados e indignados padres de familia, ordenando seguir con sus labores como si él estuviera presente en el corporativo. Prometió mantenerlos al tanto en cuanto supiera con certeza más detalles. Les suplicó continuar con las rutinas como siempre, a partir del siguiente día recibiría todas sus citas de manera normal vía conferencia en línea. Para las firmas se implementaría un sistema de mensajeros o scanner. Todos estuvieron de acuerdo, una vez recobrada la cordialidad se despidieron de todas partes del país y el extranjero, dejando abrazos, aplausos, y muestras diversas de apoyo al jefe, en sus momentos de sufrimiento personal. Todos ellos creían en él.

Roberto se levantó, dio un paso al frente y dudó, ¿era vuelta a la derecha o a la izquierda de regreso?, sabía que lo estaban observando, se sintió descubierto; un discreto carraspeo de Irma lo hizo elegir una diagonal, para salir triunfante algunos pasos más allá.

Irma lo tomó de la manó, lo condujo en silencio por el pasillo desierto , lejos de las miradas; pero ella podía verlos a todos en la gigantesca pantalla de 75 pulgadas, treinta y dos recuadros diferentes, un puerto de conexión, tecnología admirable. Silenció la computadora, pero Roberto insistió en escuchar los rumores y noticieros, rectificando entonces devolviéndole a un volumen bajo. El empresario pasó la tarde seleccionando conversaciones ajenas, donde las cámaras web habían sido dejadas encendidas; las del salón de consejo y del consorcio entero, siempre estaban a su disposición, siendo esta su ventaja desde el día que mandó instalar el sistema. Ni siquiera Irma lo sabía antes, pero ahora estaba comisionada a espiarlos, a sus jefes, a otras secretarías dentro y fuera de la empresa; varias veces miró su propio escritorio siendo ocupado por la suplente. Se dio cuenta que también a ella la habían observado desde el principio. Por lo menos estaba tranquila, sabía no haber hecho nada de lo que tuviera que arrepentirse en cámara, lo más grave sería maquillarse a deshoras, comer fruta o las horas muertas chateando con su madre y sus hermanos. Sin embargo, la nueva secretaria estaba manoseando y desacomodando sus expedientes, además de traer chicle masticando desde la mañana, quería llamar y despedirla, pero se contuvo. La vigilancia es una herramienta de dos filos. En un día supo más de la gente con quienes trabajaba, que en los nueve años anteriores. Ambos guardaron silencio durante horas, para Irma se abrían las puertas a un mundo en el que sólo había fisgoneado y de la misma forma ella se entregó, sin ser observada.

Hasta ese día se enteró de los tratos de la empresa con países de Asia, los cuales dependían directamente de Romero, casi por diversión. Se dio cuenta de dónde sacaba los trucos, cuáles eran los secretos de su jefe. Tuvo acceso a bases de datos confidenciales. Roberto dictaba, pedía, mandaba esto y lo otro, luego casi suplicaba cuando necesitaba usar el sanitario; continuaba desorientado en su propia casa, quizás porque nunca la había explorado como sus hijos, a oscuras, ni silenciosa, y «vacía». Entonces estaba a la buena disposición de Irma, de llevarlo, dejarlo junto a la puerta para entrar tembloroso, vacilante, presintiendo un abismo profundo y desconocido al frente, pese a estar en el cómodo baño amueblado en maderas finas de su propio despacho.

Aunque Roberto intentó cumplir todas sus citas, algunas debieron ser canceladas, otras pospuestas; los peritos y autoridades llegaban a cualquier hora para hacer nuevas reconstrucciones de hechos, sin poder sacar algo en claro. La presencia de perros de búsqueda

era inevitable, la mansión estaba sucia como nunca. Luego de unos días la policía pareció perder interés y dejaron de ir. Sin embargo el daño estaba hecho. Por otra parte, el personal de la mansión fue puesto en libertad, Romero no levantó cargos innecesarios contra nadie, regresaron sólo para ser despedidos de manera «provisional», en lo que se solucionaba el caso, por consejo de los abogados. El señor les aseguró no pensar mal, no había una sola prueba contra ninguno, de cualquier manera, y era injusto mantenerlos detenidos. Sus abogados les habían recomendado mantenerse alejados del drama familiar, para así facilitar las cosas. Se les compensó económicamente. Salvo por un guardia, todos se fueron esa tarde para no volver, y algo resentidos, ya que seguían a disposición de la autoridad como sospechosos, y eso no le importaba a su jefe de momento.

Roberto conservó al jefe de seguridad por varias razones; primero porque lo conocía desde hacía doce años, su familia dependía de vivir ahí. Permitió a sus hijos jugar con los suyos, cuando eran pequeños. Además, quería a Alexa, la había visto nacer, literalmente, y la acompañaba todos los días. De alguna manera supo que el hombre también estaba sufriendo, se sentía responsable por no haber estado ahí. Sin los niños ni Claudia, el guardaespaldas estaba de más, así que cuidaría de él. Sería su lazarillo, hombre fuerte, y encargado de las compras y provisiones. El guardia se mudó a la casona con todo y mujer, a una de las recámaras de servicio; sus chicos se las arreglaron de agasajo sin padres, en el departamento del traspatio. Aunque la madre les fuera a lavar y cocinar todos los días al principio, terminaron por comer juntos en la cocina de los Romero acompañando al patrón. Con la esposa del guardia al frente de la comida y los quehaceres, Irma se encargó solamente de su trabajo y lavar su propia ropa. Se compadecía de la mujer del guardia por tener un marido obeso y tres hijos adolescentes. De cualquier forma, la lavadora digital con secadora incluida, hacía todo por ella, y eso era más de lo que deseaba hacer como ama de casa.

En cada videoconferencia Roberto aparecía impecable, Irma escogía a propósito lugares estratégicos de la mansión para impresionarlos, el ambiente de misterio aumentaba ¿todo eso cabía en su residencia? Ninguna de esas personas había estado nunca en la mansión Romero; cuando quería dar banquetes o ceremonias de nombramiento, usaba el anfiteatro y salón de usos múltiples de la compañía, las reuniones privadas se llevaban a cabo en la sala de consejo o el comedor de empleados. Así qué cuando el jefe aparecía tomando el sol en la piscina, arropado en el quiosco cubierto de enredaderas, o impecablemente vestido en su despacho, rodeado de costosísimas obras de arte y maderas preciosas labradas, nadie podía pensar siquiera qué el jefe sufría por no poder salir, aunque claro está, ellos no sabían la verdad. Lo idealizaban rodeado de bellas mujeres, atendiendo sus más ínfimos caprichos, como si flotara permanentemente en agua tibia y perfumada.

Mientras tanto, la policía no tenía avances ni noticias. Su calidad legal estaba en duda. Continuaba siendo sospechoso, y aunque habían confirmado la ceguera, seguía en entredicho su testimonio. Roberto estaba avergonzado por su dependencia, también se dio cuenta que a todos los que le rodeaban les estaba pagando, solo eso, solo con sus empleados. Tenía mucho miedo por estar permanentemente sumergido en esa pastosa negrura que lo mantenía aturdido y al borde del llanto. Solo pensaba compulsivamente en Alexa, lo último que habían visto sus ojos, sabía que seguía viva y la quería recuperar, porque él sabía que él no había sido quien la desapareció, aunque todos lo señalaban a él, como la última persona con quien se había visto a la niña. De su mano se había extraviado.



Roberto tuvo el día más agrio de su vida cuando por fin logró comunicarse con Claudia. Una semana atrás había encargado a Antuan con sus amigas, para irse con un suizo. Mantuvo contacto con ellas, pero él niño sufría sin su madre, y porque se había dado cuenta de las cosas que hacía con el europeo. El joven Romero llamó entonces a su papá vía conferencia privada urgente, le contó todo y subió a la red un video comprometedor donde su madre se revolcaba con el hombre. Sus amigos gemelos le ayudaron, le pidió revisar la ubicación de su madre en el celular. Irma fue enlace y testigo horrorizada de todo. Por lealtad, describió lo que vio a su jefe, que enrojeció de ira. Claudia por su parte, no se disculpó, se había enterado de la desaparición de Alexa por las amigas apenas ese día, porque, según ella, estaba incomunicada en un famoso spa sin internet en los Balcanes debido a una avalancha; cuando todos sabían que estuvo en Berlín. Le aseguró que irían a México muy pronto, que hablarían de todo en persona. Aunque antes quiso saber disimuladamente qué había dicho el niño, Roberto cortó el enlace sólo para dejarla en suspenso.

Claudia y Antuan regresaron dos días después para encontrarse con muchos cambios. Lo primero que irritó a Claudia fue la cercanía, el esmero de Irma en atender las necesidades de su marido. La señora de Romero, no esperó más de cinco minutos para tomar su lugar junto a él. Irma fue delegada instantáneamente a permanecer en el despacho, o en la sala, sólo si debía llevarse a cabo una conferencia, también la obligaron a mudarse a la habitación de las empleadas. Era correcto que el guardia y su mujer comieran en la cocina junto con ella, en lo que nuevo personal era contratado, pero Roberto volvería a tomar sus alimentos en el comedor solo con la familia. Nadie indispuso a la señora a partir de ese momento, que dicho sea de paso, llegó arruinando todas las seguridades que su marido había construido.

Antuan, por otro lado, estaba furioso con su madre, deseaba secretamente hacerla tropezar ante una horda de zombis hambrientos. Dejaba morir a propósito a las mujeres del videojuego, especialmente a las rubias, a manera de venganza. No había podido hablar con su padre, su madre lo impedía, los rondaba como buitre; mientras, el niño cazaba felinamente la más mínima oportunidad para acercarse a solas, pero siempre sin éxito.

Buscó entonces el método indirecto, Irma; Antuan era un chico muy listo, era absolutamente indisciplinado en la escuela, pero lo compensaba con imaginación e ideas brillantes. Estaba en el límite entre ser un gran hombre o un vago, sin la debida dirección. Así, en un descuido de Claudia, descargó cientos de fotos en la computadora nueva de su padre, fotos comprometedoras de su madre y sus «tías» mientras romanceaban en Hungría con los suizos. Los cuatro menores habían acordado hacer lo mismo en repudio a la ligereza de sus progenitoras, pero Antuan tuvo que cumplir primero; una jovencita y la mayor del grupo, guardó las fotos, obtuvo un auto y gasolina gratis por un año, ese tipo de chantajes no podía sostenerlos mucho tiempo, pero su madre se las arreglaría para dotarla con otros por venir; los gemelos decidieron guardarlas hasta navidad para aumentar su caudal de regalos.

Antuan mostró a Irma el contenido de los archivos, el muchacho hervía de rabia, mientras pedía discreción, exigiendo hacerlos llegar a su padre lo más pronto posible; la secretaria no supo qué decir, pero prometió entregarlos en el momento oportuno, cuando él mismo pudiera verlo, porque de otra manera, le causarían otro disgusto encima de todo lo demás. El chico reconoció el dilema, dejó las pruebas en manos del único enlace entre su padre y él, ahora qué su madre descompuso la comunicación.

Lo segundo qué irritó, y puso de muy mal humor a Claudia, fue tener que cumplir con el papel de madre afligida, cuando en realidad sólo vigilaba sus intereses. Según con quién hablará, daba una respuesta a su conflicto, a su sentir como mamá. La «muñequita» de sus vergüenzas la hacía quedar en evidencia por enésima vez. No tardó mucho en fastidiarse del drama. Al principio chateaba con el suizo a escondidas, sobre todo por las noches cuando era de día en su país, sin embargo, con la ventaja del marido ciego desató sin pudor su compulsión al sexo vía cámara web. Luego se hartó de ser buena esposa y comenzó a salir al club, por lo cual Roberto cedió al guardia, pero ganó de vuelta a Irma, quién era mucho más eficiente. El asunto de la ceguera a Claudia le daba lo mismo, sólo deseaba qué encontraran a Alexa, como fuera, y poder continuar con su enardecido romance sin fingir. Mientras, la policía continuaba trabajando revisando el bosquecillo de vez en cuando. Los eventos y los días pasaban, todo seguía igual, o casi.

Roberto comenzó a desarrollar sus otros sentidos cuando dejó de lamentarse y auto compadecerse. Pronto se dio cuenta qué Irma olía mejor que Claudia, las manos de Irma eran más suaves y cálidas. El tono de voz siempre áspero de Claudia, era en cambio cordial, atento en Irma. Debía ser peinado y acicalado, sabía qué debía confiar en ambas, pero con Claudia siempre eran necesarios retoques, en cambio Irma lo hacía perfecto, impecable, podía reconocer todos sus méritos sin ver, no era necesario, muy tarde se dio cuenta cuando estaba traspasando el límite.

Fue como despertar, reaccionó mientras besaba a Irma apasionadamente, su mano husmeaba debajo de la falda rozando su muslo, ella le deshizo el esmerado peinado. Él acunaba una erección, meciéndola lenta y deliberadamente, sobre el monte de venus de Irma. La puerta del despacho estaba cerrada, la videoconferencia acababa de terminar, el foquito azul de «no molestar» seguía encendido. No se dejaron llevar por el momento, lo planearon con estrategia. Terminaron haciéndolo en una de las muchas recámaras desocupadas de la casa, donde casi nadie iba, un área inmensa de cinco pisos prácticamente abandonados, desde qué despidieron a la servidumbre. Roberto se aseguró de tener la única llave maestra, Irma lo llevaría de la mano las veces que hicieran falta conducido por esos laberintos.

Comenzaron a esconderse cada que tenían tiempo para ellos, cuando Claudia salía, o Antuan iba a sus clases. Se escondían a la vista de todos, inventaban conferencias, llamadas de larga distancia internacionales. Hacían el amor sin cuidarse de nada, en cualquier parte, Irma confiaba en las pastillas anticonceptivas, Roberto no dudaba de ella. Para el millonario todo eso era nuevo, muy excitante, la ceguera lo había dotado de nuevas herramientas de percepción súper interesantes. Comenzaba a disfrutar el juego de la gallinita con su flamante secretaria. Sin consultarlo, había abierto una cuenta para depositar su sueldo y algo más, por estar ahí, y hacerlo todo tan bien. Para Irma hablar de dinero en ese momento hubiera sido un insulto, nunca fue ese su objetivo, más bien buscaba descargar su secreta adoración, admiración, entrega, y estar junto a él. Irma estaba agradecida, más aún, enamorada. Años enteros de lucha por el puesto, ahora se compensaba con creces al tenerlo desnudo, besándola, y entre sus brazos. A ella no le molestaba en absoluto hacerla de lazarillo porque ambos formaban un buen equipo, parecía sólo natural qué las cosas ocurrieran así.

Una tarde, meses después que Alexa había desaparecido, mientras Irma abrazaba a Roberto con las piernas, manteniéndolo muy adentro de su cuerpo, el magnate sintió un agudo dolor en el ojo izquierdo. El pinchazo lo hizo gritar y llevarse ambas manos a la cara. La secretaria, al principio sorprendida, lo sostuvo entre sus pechos durante el trance, mientras, el hombre comenzaba a recuperarse poco a poco del intenso dolor. Lo primero que ambos notaron fue algo como una nube de vapor oscuro desprendiéndose de la cabeza de Roberto, Irma pensó haberlo imaginado, pero luego de unos segundos el hombre comenzó a gritar y reír como tonto, —Estoy viendo... ¡Te veo!—

La secretaria no supo por qué, pero cubrió sus pechos, envuelta con las sábanas. Algo cambió para ella en ese momento, fue como despertar de un bello sueño, situándose en su puesto de escritorio de golpe. La mayor parte de sus labores estarían ahora perfectamente cubiertas, su presencia ya no sería necesaria en absoluto. Se puso a llorar sin poder evitarlo, mientras, su jefe brincaba de alegría, abrazándola, besando sus pantorrillas, jurando el buen cambio, que todo iría mejor que hasta ese momento. —Nada puede detenerme. ¡Puedo ver! y te quiero a mi lado. Tienes que seguir aquí— Ella aceptó besando las manos de su amante, asintiendo entre lágrimas de sorpresa, desilusión, y contenta por él.

Roberto se vistió precipitadamente, ni siquiera sabía en qué parte de su casa estaban. Abrió la puerta, el mundo regresaba a su tamaño habitual, es decir, chiquito y gobernable, pero no contaba con que las cosas ya no eran como antes. Dio un par de pasos afuera y vio a Claudia esperándolo en el pasillo. Ella lo encaró con frialdad, montando una escena, con sirvientas por testigos, y apuntándole con la lente de la cámara, para después entrar a la habitación donde Irma se vestía como pudo. No alcanzó evitar a la señora grabando con su celular, del cual accionó el ícono de «compartir» con lentitud voluptuosa, produciendo chasquidos con sus uñas. Antes de terminar con sus gritos y maldiciones, el video estaba siendo exhibido en redes sociales, sus amigas se encargaron de eso sin ponerse de acuerdo. Después de todo, ella seguía siendo la patrona, dueña legal de esa propiedad. De nada valieron súplicas ni explicaciones, en verdad ¿qué podía decir a su favor? Tenía a la secretaria desnuda en la cama. Él, al parecer, estaba fingiendo la ceguera, como sospechó la policía desde el principio.

Claudia no dudó en llamar a los abogados, a los detectives, a todo aquél que quiso tomar la llamada. Una hora después, Roberto Romero estaba siendo arrestado, iría a una vulgar comisaría, lejos de su extraordinaria mansión, para más interrogatorios. Irma también fue llevada, pues Claudia la acusó formalmente de ser cómplice de homicidio contra su hija, para así tener tiempo de: «saciar sus pornográficos instintos de ramera barata», como quedó asentado en el expediente de código público; la cuenta de banco a su nombre, y la exorbitante suma acumulada, daban una impresión muy errónea de la situación total, la señora de Romero no desaprovechó la casualidad. Los hizo ver ante los medios como responsables de la desaparición de la niña, para tener el control a tiempo completo.

En solo una semana, gracias al escándalo en las redes sociales y la televisión, el emporio comenzó a tambalearse. Algunos accionistas se retiraron junto con sus capitales. El consejo directivo se volvió hostil a su amo, comenzando las batallas por el poder. Los inversores extranjeros buscaron colocarse de nuevo en los mercados de bolsa, y abandonaron la nave, como ocurre siempre con las ratas en el naufragio.

De todas esas personas que habían jurado lealtad mostrándose tan solícitos en brindar ayuda, ni uno se acercó a Romero, mucho menos le prestaron auxilio ni dinero cuando los necesitaba. Existían pruebas contra la esposa infiel, pero nadie tenía acceso a la computadora del millonario,

las fotos quedaron ahí, perdidas en el limbo electrónico dentro de la caja fuerte de su despacho, además, comparado con el secuestro y posible asesinato de la niña, no había como decir cuál era peor cargo.

Pasaron dos meses más, Romero recibió auto de formal prisión por sospecha de secuestro y feminicidio. Gracias a sus abogados y sus millones, sería mantenido en arraigo domiciliario, debía usar siempre un localizador GPS de tobillo para evitar la huida. Tampoco podía seguir atendiendo los asuntos de la compañía, ya que se sospechaba de lavado de dinero, y tranzas con aseguradoras. Al remover las cosas aparecieron «trapos sucios» por montones, aunque no había una sola prueba sobre el caso de Alexa. Irma fue ingresada al reclusorio femenino, Claudia no se permitió ninguna flaqueza, con todo el poder que su dinero pagaba, compró la justicia a su favor, como es habitual entre los ricos del mundo.

La señora de Romero organizó un remate de bienes, repartió a su favor todo lo que le dio la gana. Para finales del cuarto mes, Roberto habitaba uno de los departamentos para personal cerca a las caballerizas, dentro de su gigantesca finca vacía. Solo el guardia y su familia permanecían habitando esa parte de la propiedad, lo atendían, aunque ya no podía pagarles su sueldo. Estaban desahuciados buscando un nuevo hogar, porque Claudia no les tenía ninguna estima. Ella había contratado guardias armados para custodiarlo.

Roberto aplicó su poder, utilizó todos sus trucos y conexiones escondidas. Consiguió la libertad para su amante, a costa de quedarse sin bienes a la mano. La mitad de la propiedad, su parte, había sido denunciada, se le acusó de robar una hectárea completa de bosque al área protegida. Además de pesar como grillete la infame acusación de feminicidio, debía sufrir el desmoronamiento de su emporio, y cuando se quedara sin casa, debería volver a prisión, ya que carecería del domicilio legal para reclusión. Él aceptó todo con tal de no pisar la cárcel otra vez, pero dio igual, el futuro parecía terminar en un gran agujero.



Claudia disfrutó mucho dando fiestas en la mansión, le había cortado el paso a su marido con una reja de malla, del tamaño exacto de metros que le permitía el grillete electrónico, manteniendo al magnate como habitante de zoológico, según ella por su bien, pero por otro lado, aceleró los trámites de divorcio con una espléndida «propina»; otro de sus amantes estaba por llegar, la señora había mandado lavar la piscina y desyerbar la cancha, a Olaf le gustaba jugar básquet ball. La señora no cabía de gusto al ver que las cosas iban como a ella le daba la gana. No tardó mucho en hacerse odiar por el nuevo personal, y hasta por su familia.

Antuan vagaba solitario por la mansión día y noche, en total abandono. Se estaban haciendo «arreglos» de visita entre padre e hijo con los abogados, bajo la consigna de Claudia que eso nunca ocurriera. Entre las acusaciones, sospechas, y los cargos de secuestro y feminicidio, mantenían la balanza en contra. El chico había dejado de hablar con su mamá, mientras, ella ni lo recordaba. Entonces decidió dejar crecer su cabello rubio, porque sus amigos gemelos habían rapado sus cabezas y cejas, para adoptar un look más extravagante y «oscuro». Antuan comenzó a explorar la gigantesca mansión en detalle. Visitó estancias en las que nunca había estado, y conoció rincones desconocidos de los pisos superiores. De pronto le pareció importante saber qué más había en su mansión, además del área usualmente habitada, es decir estancia, comedor, cocina, baños, recámaras y el despacho. Resultó divertido dormir en otras habitaciones, y sin el consentimiento de su madre, le emocionaba eludir la vigilancia de los guardias y las nuevas empleadas, que se perdían fácilmente. Simplemente esperaba el inevitable mensaje de texto de su madre, y con indicar que estaba dentro de la casa estaba resuelto. Cuando creía qué había visto todo, encontraba nuevas estancias, desiertas, pero totalmente amuebladas de formas muy diversas; cuartos cálidos y suntuosos, otros minimalistas y frescos como si pertenecieran a otra casa; algunos salones estaban decorados con objetos de países asiáticos, recreando atmósferas orientales y arabescas; y descubrió que poseían un casino funcional y casi nuevo, con su propio bar, máquinas tragamonedas, ruleta profesional, mesas de backgammon, black jack, pull, billar, dos pistas de bolos, área de dulces y bebidas, con los refrigeradores repletos y surtidos. El casino era abierto y tenía todo, excepto cigarrillos, además de un arcade con cien máquinas de videojuegos. En ese cuarto piso con cierta frecuencia encontró recámaras y terrazas vacías, algunas sin puertas ni acabados, en eterno proceso de remodelación, rodeando al casino silencioso. Bebió un refresco y contempló todo aquello, sin agregar palabras.

Cierta tarde descubrió una escalera, al final de un diminuto pasillo, disimulado por unos paneles de madera. Esta conducía hacia arriba, al quinto nivel, olía mucho a polvo. Subió, encontró una terraza techada sin adornos, con los ventanales cerrados, tenía pisos de madera, espejos de pared a pared, mesas y sillas apiladas, muy polvorientas y en un rincón, hacía mucho calor; al fondo había una puerta común sin llave. La vista exterior le reveló secretos sobre su vida y su estirpe qué no había imaginado. Primero descubrió otra terraza enorme al aire libre,

como para cien personas. Había pocos muebles, otra cantina con algunas botellas asoleadas, un par de vasos olvidados y polvosos, y una piscina portátil, de las grandes, cubierta con una lona.

El chico no quiso bajar hasta muy noche, el vasto laberinto de azoteas y desniveles a sus pies lo tenían impresionado, sin dudarlo se aventuró a explorar las vistas y tomar fotografías, una distinta en cada punto cardinal; reconoció con tristeza el claro cercado, y la casita donde tenían a su padre, apagó la aplicación de GPS cuando aceptó que no se movería su señal. También miró el atardecer más bonito de su vida. La panorámica fue indescriptible, primero el oscuro y amplió predio arbolado que rodeaba la mansión, afuera las luces públicas encendiéndose por sectores, más lejos el tráfico sobre alguna avenida, muy allá los colores, las zonas de miseria extendiéndose hasta el horizonte al pie de su descomunal residencia. Desde tres de los cuatro puntos cardinales del tejado pudo admirar la ciudad más grande del mundo a sus pies, y tomó conciencia de su condición privilegiada.

Tuvo que cruzar pasillos y salones en absoluto silencio, acompañado solo por algún grillo bondadoso. Antuan nunca había temido a la oscuridad, pero se perdió, terminando en el lado este de la casa cuando deseaba ir al oeste. Ya había estado en esa área, de hecho había encontrado otra cocina toda equipada y otro comedor. Ocupó una recámara en el segundo piso, donde el sol daba de frente por la mañana, entonces decidió mudarse, estaba seguro que su madre no lo impediría, ni protestaría demasiado, mientras continuara en la escuela. Podía comprar lo que quisiera como siempre, su cuenta personal rebosaba y seguía abierta, contratar otra empleada era sencillo. El niño había heredado las habilidades de mando y organización de su padre, sabía hacerlo desde la cuna, se sentía apto para valerse por sí mismo, pero con la ayuda de alguien de confianza.

Al día siguiente Antuan alcanzó a su madre durante el desayuno, anunciando su tentativa de cambiarse de habitación, a medio kilómetro de distancia, en el otro lado de la casa. Claudia tomó eso como un mensaje, la oportunidad perfecta de ser ella misma a sus anchas, sin tener que sostener ningún papel. Accedió con el entendido que debía tener servidumbre y, ellos estarían bajo supervisión para vigilarlo; Antuan aceptó, se marchó al instante a juntar sus pertenencias luego de darle las gracias. A ella no le importó que faltara al colegio, y sí llamó a su amante, en el despacho

Por la tarde el muchacho terminó de llevar sus cosas al lado este de la mansión. La estancia era cómoda, amplia, con tres ventanales y mucho espacio libre. Llamó a los empleados para que instalaran una pantalla 3D de cuarenta pulgadas, nueva y sin uso, que encontró en otra habitación, además de reclamar algunos muebles para sus juegos y accesorios. Desde la terraza se veía sólo bosque y un pequeño lago artificial. Una de las empleadas, la más joven, fue reubicada también. Ella obtuvo una recámara de visitas, más grande que toda su casa, junto a la puerta de la cocina; independiente, muy amplia, con sol, baño de tina adentro, terraza arbolada con juego de jardín para cuatro, chimenea, espacio para tender ropa afuera y lavadora de marca europea. Cuando vio la cama donde dormiría lloró, se sintió súper afortunada, aunque tenía el conflicto de servir a dos amos.

No tardaron nada en habituar sus vidas al lado soleado de la mansión. Los días se pasaban rápido, todo parecía fluir. El chico era el patrón, a ella no le costó trabajo entender eso, lo complacía, mantenía el espacio en orden y limpio. Antuan disfrutaba escuchando música, casi todo el tiempo sonaba algo en la estancia; pero sin supervisión adulta calificada, el niño se pasaba cada vez más horas jugando videojuegos en vez de estudiar o dormir, por más que la

muchacha quisiera ponerse del lado del señorito, porque de él dependía su sueldo, comenzó a delatar y acabó por convertirse en espía.

Un mes después de haberse mudado, Claudia se hizo presente para hablar con su hijo a medianoche, reprendiéndolo y amenazando con ser deportado al oeste si no cumplía con su trato. Luego se fue con prisa, su novio suizo la esperaba en el jardín, en un carrito de golf eléctrico nuevo, seguramente idea de él, y comprado por Claudia, por supuesto. Antuan sintió temor ante la posibilidad de que talaran el pedacito de bosque que quedaba sólo para tener un campo de golf privado, él odiaba ese deporte. Por otro lado, el tipo era más viejo de lo que se veía en las fotos, y de cómo lo recordaba en Europa, ¿había envejecido? ¿O lo habría deshidratado el sol mexicano? Luego cayó en cuenta que se trataba de otra persona, un hombre muy diferente, según confirmó después, cuando revisó una por una las imágenes en su teléfono. Entonces comenzó a odiar a su mamá, primero en secreto, con los meses más, hasta declararle la guerra abiertamente, porque luego hubo otro hombre y otro y otro. Claudia cambiaba de amante cuando se aburría, cuando le daba la gana irse con este o volver con aquél. Primero les hacía regalos, luego se los quitaba, en ella todo era ganar o ganar.

De pronto descubrió estacionadas tres motocicletas, un deslizador acuático nuevo con todo y remolque, un automóvil Jaguar todo equipado color rojo, que Antuan reclamó cuando supo era «de la casa», como entonces llamaba Claudia a los artículos incautados a sus conquistas, ella no se opuso, ¿cómo podría? ¿Qué le importaba ese auto insignificante e incómodo? También aparecieron, de un día al otro, un par de caballos; los pobres animales terminaron vagando sueltos por la propiedad, nadie los atendía, ni los alimentaban. Los guardaespaldas se negaron a hacerla de caballerangos y fueron despedidos, entonces llegaron otros y esos también acabaron por irse. Lo único que le perdonó a su madre, fue un cachorro de labrador color negro, que su conquista le había obsequiado a ella, Antuan lo adoptó inmediatamente, permitiéndole dormir sobre finísimos sillones, color blanco, importados de Inglaterra, y en su cama.

Mientras todo eso pasaba, Roberto seguía cautivo en el departamento de los guardias, siempre vigilado. Había un agente prácticamente durmiendo en la misma recámara, al pendiente de sus llamadas y comunicaciones. Recibían provisiones una vez por semana, tenían de todo a reventar. Pero Roberto sufría mirando su mansión de cinco pisos y quinientos metros de largo, desde ahí, sin poder acercarse. Estaba seguro que Claudia disfrutaba sabiéndolo prisionero, siendo ella la custodia. Ahora la conocía, sin embargo no la odiaba, sus pensamientos estaban firmemente anclados en otras mujeres, Alexa e Irma.

Roberto permaneció en contacto permanente con su secretaria a través de su abogado, desde el primer día, ella sola iba llevando su caso, consiguió pruebas para liberarse de las acusaciones y delitos que Claudia les había imputado. Las cosas se complicaron por trámites burocráticos, y principalmente la ausencia de un cadáver. El escándalo con la secretaria había quedado en el olvido. Los temas empresariales seguían su curso. Fue moviendo influencias y cobrando favores como Irma se abrió paso, hasta lograr que se fijara una fianza para él, entonces le sería removido el aparato de localización, así quedaría en libertad condicional, aunque sus cuentas bancarias continuaban congeladas. Claudia estaba agotando a paso voraz todos los recursos mancomunados, malbaratando bienes inmuebles en apuestas ridículas. Romero necesitaba recuperar el control de su vida, antes que su ex mujer rascara el fondo, porqué comenzaría a parasitar la parte intacta.

Fue un año exacto después que Alexa había desaparecido, cuando Romero consiguió ser liberado de la sospecha de homicidio. En todo ese tiempo, nadie había podido obtener evidencias

o confirmar las dudas qué sobre él calaban. Incluso la prensa y los medios de comunicación habían dejado el caso atrás, simplemente porque ya no era noticia. La gente había olvidado a la niña, y la familia no era de interés para el afilado diente de los noticieros; ahora se ensañaban con su nueva víctima, alguien ajeno, y por lo tanto, lleno de sangre nueva.

El magnate de las importaciones, no intentó recuperar la mansión, ninguna de las propiedades vendidas o reclamadas por Claudia le interesaban. El mismo día que pudo salir a la calle, tomó su auto de ultra lujo color dorado, y sin despedirse, dejó la finca, dirigiéndose con la cajuela y el asiento trasero, llenos con sus pertenencias, a rescatar los fragmentos de su emporio, mientras aún contaba con medios. Esa misma tarde, Irma y Roberto se encontraron, después de varios meses de comunicación a distancia. Ella lo invitó a cenar a su departamento, él se quedó a pasar la noche. No intentaron recuperar el tiempo, pero si hicieron el amor hasta quedarse dormidos uno contra el otro sobre la misma almohada. Cualquier reserva qué Irma hubiera albergado, ahora le tenía sin cuidado; su ex jefe era un hombre libre y felizmente divorciado, era su oportunidad de amarlo, no dudaría de él otra vez, o por lo menos, eso se juró a sí misma; justo antes de fundirse con la calentura del preso recién liberado.

Cuánta necesidad de amor había en aquél hombre, mucho más de lo que podía abarcar con ambos brazos y piernas. Así, Irma le entregó nuevamente al señor Romero, la espléndida antesala de su intimidad, sin menosprecio alguno, y él aceptó ansioso su regalo de bienvenida al mundo exterior. Ya se las arreglaría con los chismes en su momento, aunque la deuda social por pagar era alta todavía, era pagable, siempre y cuando las cosas salieran bien; de eso no dudaba, no se permitió pensar mal ni una vez.

Mientras, en la mansión de los Romero, las carnes se cocían a fuego alto. Los caprichos de la señora eran cada vez más desproporcionados y exigentes, todos debían hacer esfuerzos dobles y triples, para complacerla. Así, mientras la señora se daba un revolcón con su amante de turno en la sala, la cocinera perdía horas de sueño preparando el fastuoso desayuno que todos los días era exigido a gritos desde algún lugar de la mansión. La pobre mujer debía levantarse a las tres de la mañana para hornear pan o pasteles, porque a la señora se le antojaba almorzar algo dulce, para terminar tirando a la basura manjares intactos, desperdiciando de todo para saborear sólo una rebanada de algún caro pay o tarta. La empleada tenía prohibido tocarlos o compartirlos con el resto de la servidumbre.

Nadie escuchó a esa hora de la madrugada el discreto sonido de una puerta, la cual dejó escapar sólo un leve rechinido. La habitación de Alexa llevaba un año clausurada con los sellos de policía, estaban tan resacos, qué no hicieron mucho ruido cuando fueron rotos. Una sombra muy oscura salió de la recámara y caminó por el pasillo. La sombra se encaminó a la sala, ahí se detuvo a contemplar la escena que venía dándose sobre los sillones. Claudia estaba haciendo sexo oral al hombre qué la acompañaba, el tipo era robusto, canoso, adornado de sus muñecas y cuello con gruesas cadenas de oro blanco y verrugas. Su bigotillo se movía obsceno, al tiempo que la mujer saboreaba el miembro como si quisiera tragarlo.

La sombra retrocedió, regresó a la profunda oscuridad del pasillo, pero no por mucho tiempo, por qué se encaminó decidida por el corredor, hasta la cocina. La cocinera cabeceaba junto a la estufa, mientras la leche comenzaba a hervir para hacer la nata. La sombra avanzó sin hacer ruido ¿Qué ruido podía hacer? Apagó la estufa, tomó una toalla de cocina, retiró la olla hirviendo de la estufa. Salió despacio, cuidando mucho de no quemarse, y llevó la leche hasta la sala. Los amantes no se dieron cuenta de nada hasta que el viscoso líquido blanco e hirviendo les cayó encima, quemándose a ambos, pero sobre todo a él, que estaba sobre ella penetrándola

analmente. El rugido del hombre resonó hasta la casa de los guardias, no tardaron en hacerse presentes en calzoncillos, con las pistolas desenfundadas.

Cuando los hombres llegaron, la escena los dejó fríos; la patrona corría con la espalda, cuello, y los pechos ardiendo, dando gritos como una sirena de bomberos, mientras el amigo de la señora se revolcaba de dolor en el piso, intentado mitigar el desgarrador ardor en su espalda y nalgas, ambos completamente desnudos. Las empleadas llegaron a contemplar la escena, pero nadie se atrevía a ser el primero en acercarse, la olla de leche descansaba boca abajo sobre el sofá, aun vaporosa y caliente, como si estuviera disfrutando de una vacación. De primer momento no hubo reproches ni averiguaciones, mientras la unidad de paramédicos llegaba. Recogieron al hombre en ambulancia, las heridas eran de cierta gravedad, pero por fortuna era casado, no habría demanda, ni cargos, nadie más que ellos lo sabrían, lo de menos eran las propinas tapa bocas. A la patrona la atendieron ahí mismo, no hubo que hacer más por ella, hasta qué comenzó a hacerse las preguntas correctas, ¿Quién? ¿Por qué? ¿Cómo sin hacer ruido? Entonces fue la cocinera quien chilló, suplicando por su vida. Sin averiguar nada, Claudia hizo justicia, según ella. Mandó a los guardias allá lejos, por los árboles del fondo, a darle una lección a la mujer, desde entonces nadie la ha vuelto a ver.

Ese mismo día, un segundo incidente puso la mansión entera de cabeza. Durante la comida, Claudia comenzó a sufrir por las quemaduras. Si bien eran ligeramente de segundo grado, le quitaban todo entusiasmo y las ganas de hacer cosas; así que se recostó sin terminar, después de tomar un par de pastillas para el dolor. Intentó mucho rato conciliar el sueño, pero apenas lo logró, sintió una fuerte palmada en su espalda quemada. Maltrecha, gritó maldiciendo en francés; se levantó con un solo impulso, entonces se sorprendió, porque creyó ver una sombra pequeña, huyendo fuera de su cuarto a toda carrera. Claudia, más furiosa que asustada, persiguió la sombra por el pasillo, hasta perderla de vista entre los costosos muebles y salones de la mansión. Como no sabía por dónde buscar, comenzó a encender las luces, corredor por corredor, terraza por terraza, una por una, todas las recámaras, al tiempo que azuzaba a los guardias, obligándolos con la consigna de matar a esa cosa qué la había lastimado. Jurando grandes recompensas a quién la atrapara, viva o muerta.

Antuan, ajeno a la cacería organizada por su madre, y a todo lo ocurrido durante la noche, se desperezaba de una larga siesta, después del día de colegio. Desde su recámara no se escuchaba nada de lo que estaba pasando en el otro lado de la casona. Su empleada miraba la tele, podía distinguir el murmullo lento y monótono de alguna serie por cable. Estaba aburrido, tarea era lo último que deseaba hacer; ya le pagaría a alguno de los guardias para terminarla. Como tenía hambre, decidió bajar a la cocina para comer algo, a él le importaba poco la servidumbre, siempre prefería hacer las cosas sencillas por sí mismo, mientras por lo complejo pudiera pagar. Sabía que su vida estaba resuelta, el señorito jamás se preocupaba por nada, excepto satisfacerse.

Mientras Antuan se disponía a comer un emparedado, una cosa negra y brillante, entró corriendo a la cocina, ocultándose debajo de la barra. El muchacho quedó helado mirando como ese ser de color negro profundo, arrastraba su cuerpo hasta desaparecer, haciendo nada de ruido. A los trece años se puede ser un cobarde o todo un hombre, Antuan decidió probar lo segundo. En cuanto la cosa dejó de moverse, el muchacho tomó el cuchillo con el que acababa de untar mantequilla de coco a su pan. Armado así, tan precariamente, se animó hasta acercarse lo suficiente, luego, con mucho cuidado, se puso de rodillas, y lentamente miró debajo. Su sorpresa fue de infarto, cuando la sombra lo miró a los ojos con sus ojos negros, pidiéndole con un dedo

negro sobre los negros labios que guardara silencio. —¿Quién eres?—preguntó espantado, amenazando con el cuchillo, y esta se reveló ante él, —Alexa... ¡Shhh!—

Varios minutos transcurrieron en silencio, Antuan la miró a los ojos, mientras la cosa humanoide lo miraba a él. La niña estiró su brazo hasta ponerse al alcance de su hermano, el chico la observó sin creer del todo que esa negrura como carbón con forma humana, podía ser su hermanita perdida. Finalmente alargó la mano y tocó a la niña; sus dedos se encontraron reconociéndose al instante, la cosa se sentía como Alexa y olía como ella. Sus ojos, aunque del todo negros, conservaban un cierto matiz negroazulado, como los de la pequeña desaparecida. Mantuvieron esa extraña postura un tiempo extenso.

La empleada entró con prisa, seguramente aprovechando algún comercial. Abrió la puerta del refrigerador, escogió un sabor de refresco y casi se iba, cuando vio a Antuan arrodillado frente a la barra. —¿Qué hace ahí joven?—preguntó la muchacha. El chico tomó el cuchillo que llevaba en la mano, se puso de pie —Nada. Ésto...—explicó, dejando el instrumento en el fregadero. —Quiero pizza. Pide una extra grande de salami y doble queso, y papas fritas grandes, al mismo número de siempre—ordenó, casi empujando a la empleada hasta el teléfono de la sala. Ella obedeció sin chistar, mientras, Alexa subió por las escaleras, su hermano le indicó a cual recámara debía meterse, a señas. La niña logró escabullirse como si nada, corría asombrosamente rápido; mientras, la empleada anduvo a pie hasta la entrada principal para recibir la orden, cerraron con llave la puerta para esconderse.

Un par de horas más tarde, el barullo encabezado por Claudia alcanzó el área donde su hijo vivía. Los guardias pasaron por la sala y la cocina, encendiendo cada luz a su alcance, ellos llevaban sus armas en las manos. Tanto Antuan como la empleada fueron informados que un ser extraño acechaba dentro de la mansión, y debían encontrarlo por el bien de todos. Revisaron cada rincón, y debajo de los muebles, pero a pesar de sus esfuerzos no pudieron hallarla, así que continuaron revisando, abriendo puertas y cerrando ventanas. Varias horas después, la señora bufaba rabiosa, hervía en ansias de venganza; las quemaduras dolían cuando respiraba, no iba a perdonarla nunca. Con los ojos inyectados de sangre, el cabello revuelto recogido en alto, apenas vestida con una bata de dormir de seda negra, vaporosa y ligera, que de todas maneras le lastimaba, la hacían parecer una bruja a la caza de algún espíritu inmundo, para exprimirlo sin piedad.



Los niños hablaron en voz muy baja, perfectamente atrincherados en la habitación de Antuan, como su madre había ordenado. Sin saberlo, Claudia había ocultado de sí misma al objeto de su ira. Alexa estaba muy confundida, comenzó por relatarle a su hermano los pormenores desde que entrara a buscar la luz que su padre necesitaba en la sala.

Lo recordaba todo, fue sólo un rato para ella, como un sueño. El resplandor producido por el rayo iluminó el centro de la piedra. Algo como un remolino de terciopelo la envolvió. Sintió que giraba a gran velocidad, luego, como si cayera sobre una mullida alfombra. Abrió los ojos, y se encontró en una recámara distinta, toda extraña, excepto porque había una piedra de obsidiana igual. Vio su colcha, las almohadas, también algunos juguetes en el suelo. Conservaba la lámpara de mano agarrada bien fuerte. Ese mundo extraño la llenó de terror, porque todo era de distintos tonos y texturas pero de un solo color, negro. Todo: las paredes, el piso, los muebles, la casa, la calle, y hasta el cielo. Alexa comenzó a llorar y llamó a su papá, se sintió perdida, pero lo único que acudió a sus gritos y llanto, fueron un par de ojos color miel, que se posaron flotando sobre su cabeza. Los ojos la miraban fijamente, eso le dio más miedo, un par de ojos sin cuerpo, la observaban acusadores, flotando sobre ella, lloró con todo. Luego se dio cuenta de lo que estaba pasando. Se sorprendió mucho porque actuaba normal y completa, su estado habitual como «pausada» había desaparecido. Podía hablar, pensar normalmente, fluida; se tranquilizó, tratando de convencerse que todo era un sueño, hasta que, algo más que real de aquella realidad se topó con ella.

Antuan estaba muy interesado en lo que su hermana le contaba, pero tenía dudas —La verdadera Alexa es solo un estorbo ¿Qué le pasó a tu color?—preguntó, al tiempo que frotaba la mano contra el brazo de su hermana. —Pareces tú, pero es imposible. Di ¡Cheese!— Ella sacó la lengua y cruzó los ojos, porque no quería fotos así. —¿Tu lengua es negra, también?! ¡¡No fucking way!!, you can't be her...—. Alexa asintió, su hermano tomó varias fotografías con su teléfono inteligente, incluso probó a sacar algunas con filtro de negativo. Su sorpresa fue descomunal al darse cuenta que el resultado daba un positivo en blanco y negro, en la cual su hermana se veía perfectamente normal. Le mostró las imágenes a la niña, ella, igual de sorprendida, continuó con su relato.

Le contó que todo en ese lugar es color negro profundo, sin embargo, hay matices, escalas muy sutiles que permiten distinguir las cosas sin confundirlas ni tropezar. Es un mundo sólido, con olores y sonidos, aunque parece todo tapizado en terciopelo, porqué todos los ruidos son absorbidos por la oscuridad brumosa del medio ambiente.

Ella estuvo llorando mucho, los ojos flotantes eran lo más feo y monstruoso que había visto, parecían reales, idénticos a los de su papi pero sin él, imaginar que alguien le hubiera arrancado sus ojos le produjo horror verdadero. Luego, pensó que si eran de verdad sus ojos, estaría muy

triste sin ver. Abrió la ventana, sostuvo uno de ellos entre sus manos, y dejó que saliera volando como un pájaro en la noche. El ojo izquierdo se alejó a toda prisa sin esperar a su compañero; fue entonces cuando entró un niño, el dueño de la recámara.

Al principio los dos se asustaron y gritaron, pero luego se dieron cuenta que no se iban a hacer daño, porque el otro también gritaba. El niño, como estaba en su casa, se le pasó pronto el susto, y atoró la puerta de su recámara con una piedra negra, le pidió guardar silencio a la niña, tenía miedo que su mamá pudiera entrar y descubrirla. Él nunca había visto gente como ella, no podía comprender las manchas que veía sobre su piel y el cabello, le dijo. Ella reconoció su voz porque ya habían hablado, ambos eran amigos «imaginarios» uno del otro, cuando jugaban con la obsidiana. El niño suplicó cerrar la ventana, lo había visto, y no quería que huyera el valioso ojo que flotaba por ahí; le explicó que en su mundo son muy escasos, los conservan en jaulas, y los hacen moverse con chispas azules que logran con pedernales...

Antuan no pudo resistir las ganas de interrumpir en este punto la historia —¿Ojos en jaulas? ¿Chispas azules? I won't bite your shit, oh no...—el chico se burlaba abiertamente de su hermana menor.

—¡Es verdad! Allá viven como nosotros pero..., no existen el resto de los colores—continuó con su relato. Le contó, cómo le suplicó al niño, qué tenía mucho miedo, qué quería regresar a su casa. Pero el niño no decía nada, solo sostenía fascinado la fina colcha rosada y las almohadas blancas, luego se fue sobre los juguetes, quedó perdido como tonto, admirando las formas y los colores que nunca había visto. Como él no le estaba poniendo atención, ella encendió su lámpara por curiosidad; fue cuando todo se transformó. La negrura con luz resultó ser peor que horrorosa, estaba compuesta de un material desconocido que parecía respirar. Con luz, todo parecía como si se encontraran dentro de una tubería podrida, tapizada de moho negro-rojizo, le dio la sensación de estar dentro de un gigantesco cadáver momificado. El niño gritó aterrado, miró sus manos, parecían como algo podrido bajo el agua, y cubrió sus ojos. Entonces ella apagó la luz, el pobre chico temblaba como si hubiera visto un monstruo. Estaba más asustado que ella, le sonaban los dientes. Le suplicó chillando no volverlo a hacer, para él fue lo más terrorífico que había visto en su vida, se puso a llorar. Estaba cegado al extremo, le dolían los ojos, también le ardía la piel. Sin querer, ella había estropeado la pared con un simple haz de luz, provocando una gigantesca quemadura en el muro. Entonces le gritó furiosa —Quiero volver a mi casa, ¡o voy a quemarlo todo...!—

—¿Humm..? Sí. Recuerdo que antes de ser rara eras así, hacías berrinches terribles, gritabas, y rompías mis cosas cuando no te las daba—. Alexa se encogió de hombros, continuó su relato. El niño color negro brillante la tomó de la mano, conduciéndola por su casa. Vio a la mamá de espaldas, estaba lavando platos con agua negra, incluso la espuma del jabón era igual. Ella no los vio y salieron sin hacer ruido; luego fueron al parque, cubiertos con sábanas negras que bajaron del tendedero. Ella dejó sus juguetes a cambio, aunque le aseguró que debía deshacerse de todo. Su madre enloquecería si encontrara objetos incomprensibles de otra dimensión en la recámara de su hijito. Ella solo conservó la linterna led para usarla como arma.

No caminaron mucho, pronto se internaron entre los árboles de una frondosa selva. Allá también hay nubes, hojas, flores, aves, monos; miró un perro, de verdad era bonito, aunque tenebroso y negro mate como todo aquello. Estaba tan sorprendida paseando y conociendo los alrededores, qué había olvidado el ojo derecho, éste no los siguió y ya no podían volver por él. Ella comenzó otra rabieta y el niño le prometió liberarlo, en cuanto pudiera volver a su casa. Ahí

se presentaron y le recordó su nombre, Chan Kaá Yun; ella le dijo el suyo, él no pudo pronunciarlo pero le gustó.

Alexa caminó detrás de Chan Kaá en silencio, todo lo que veía le daba miedo. Parecía haber un sol, una bola azul cobalto, alto en el cielo, muy negro y sin estrellas, sin embargo, gracias a su luz ultravioleta, todo era distinguible. Escuchó agua correr con fuerza, chocaba contra piedras y guijarros como en todas partes. Luego escuchó una cascada pequeña, no sabía dónde estaba. —Aquí Alexa, espera aquí. La gente grande no viene a esta hora. Escóndete, anda, adentro de ese árbol—dijo, y señaló uno grande con una oquedad hecha por las termitas. —Voy a preguntarle a mi abuelita y regreso por ti. No te muevas, no camines, y no hables, si gritas o algo, mucha gente va a venir, aquí siempre jugamos los niños. No me tardo—dijo, y salió corriendo, haciendo sonido con la boca, como si cortara el aire con su velocidad. Alexa no se hubiera movido por nada del mundo de haber estado sola, estaba completamente desorientada y confundida. Una mariposa cruzó frente a ella y se posó sobre una flor. La visión la impresionó para siempre, fue hermoso e indescriptible. La mariposa parecía terciopelo negro y vivo, la flor parecía vainilla negra.

El tiempo que estuvo ahí, miró muchos animales, pájaros, monos y un pequeño tapir. Todos, al descubrirla, salieron huyendo aterrorizados, chocando contra las plantas, volando o chillando alocadamente. Alexa miró sus manos, su mente era clara y probó hablar un poco en voz alta, sus palabras seguían a sus pensamientos, sintió mucha hambre. —Me siento bien—dijo, despacio, siendo coherente. —Me llamo Alexa Romero Roex, tengo diez años, vivo en... en mi casa—miró alrededor. La negrura envolvente de la distancia la llenó de ansiedad. —Soy consciente que desconozco mi dirección y teléfono...—, algo voló sobre su cabeza, otra ave la había visto, y huyó despavorida. Sollozó desesperada, —Mi hermano se llama Antuan, mi papá se llama Roberto, mi mamá...Claudia—al pronunciar el nombre de su madre, algo como un pinchazo en el corazón, se le clavó hondo. Llevó su mano al pecho. Respiró profundamente. —Me siento bien...doctora Linn, me aburro mucho con usted, pero me gustó que fuera...a mi...habitación— Alexa volvió a mirar alrededor, y lloró un poco más. —Quiero volver con mi papá. ¡Papá!— exclamó susurrando.

Escuchó pasos de dos personas y la voz de una mujer adulta. Alexa se ocultó cubriéndose con la sábana. —Niña, ¡Alexa!—repitió Chan Kaá, y ella reconoció su voz. Levantó la sábana y se encontró con la enagua de una mujer mayor. Alexa miró hacia arriba, una anciana contenía un grito con ambas manos, sus ojos reflejaban terror puro, lloraba. Alexa volvió a cubrirse, muy afligida. —¿Puedes verla abuela, la miras? ¿Es ella como la gente del pasado que me cuentas? ¿Así son? ¿todos?—el niño tocó la cabeza de la niña. —¿Puedes ayudarla abuela?—, la anciana se retiró de ahí, Alexa los escuchó hablar a cierta distancia. Chan Kaá volvió unos minutos después.

—Me preguntó si sabía nadar, le dije que no—continuó Alexa, mientras, ella y su hermano se atragantaban con pizza. Chan kaá le pidió que le diera la lámpara led, iba a encenderla y aluzar el agua, inmediatamente debía saltar hacia un «hoyo» que supuestamente iba a abrirse. Ella no sabía qué quería decir el niño, pero le hizo caso. Cuando la encendió, en medio del agua se formó un hueco seco, redondo, e infinitamente profundo y oscuro, más que todo alrededor, se desplazaba hacia donde apuntaba la luz. Chan Kaá Yun cerró fuerte los ojos, le gritó adiós a ciegas y dijo «¡Ya!» para que saltara, sus manos y su cara se pusieron rojas como hierro hirviendo. Alexa lo miró y saltó, la luz lo estaba lastimando. Ella confió en su amigo, lo hizo bien, después de unos segundos y miles de giros, se encontró de vuelta en su recámara. —Fueron

quince o veinte minutos para todo esto. ¿Dónde está mi papá? Vi a mamá con un viejo asqueroso en la sala, ¿Sabías? ¿Por qué estás viviendo aquí?

Antuan guardó silencio mucho rato, miraba a su hermanita sin saber qué decir, todo lo que había escuchado era increíble, sin embargo, ella era la prueba misma con ese color. Alexa terminó su historia relatando cuando había visto a su mamá. Como, sin pensarlo, los había quemado con leche a modo de defender a su padre. El niño celebró con júbilo y payasadas, le agradeció por el acto de sabotaje, finalmente comprendía el aspecto espeluznante de su madre y los guardias revisándolo todo. —¿Y mi papi?—preguntó la niña nuevamente. Antuan pensó un momento en cómo decirle lo que había pasado.

Cuando concluyó, ella creyó que estaba jugando; no podía comprender qué en tan sólo unos minutos había perdido más de un año y medio. Lo más doloroso fue qué gracias a su desaparición Roberto había estado recluso, sin mencionar la desintegración de su familia. Los niños lloraron juntos extrañando a su papá. Se prometieron arreglar las cosas lo más pronto posible aunque tenían un enemigo común y terrible, el peor contrincante que pudieran tener un par de niños de su edad, su mamá.

Los chicos mantuvieron las luces apagadas, hasta cuando los sonidos que venían de arriba callaron, entonces bajaron y salieron al jardín. La noche estaba oscura y sin luna, sin embargo, la casa entera brillaba con todas sus luces encendidas. Ninguno de ellos había visto la mansión Romero así iluminada. Alexa estaba admirada, —¡Tenemos una casa enorme!—, el muchacho asintió sorprendido, tomó fotos con su teléfono, la construcción asemejaba un enorme crucero en alta mar, hasta en eso era brillante su exclusivo diseño. Siguieron adelante rodeando la suntuosa construcción por detrás. En cuanto entraron al bosquecillo se sintieron más tranquilos, nadie los vería ahí. Todo el personal estaba ocupado persiguiendo sombras adentro, y nadie al pendiente de las cámaras.

Muy pronto llegaron cerca de la reja de malla que delimita la libertad de su padre. —Aquí lo tienen arrestado. Te voy a ayudar y buscas adentro. Hay un guardia, ¡no hagas ruido!—le dijo Antuan a Alexa, ella aceptó con valor. —Voy a esperar junto a la entrada, no tiene candado—.

La niña no necesitó su ayuda, escaló la malla de acero silenciosa y ágil como una araña, llegó hasta la casucha evitando el ángulo de las cámaras, sin agitarse siquiera, y en tan solo segundos. Antuan quedó admirado, y con la boca literalmente abierta, al verla trepar y moverse a una velocidad increíble y sin ruidos, no era humano actuar así. El interior del departamento estaba oscuro. Alexa abrió la puerta un poco, lo suficiente para entrar, como era muy delgada, no tuvo ningún problema. Se mantuvo pegada a las paredes para no chocar con los muebles. Llegó hasta la recámara, la puerta estaba abierta y no había nadie ahí. Revisó el departamento pero ni cosas, ni ropa, ni aparatos que pudieran indicar la presencia de su papá. Salió desolada, caminó hasta la entrada de la reja. Antuan la esperaba a solo unos metros de ahí, observando sus rapidísimos movimientos, sentado entre los árboles; no podía creerlo aunque la viera. Alexa estaba frustrada, sin cuidado anduvo hasta encontrarse con su hermano, —¡No está!—dijo, al tiempo que dejó caer los hombros.

—¿What?, ¡It can't be! Lo vi de lejos hace días, me saludó agitando la mano. Hay mil cámaras..., let's go—ordenó, entonces desanduvieron el caminito, volvieron a la recámara echándole llave a la puerta después. Ninguno de los dos sabía qué hacer, ¿Cómo iban a encontrarlo? Ellos no creían que Claudia fuera tan perversa, mucho menos una asesina. Se quedaron dormidos como siempre, Antuan en la cabecera, Alexa en los pies de la cama, pero no

hubo muro de almohadas, más bien estuvieron cercanos uno al otro consolándose el miedo. Ninguno de los dos pudo descansar.

Cerca de las cuatro de la mañana escucharon disparos dentro de la mansión en su piso. —¡Mi papá!—gritó la niña, —No. Seguro no. Deben ser los estúpidos guardias—susurró, el asustado muchacho. Unos segundos después la sirvienta tocó la puerta, —¿Niño? ¿Está bien? ¿Está jugando sus juegos? ¿Escuchó los tiros?—, La voz de la muchacha era vacilante y temblorosa, —¡No! Estaba dormido... déjame en paz, ¡Please!—gritó Antuan; la empleada volvió a su habitación, encerrándose inmediatamente, ningún habitante de la mansión durmió el resto de la noche.

A las seis y media Antuan estaba listo para ir al colegio, la asistente preparó el desayuno como siempre, al gusto del jovencito. Él, en lugar de empacar los libros, tomó su computadora portátil alemana, con la determinación de comunicarse con Irma; en su lado de la casa no había señal Wi-Fi, para evitar ese contacto con su padre. Tuvo que hacer una escala técnica en el oeste de la mansión para hablar con su madre, pero ella no lo recibió. Una de las nuevas empleadas lo previno de no molestarla, porque estaba de muy mal humor. El chico le preguntó a la mujer si había oído los disparos, ella respondió «no escuché nada», para luego darse media vuelta dejándolo ahí, con la palabra en los labios. Entonces, sin más que hacer, abordó la camioneta blindada que diario lo llevaba a la escuela. El chofer y el guardia se veían cansados, pero estaban comentando sobre los eventos de la madrugada, Antuan no perdió detalle, para disimular su interés, se colocó los audífonos, sin encender la música.

Supo por la conversación del personal qué Claudia los había conducido la noche entera de arriba para abajo en la mansión. Revisaron cuarto por cuarto, incluidos los tejados. Después de cada ronda cerraban las puertas con llave, siguiendo adelante, salón por salón y balcón por balcón. En toda una noche solamente habían logrado revisar completo el tercer piso. —¿Quién jaló el gatillo?—preguntó el chofer, algo desilusionado de no haber sido invitado a participar en la cacería. —Mi compañero una vez. Yo soy la segunda—. El chofer parecía muy divertido con la situación, —¿Encontraron al fantasma después?—preguntó riendo estúpidamente. El guardia no tenía ningún sentido del humor, apretó los labios, negó con la cabeza abultando los rollos de grasa de su nuca, —¿Qué más pasó?—insistió el chofer, —Mejor no te metas. Guárdate las preguntas. ¿No sabes quién es la patrona? No te vayan a romper el hocico a ti también—concluyó el guardia armado, y el chofer no dijo más.

Dejaron al joven Romero dentro del colegio y se fueron. Tenían trabajo extra para el día, llevaban la consigna de volver lo más pronto posible. Por eso ellos no se dieron cuenta cuando Antuan volvió a la puerta y salió a la calle, disimulando y andando muy a prisa, esperando no ser delatado por ninguno de sus compañeros que por el camino se iba hallando, incluidos los gemelos; ellos lo vieron porque iban a bordo del mini ban de su madre, que pasó sin verlo.

No caminó muy lejos, en la avenida dobló la esquina. Entró a un café de franquicia, pidió un frappé-latte grande con caramelo, crema batida y choco-chispas, luego ocupó una mesa, conectándose a la red del local para tener acceso a internet. Mandó varios correos electrónicos a Irma, en ellos le suplicaba ayuda para encontrar a su padre, pero no obtuvo respuesta inmediata. Entonces, en el último de ellos, puso solamente dos palabras: «Alexa volvió». Cerró su sesión de internet, no sin antes incluir su nuevo número de celular, e instrucciones precisas para ser contactado lo más pronto posible y a cierta hora. Luego dejó el local y volvió al colegio. Lo dejaron entrar sin hacerle ninguna observación. Él se disculpó diciendo que su madre estaba

lastimada y quería saber cómo seguía, fue la versión que sostuvo hasta con sus amigos, pero no le creyeron.

A las diez de la mañana Irma abrió los ojos, Roberto roncaba y roncaba fuerte, no tuvo corazón para despertarlo; sin hacer ruido se levantó a preparar uno de sus desayunos especiales. Mientras el agua hervía en la cafetera digital, el aroma comenzó a inundar el departamento. Encendió la computadora para revisar sus correos del trabajo. Tuvo que contener un grito cuando terminó de leer los mensajes de Antuan, Alexa había aparecido, la frase retumbaba estridente en su cabeza. Se dirigió a la recámara, despertó a Roberto brincando literalmente sobre él, sin poder contener la emoción.

El millonario corrió desnudo para leer y releer los mensajes. El afligido padre estaba pasmado pero sonriendo, aun no sabía si la frase quería decir que la niña estaba viva, o habían encontrado el cuerpo. Irma pensó de inmediato en lo segundo, pero al parecer el señor Romero se estaba aferrando solo a la primera opción. Sin pensarlo tomó el teléfono, y marcó al número del chico, pero el mensaje computarizado los mandó al buzón de voz.

—Debe estar en la escuela—le previno Irma, —También nos pidió esperar hasta después de las seis treinta de la tarde—. Roberto restregó su cara con desesperación, luego se metió al baño. Irma guardó los datos, mandó su respuesta con los números de teléfono de Roberto y el suyo, y entró a bañarse con él. Bebieron café y salieron a la calle. De pronto Romero no podía estar en ningún lugar, terminó decidido a vigilar la escuela del chico, aunque debían cruzar media ciudad para ello, condujeron el auto nuevo de Irma para que nadie los reconociera.

Esperaron un par de horas hasta qué vieron la camioneta negra con interiores color cereza detenerse frente al colegio; se llevaron una sorpresa al darse cuenta qué Claudia estaba ahí, en bata de seda, para recoger a su hijo, cosa que nunca había hecho, ni en el kínder. Roberto comprendió qué algo de verdad serio había ocurrido como para qué ella fuera por él. Dejaron que la camioneta blindada se alejara; tenían una hora e instrucciones precisas, sólo debían esperar. Comieron en un restaurante y volvieron al departamento, mantuvieron la computadora y los teléfonos desocupados el resto de la tarde.

A las seis y diez recibieron un mensaje del chico solicitando iniciar una videollamada y accedieron al segundo. El padre soltó el llanto de emoción, cuando vio de cerca el rostro en plena pubertad de su primogénito, y de cabello largo y rubio, después de más de un año sin verlo de cerca. Antuan no lloró, estaba muy feliz de verlo también, y las noticias que tenía eran tan buenas que no tenía motivo.

—¿Cómo estás papá?—preguntó Antuan, —Excelente, ¡Free, like a crow! ¿Y ese bigote?—, El chico se acarició el labio superior y sonrió. —Tú tienes una gran barba, pareces ortodoxo...— luego guardaron silencio, sólo se miraban, entonces Antuan movió la cámara del celular, muy lentamente, como sopesando el impacto que podía causar, para dejarle su lugar a Alexa.

La niña asomó su rostro poco a poco; notó con desilusión las caras de espanto que los adultos pusieron, al ver un ente todo negro de pies a cabeza. Irma se cubrió la boca conteniendo un grito, a Roberto le temblaban los labios —... ¿A... A...Alexa?—murmuró el magnate. —Sí papi, soy yo—respondió, y se echó a llorar. —¿Que...? ¿Qué te pasó?—preguntó, con voz entrecortada, y con un audible nudo en la garganta. Alexa no pudo aguantar la emoción y ya no quiso hablar, su hermano tuvo que intervenir, para que no vieran sus extrañas lágrimas negras —¿Mmh?... Es solo, ...esto, pintura textil papá, Alexa se... ¿tiñó? de negro para escapar de... ah... un suizo mercenario, y psicópata, ¡contratado por la mafia!—

Los adultos respiraron aliviados, mirándose triunfantes y auténticamente felices, Romero

acarició la pantalla, deseando poder tocar los rostros de sus pequeños hijos. No hubo más palabras entre ellos, así que el chico, siendo el más ecuánime, habló pronto, —Tienes que venir por ella hoy mismo, te vamos a esperar afuera de la barda—. Irma miró a Roberto, nada de eso sonaba bien.

—Sí, sí. ¿A qué hora? Dime dónde y qué tengo que hacer—. Entonces los niños trataron de improvisar un plan, pero en realidad no sabían bien cómo llegar hasta la entrada sin ser descubiertos, además de la difícil tarea de saltar el altísimo muro de piedra que circundaba la propiedad —Espera papá, aquí estamos...—los niños cuchicheaban sin ponerse de acuerdo.

Irma guardó silencio, pero objetó el plan al darse cuenta que no tenían ni idea de cómo salir de su propia casa. —Esa barda mide más de cinco metros, no pueden subir. Se van a matar—. Romero reaccionó instantáneamente

—¡Esperen, esperen! Es verdad, es muy alta, ninguno de ustedes puede trepar bardas, lo prohíbo—. Los niños detuvieron su discusión en seco, —¿Entonces cómo salimos de aquí?— preguntó Antuan, algo frustrado.

Romero bajó la voz como si alguien pudiera oírlos, —La finca tiene otra salida; pero no sé si quiero arriesgar a mis hijos por ahí—. Los hermanitos prestaron atención —¿Otra salida? ¿Dónde?—preguntó Alexa, fingiendo en voz baja como antes, sin dejarse ver por los grandes, —Está justo del otro lado del jardín, rumbo al sureste. No puede verse a simple vista, está oculta detrás a una fuente de cantera—. Los niños se miraron entre ellos—¿Fuente?—inquirió Antuan.

—Estoy seguro que nunca has estado en esa parte de la casa, es donde se separa con la reserva ecológica. La única construcción por ahí es esa fuente, es un ángel bebé con las manos en oración, lo demás son árboles y plantas silvestres. Había un camino, pero nadie le ha dado mantenimiento en años.

Antuan se sintió entusiasmado con la aventura, —¿Really? ¿Tenemos salidas secretas? ¡Wow! —, Alexa intervino preguntándole a su hermano, —¿Cómo abrimos la puerta?—, Antuan replicó la pregunta a su padre.

—Con la llave roja. Están en un llavero grande y pesado que nunca he usado, en mi escritorio. Todas las llaves de la casa están ahí—, —¿Qué hay del otro lado?—preguntó Irma, en el ánimo que los niños escucharan —Un barranco y el bosque, hay un camino, se puede ir a pie sin problema, pero...—Romero acarició nuevamente la imagen de su hijo en la pantalla, estaba muy ansioso por tenerlos en sus brazos, sin embargo, no deseaba arriesgar a sus hijos haciéndolos descender una barranca en plena oscuridad, por más seguro que el camino fuera. Roberto era consciente que el estilo de vida de sus herederos los tenía desconectados del todo con el mundo real, no estaba seguro que logran llegar hasta ahí sin lastimarse. Comprendió de golpe el daño inmenso que les había causado al mantenerlos bajo un capelo de cristal, protegidos de todo, con guardias y blindajes por todas partes. No conocían las calles, jamás habían caminado solos a ninguna parte, no salían ni al jardín sin escoltas, tampoco sabían valerse por sí mismos en ningún sentido. Quizás otros niños más despiertos lo conseguirían, incluso saltar la barda de piedra, pero no sus mimados hijos de invernadero, sobre todo Alexa, qué llevaba tantos años enferma de su mente y pesaba tan pocos kilos.

Romero se pensó mucho rato lo que debía hacer, los chicos e Irma esperaron pacientemente hasta que el magnate resolvió qué si era la única opción, saldrían por atrás. —¿Qué sabe tu madre de todo esto?—preguntó a su hijo —Nada, ¡No le digas de Alexa!—miró a su hermana, preguntando si podía seguir, la niña lo detuvo. —Tenemos que vernos en persona, créeme, no le digas a mi mamá. Creo que ni siquiera podemos hablar tú y yo sin cometer un delito, ella puso

una orden legal—concluyó el muchacho. —I won't tell—respondió Roberto, al ver a sus dos hijos rogando con las manos puestas palma a palma.

Entonces les explicó el plan, él los esperaría en la salida trasera a las dos de la mañana, para evitar sospechas y miradas. —¿Y las cámaras?—preguntó Irma, —Sí, hay cien cámaras, pero no sé si hay guardias monitoreando a esa hora ¿Lo sabes Antuan?—, el chico se encogió de hombros en negativa. Los adultos se miraron, Irma posó su mano sobre el hombro de Roberto concediendo su apoyo incondicional, él la sostuvo con la mano izquierda. —Tengo que colgar... solo di que hacemos... Mi «asistonta» me vigila—apuró Antuan, Alexa huyó corriendo. —Busca en mi cajón grande del escritorio, mano derecha, deben seguir ahí—... En ese instante abrieron, sin tocar la puerta, y Antuan cortó la llamada, sin terminar de escuchar lo que su padre estaba diciendo. Ambos permanecieron casi una hora frente a la pantalla, pero las imágenes de los niños no volvieron a brillar.

Debían esperar muchas horas más para cumplir con el plan, y no sabían si los habían descubierto o si las cosas seguían su curso. Se limitaron a prepararse, cambiaron sus ropas por otras más oscuras, acordaron detalles; sí algo malo ocurría, Irma debía evitar meterse en problemas, olvidarlo todo e irse al extranjero. Claudia era la madre, debía velar por ellos sin importar nada, o por lo menos eso se suponía que debía hacer.



Alexa corrió a meterse debajo de la cama, Antuan preguntó que quién demonios era; pero Claudia había entrado, se cruzó de brazos encarando al jovencito —¡Antuan!—murmuró su madre al tiempo que cerraba tras de sí —¿What? Tengo mucha tarea—dijo, y arrojó su teléfono celular entre las cobijas revueltas, Claudia sonrió irónica —¿Tarea? ¡Aja...! ¿La que estaba escribiendo, mal hecha, el chofer?, dile que venga a terminar aquí, hay mejor luz, y así no me voy a dar cuenta de tus tonterías. No necesitas pagar tanto cada vez, sólo por unas páginas en español... il te vole. Demain, je le ferai partir—. La mujer sacó varios billetes arrugados de su bata y los colocó sobre la mesa de noche, Antuan reconoció el pago íntegro por las tareas de la semana. Ella comenzó a caminar por la habitación lenta y deliberadamente de un lado al otro, su hijo la seguía con la mirada, estaba muerto de miedo, pero disimuló lo mejor que pudo.

—Me gusta esta habitación, j'ai choisi le mobilier—agregó, acercándose a mirar por la ventana. —¿Yea?, It's very nice. Mucho mejor que la otra con duendes pintados y sin ventanas. Y el café sabe mejor en la terraza—contestó el muchacho, en tono despreocupado y bromista. —¿Sí? ¿Desde cuándo tomas café? ¡Ah! Je comprends, para eso saliste de la école esta mañana ¿Verdad? ¡Claro, debe ser pésimo el del instituto!—, Antuan no le quitaba la vista de encima, podía sentir la malicia en cada una de sus palabras, así qué adoptó el mismo tono cínico qué ella estaba usando, solo para medir su fuerza, —Sí, quería un frappé de caramelo con chispas de chocolate ¿Sabías que es mi favorito...mom?—, Claudia sintió la clara agresión en el tono de voz de su hijo, arrepintiéndose de los rodeos al instante. —No. Je savais pas. Tampoco me gusta que hagas lo que te da la gana. ¿Qué pasaría se te quedaras súbitamente sin tarjetas?—, Al chico le mudo el rostro, —No puedes quitarme mi dinero—. Claudia soltó una risita, —¿Votre argent? ¡Huy! ¡Comme c'est sérieux! Tiens treize ans ¿Qui vous a donné de l'argent?... ¿Ah? Yo te lo doy. Y si digo no hay más dinero, ¡Puff! C'est fini. ¿Comprends mon fils?—, Antuan temblaba de ira, sus labios estaban apretados y pálidos. —¡Desde mañana la garde va a permanecer hasta que cierren la maldita puerta! ¡No vas a volver a salirte de l' école sin mi permiso!—corrió las cortinas de golpe, y se tumbó junto a Antuan en la cama, —¿Que regardez-vous? ¿Pornographie? ¿Qué era? ¿Femmes ou hommes?—preguntó, al tiempo que arrebató el teléfono, e intentó desbloquearlo. —No necesito el teléfono para ver porn; solo con ir al otro lado de la casa, hay bastante por ahí, lying around, in the T V room, and the pool—...

Claudia abofeteó a su hijo con fuerza dos veces, la nariz del chico comenzó a sangrar. —¡No quieras ser un hombre!, todavía hueles a pañal. ¡Stupide!— El chico la miró con odio, pero no se tocó, ni lloró, ni siquiera limpió la sangre que ahora escurría sobre su camisa. En cambio, lamió la gota colgada sobre su labio superior, —¡Mmm! Ahora sé por qué a los zombis les atrae—. La mujer se puso de pie, salió dejando solo al muchacho, no sin antes poner llave al cerrojo. —¡Hoy tampoco vamos a dormir! No salgas de esta habitación. No queremos otro accident—sentenció

del otro lado. Alejándose tan rápido como pudo, para no escuchar los reclamos e insultos que su hijo profería a viva voz y en francés.

El chico golpeó la puerta. Alexa lo miraba desde abajo de la cama sin decir nada. —¡Putain!, ¿Cómo vamos a llegar con papá?—gritó frustrado, al tiempo que embarraba más su cara, con sangre, al intentar limpiarla. —No hagas eso. Vamos a lavarte—dijo la niña, y acompañó a su hermano hasta el aseo. Cuando la hemorragia cedió, Antuan cambió su camisa, puso tapones de papel higiénico en las fosas nasales, y tomaron asiento, para pensar cómo hacer lo que su padre les había pedido. Alexa miró la sangre en el piso y la comparó con su piel, color negro total, —Parezco un gato negro, o un perro—murmuró.

De pronto el chico se estremeció; luego entró en pánico, la niña se asustó ante la reacción inesperada de su hermano. —¡El perro! ¿Dónde está mi perro?— Entonces volvió a patear la puerta con frenesí, temiendo que el «accidente» al que se refiriera su madre, y los disparos, significaran la muerte de su hermoso labrador negro. —¡Mi perro! ¿Dónde está? ¡¿Qué hicierooooon...?!— El muchacho gritó, y gritó, hasta toser, hasta que ya no pudo más y cayó agotado, derrumbado, en lágrimas, y su hermanita tuvo que abrazarse fuerte a él para consolarlo. Ambos sabían que nadie les iba a ayudar, estaban prácticamente solos en la mansión, nadie del exterior los oiría, ni podrían de ninguna manera llegar hasta ellos. Aún su empleada servía a Claudia. Cuando Antuan se calmó, Alexa fue quién tuvo clara la huida, algo en ella estaba expandiéndose, revelando una visión más amplia de las cosas, después de todo, si había viajado a otra dimensión y había podido regresar, podría salir de su propia casa, esa conclusión la animó.

Apagaron las luces y comenzaron con sus planes. Lo primero era salir y la única salida era la terraza, pero estaban en un segundo piso. Antuan y Alexa abrieron el balcón sin hacer ruido, primero revisaron el jardín y los alrededores. El muchacho no veía mucho más allá de donde las luces y reflectores de la casa alcanzaban, sin embargo, los ojos negros de Alexa veían perfectamente en la penumbra. Durante el día había dormido dentro del closet, no se atrevió a espiar, ni un poquito, afuera de la recámara, no sospechó en ese momento, todo lo que era capaz de hacer bajo esa condición de negrura. La niña se fijó dónde estaban instaladas las cámaras, afortunadamente, las del segundo piso quedaban justo debajo de ella, y más bien vigilaban la cocina y el cuarto de servicio. La ventana del baño de Antuan estaba construida contigua a la ventana de otro baño. Solo Alexa era suficientemente delgada para caber por la estrecha ventila. Antuan quiso ayudarle a encaramarse, pero le sorprendió mucho la agilidad con que su hermanita se aferró a los lisos muros y la estrecha cornisa, para luego entrar sin miedo al segundo baño, además sin hacer el más mínimo ruido. Antuan sintió un escalofrío, ¿Era esa su hermana retrasada? solo pudo exclamar —¡Wow!—

La cacería que su madre llevaba a cabo en ese momento, estaba en otro lado, las luces del segundo piso, en esa área de la mansión, permanecían apagadas, aunque las del tercer piso estaban todas encendidas. Unos segundos después, Antuan y Alexa se reunieron en el pasillo, la llave estaba puesta en el cerrojo y simplemente volvieron a cerrarlo, dejando todo como estaba. Luego bajaron en silencio, salieron por una ventana de la estancia para evitar las cámaras. Rodearon la casa por atrás corriendo, y volvieron a entrar por otra ventana, esta vez, la de la antigua habitación de Alexa. Esperaron mucho rato atentos a cualquier sonido, entonces abrieron la puerta muy despacio y sólo un poquito. Todas las luces del pasillo estaban encendidas, podían ver la puerta del despacho desde ahí, eran apenas doce metros, pero era demasiado peligroso, se podían escuchar conversaciones en la sala y la cocina. Alexa no perdió tiempo, se lanzó gateando por el pasillo y entró. Antuan temblaba de miedo y emoción, porque su hermanita se movía

rápida y ágil, como una cucaracha gigante. El pasillo continuaba desierto, esa fue su ventaja. Unos segundos después, la niña salió nuevamente repitiendo la hazaña, sin embargo no se veía feliz, —¡No están...!—murmuró molesta. Antuan pensó unos segundos, —Mamá las tiene, ¡Obvio! ¡Anda con ellas cerrando las puertas! Debí pensar en eso—, Alexa se encogió de hombros, miró a su hermano, —Vamos. Si hay árboles puedo trepar—, Antuan giró los ojos algo exasperado, —Ni tú ni yo hemos trepado árboles nunca Alexa, no inventes— La niña lo tomó de la mano. —Yo puedo intentarlo—añadió, con candidez infantil, pero de pronto el chico sonrió, —O podemos usar una escalera. Hay una en la cochera de empleados, donde papá guarda sus autos de colección—. Los niños chocaron sus palmas, la de Alexa no produjo sonido, eso fue extraño, pero volvieron a salir por la ventana.

Se dirigieron al viejo establo, sacaron la escalera, luego la escondieron entre los arbustos detrás de la casa, para volver corriendo. Ella llegó primero, Antuan no podía creer la forma suprahumana que Alexa usaba para desplazarse, parecía aparecer y desaparecer en la oscuridad. Era muy temprano todavía, su madre podía regresar en cualquier momento y notar su escapada, así que repitieron todo el proceso, incluso lo de las ventilas del baño para cerrar por fuera, Antuan estaba cada vez más sorprendido. Ahora era él quien actuaba torpemente, chocaba con todo y tropezaba.

Esperaron horas en silencio, con las luces apagadas y las cortinas abiertas para vigilar alrededor. Lo que más les molestaba, era la penosa quietud que pesaba sobre la mansión. De común no podía oírse nada de un extremo a otro, sin embargo, el ambiente tenso hacía insoportable la espera, y eran apenas las once.

Irma y Roberto cenaron en un restaurante cerca del camino, rumbo a la mansión Romero. Era el último establecimiento comercial antes de entrar a la exclusiva zona donde vivían, luego de eso, sólo había residencias vigiladas con cámaras y muros muy altos, docenas de ellos. Debían ser muy precisos, ya que los vecinos, de por sí acostumbraban a tener vigilancia privada, y la policía rondaba permanentemente las desiertas calles entre las mansiones, día y noche. No era broma decir que hasta las empleadas domésticas y diseñadores de exteriores, andaban sólo en auto por ahí, por lo tanto, un par de paseantes, vestidos de azul marino y negro, sobresaldrían al instante. Se tomaron su tiempo con el café y los pasteles, mientras el lugar se iba vaciando. A media noche, los empleados amablemente les obligaron a salir, no sin antes agradecerles su estancia e invitarlos a volver.

Estuvieron especulando detalles dentro del auto hasta pasadas las doce y media, entonces se pusieron en marcha. Dieron solo dos vueltas para decidir dónde ocultar el vehículo, luego caminaron entre la maleza y finalmente entraron al bosque. Tuvieron que hacer malabares con las lámparas de mano, ya que no podían mantener las luces encendidas de forma constante, para no alertar a la policía. Irma colocó una bufanda sobre la luz, entonces pudieron seguir con mayor rapidez, Roberto conocía el camino a medias, su única referencia, era la barda que recorta el cielo nocturno en ángulo recto, con eso se guió. El sendero estaba seco y bien trazado, alguno que otro vecino lo usaba para correr por las mañanas o para pasear a sus perros, por eso era seguro. Sin embargo, perdieron la subida varias veces, tuvieron que andarlo de ida y vuelta, hasta que Roberto encontró las señales que los conducían a la puerta de hierro. —Ha crecido mucho la vegetación, ¡Aquí!—anunció triunfante, cuando encontraron el hueco del marco en la pared. Apagaron las luces y esperaron. Irma lo abrazó, se mantuvo acurrucada temblando de nervios. Ambos se sentaron recargados contra la fría puerta metálica, procurando absoluto silencio.

En ese mismo instante, los herederos de Romero caminaban cargando la larga escalera de

aluminio por entre ramas y plantas con espinas. Alexa iba guiando la marcha muy despreocupada, mientras, Antuan iba estrellándose e hiriéndose con todo. La niña veía en la oscuridad a la perfección, sin embargo, parecían no llegar. Tenían que cruzar por el terreno en la oscuridad, las copas de los árboles no les dejaban ver por la enmarañada y espesa penumbra. Tuvieron que usar la escalera tres veces para orientarse desde la altura, y muy penosamente siguieron su camino, ya que no encontraron ningún trazado.

De repente, una cosa enorme se atravesó frente a ellos, tuvieron que detenerse, de momento Alexa no reconoció de qué se trataba, pero su hermano se impacientó con la súbita parada. —¿Ahora que Alexa? ¿Te volviste a perder?—, La niña le pidió guardar silencio, —Hay algo grande ahí, ¡Se está moviendo!—murmuró aterrada. La cosa frente a ellos resopló, sintieron miedo, un segundo bulto se unió al primero; Alexa sintió que habían sido descubiertos, pero Antuan reconoció el sonido y sonrió. Dejó la escalera en el suelo, tomó la mano de su hermana, la condujo despacio hasta los «monstruos», y se dio cuenta que eran sólo un par de caballos. —¿Caballos aquí? Siempre quise uno—dijo la niña, sonriendo entusiasmada, —No me preguntes... mamá—respondió el muchacho. Alexa estaba muy emocionada—¿Puedo tocarlos?—, Antuan se encogió de hombros, —Tenemos que moverlos para poder seguir—agregó. Lentamente su hermanita caminó hacia los animales; pero las bestias brincaron encabritadas, en cuanto notaron una negrura silenciosa que se les acercaba, entraron en pánico. Uno salió disparado chocando fuerte con las ramas, relinchando de miedo. Antuan abrazó a su hermana para protegerse con los árboles, porque el otro intentó patearlos, las coces chocaron con fuerza en los troncos, para luego perderse huyendo en sentido contrario, ambos animales produjeron sonidos espeluznantes, como si un depredador horrible los estuviera atacado.

Los niños se salvaron por nada de morir ahí mismo, Alexa agradeció a su hermano, pero estaba temblando, tenía ganas de llorar y orinar. —Nos pateó bien feo...—musitó la chiquilla, —Claro, los asustas, ¿Cuándo habías visto una cosa como tú?— La niña hizo un puchero, —¿Doy mucho miedo? ¿Soy un monstruo? ¿También a ti?— Antuan quiso decirle algo bonito, pero solo pudo expresar la dolorosa verdad, —«No...» Bueno sí; un poquito. Es el tono del color, ni siquiera se nota bien donde están tus ojos, pero no es por ti... de verdad—. Alexa no pudo contener las lágrimas negras que brotaban en caída libre, —¿Crees que papá me va a querer así?—, Antuan, algo arrepentido de sus palabras, la abrazó. —Sí, te va a querer igual. Solo es cosa de acostumbrarse, ya ves que a mí también me asustaste al principio, y ahora ya no. Pero sigues bonita, puedes ser una modelo exótica—. Alexa chilló de nuevo, —No quiero ser nada exótica, quiero ser como antes—. El chico consoló a su hermanita lo mejor que pudo, —¿Por qué te quejas? ¿Recuerdas?, antes no podías hablar, eras como un adorno de sala babeante, apestabas a mierda. Pero ahora eres como... ¡súper!, sí... puedes ver en la oscuridad, escalar paredes, y correr como, como... wow, y lo que hiciste en el pasillo fue ¡Súper wow!, ¿Puedes caminar así por el techo?—

La pequeña poco a poco dejó su desconsuelo, mientras su hermano le recordaba que sus nuevas habilidades los habían llevado hasta ese punto del camino.

—¿Y qué?, si no me hubiera ido, nada habría pasado, todo seguiría igual—chilló Alexa, Antuan la tomó del hombro, ella lo condujo hasta la escalera, —¿De verdad te gustaba ser un fucking ladrillo? Te voy a decir algo... eres mejor así de rara, que rara como antes. De verdad me daba vergüenza decir que eras mi hermana, sobre todo porque orinabas en el suelo y usabas pañal, pero ahora eres...increíble, como de otra dimensión—le dijo, y remató dándole un beso en la mejilla.

—Deberíamos ir juntos a vacacionar a ese mundo negro, imagína siete días... ¡Excelente!, en una hora podría saltarme toda la secundaria, en un día ya no tendremos ningún pariente vivo y seremos multimillonarios, y en una semana estaríamos en el futuro sin envejecer. ¡Guai! ¡Les go!

Los hermanos cargaron la escalera, continuaron mientras el chico fantaseaba enumerando las virtudes de la otra dimensión con respecto al tiempo, la niña seguía triste, aunque algunas de sus ocurrencias eran verdaderamente graciosas. —Tú puedes convencer a papá, ¿No te gustaría que fuéramos con él?—, Alexa sonrió al pensar en su padre, —Sí, así podría regresar su ojo—. Antuan continuó dándole cuerda a su creatividad con mil locuras, hasta qué escuchó reír a su hermana.

El tiempo parecía haberse detenido, Roberto sudaba nervioso, —Pasan de las dos, ¿los habrán atrapado? ¡Quizá se perdieron!— Irma, un poco menos angustiada, trataba de apaciguarse. Acostumbrada a mantener la seriedad en momentos de tensión, se sorprendía de sí misma ante la calma que podía mostrar, cuando en realidad sus intestinos querían arrojar la cena, a modo de válvula de escape. —Son sólo diez minutos pasadas las dos, tranquilo. ¿Por qué no les llamas? Sólo una vez y cuelga, estoy segura qué van a responder—. Romero tomó su teléfono, marcó. El celular del muchacho vibró, lo había programado así pensando en que el sonido podría delatarlos, había visto suficientes películas en su vida para saber que eso siempre pasa. Se detuvieron y bajaron la escalera, inmediatamente devolvió la llamada susurrando, —¿Papá? Estamos en camino, no puedo hablar—, Romero respiró aliviado, —¿Dónde están?—preguntó —¿No sé! Entre los árboles. Todo se ve igual o mejor dicho, no veo nada. Pero Alexa me está guiando, por lo menos no estamos caminando en círculo—...Roberto guardó silencio un instante. La imagen de su hijo siendo guiado por una niña subnormal en plena oscuridad le puso los cabellos de punta, —¿Y quién está guiando a Alexa? ¿Tienes el GPS encendido?—, El chico tropezó en ese momento, estuvo a punto de caer. —¿Por qué no me lo habías recordado? Sincronízate con mí número nuevo. ¡Ya estamos casi allí!—exclamó el adolescente. Romero obtuvo también el plano virtual de su ubicación. —Sí, muy cerca—. —Es a la izquierda Alexa, izquierda... tenemos un mapa—alcanzó a escuchar el nervioso padre.

Cinco minutos después Irma y Roberto escucharon ruidos del otro lado de la barda. Fue Alexa quien vio primero el ángel de piedra. —Ahí está la fuente, hermano... ¡Papá, papito ¿Estás ahí?! — El chico también comenzó a llamarlo en voz baja. —Papá, ¡Dady!— Romero se acercó a la puerta, por debajo pudo ver un par de pies, los del chico, pero no veía a la niña. —Sí hijo, aquí estoy—dijo y metió la mano por un hueco. El padre sintió las manos de sus dos hijos tocando las suyas, las contó compulsivamente, eran cuatro, pero seguía sin poder ver a su Alexa. —Abran la puerta, vámonos ya—ordenó su padre. Antuan tuvo que comunicarle el cambio de planes, llevaban la escalera, debían saltar el muro de cualquier manera. —Nunca pudimos encontrar esas llaves, Mom have them—.

Roberto escuchó el inconfundible sonido de una escalera de aluminio rozando la pared. Luego vio asomarse una silueta negra sobre la barda, unos segundos después, distinguió la figura de su hijo, —Papá ¡Aquí! ¿Cómo bajamos?—preguntó el muchacho. Fue Irma quien dio las siguientes instrucciones, —Suban la escalera, pásenla de este lado—. Lo intentaron, más cuando hacían la maniobra, uno de los escalones se atoró con las ramas, y Antuan estuvo a punto de caer. Roberto profirió un grito horrorizado — ¡Hijo!—, Alexa lo agarró con fuerza por el pelo, evitando la muerte a su hermano mayor. Y aun así, no pudieron verla desde abajo.

Irma tomó el control nuevamente—Ayúdame Roberto, voy a subir—. La secretaria se aproximó a un árbol que crecía muy pegado a la pared, Romero la ayudó a trepar mientras ella

hacia la escuadra entre el muro y el tronco. Ya estando arriba, intentó mover la escalera, pero estaba definitivamente atorada con una rama gruesa. —No se puede, van a tener que bajar por donde subí. Ayúdame a recibirlos—ordenó la mujer. Romero se colocó entre el noble árbol y la pared, soportando su peso, se afianzó en total concentración. —Pásame a la niña—dijo el padre e Irma le pidió a Alexa hacer con cuidado todo lo que le dijera. La mujer encaramó a la niña entre las ramas, Roberto la guió paso a paso, muy despacio, hasta que sus pies tocaron el suelo. No pudo abrazarla en ese momento, pero sintió un alivio inexplicable, algo nunca experimentado en toda su vida, cuando aferró con fuerza, las delgadas manos de su amada hija, y supo qué esa cosa color negro infinito, era ella.

Cuando llegó el turno de Antuan, el muchacho se negó a seguir a Irma. —No papá, perdóname Irma, no puedo ir. Si me escapo, te van a hacer otro escándalo. Te va acusar de secuestro. La conozco, mejor nos vemos otro día, por la buena y por la puerta. Voy a estar bien, no pasa que me regañe horrible, otra vez. ¡Bah!—. Irma miró al chico y le acarició el rostro. —Eres muy valiente Antuan, estoy segura que vas a tener muchas novias—afirmó y le tendió la mano, mientras ambos colgaban los pies a cinco metros de altura, —¿Cómo vas a regresar?—preguntó Alexa a su hermano. Roberto resbaló un poco, tuvo que afianzar su postura, al escuchar sorprendido la voz fuerte y firme de la niña, —No te preocupes, tengo toda la noche y ¡esto!—exclamó, agitando el teléfono inteligente en la mano, —Si es tu última palabra, baja ya, yo detengo la escalera—concluyó Irma.

—Llévense a mi hermana lo más lejos posible, donde nunca la encuentre mamá, ¡She 's gone away any way! Buena suerte Alexa, ¡te quiero!—agregó, y se le quebró la voz. —Gracias hijo, con todo mi corazón. Gracias—murmuró el padre. —No me des las gracias. Mejor contrata un buen abogado, yo quiero que tú tengas mi custodia; contrata uno con buenos colmillos y muy corrupto, que siempre gane—. Los demás compartieron sonrisas y risitas, así comenzó su descenso. Luego dejaron caer la escalera, ahí se quedó tirada entre los arbustos.

Roberto ayudó a Irma a bajar del árbol, fue hasta ese momento, cuando estuvo pisando la tierra con ambos pies, que tomó a su hija en brazos, estrujándola casi hasta sofocarla. —Ya papá...a mí también me da gusto—murmuró semi asfixiada, pero el padre no dejaba de abrazarla y besarla.

Antuan y Roberto se despidieron dándose la mano por el hueco debajo de la puerta, le obsequió una de las linternas de baterías recargables, luego permanecieron escuchando al niño alejarse hasta que sus pasos dejaron de oírse. Entonces se pusieron en camino, encendieron la otra lámpara de mano, caminaron despacio rumbo al auto en silencio. Roberto cargó en brazos a su hija todo el camino de regreso, mientras Irma los conducía. —En cuanto lleguemos te vamos a quitar esa tinta negra de encima ¿Con qué te pintaste? Tu cabello sigue muy suave, ¿Lo teñiste? —, Alexa se aferró a su padre temerosa, no sabía cómo explicarle ni que decir. Una cosa era hablar con su hermano, que estaba más que dispuesto a lanzarse de cabeza al mundo de la obsidiana; pero presentía qué su padre no iba a entenderla, y eso la tenía asustada.

Cerró los ojos, pudo notar a Irma echando vistazos cada que las luces de la ciudad iluminaban el interior del vehículo. En un semáforo la mujer le sostuvo la cara, —¿Qué le hiciste a tus ojos bonita?—preguntó alarmada, cuando confirmó la total ausencia de color blanco o azul en ellos, la niña los cerró apretados, —Alexa, ¡Abre los ojos!—ordenó con autoridad su padre. La niña obedeció lentamente y agachó la mirada. Roberto la tomó por la barbilla, ambos adultos quedaron impactados por lo que estaban presenciando.

La luz del semáforo cambió a verde y luego a rojo nuevamente, el auto seguía sin avanzar en el crucero. Irma encendió las luces interiores, mientras Roberto revisaba a su hija con la linterna.

La niña comenzó a retorcerse, su padre le estaba haciendo daño desesperando, —¡Déjenme!— chilló Alexa enojada. Su padre notó entonces la negrura de los dientes. —Abre la boca. ¡Déjame ver! ¡Demonios! obedece. ¡No te voy a lastimar!— Al grito, la niña hizo lo que se le pedía, él nunca había subido la voz con ella; vieron que también su boca era totalmente negra, la lengua, el paladar, las mejillas por dentro, las encías. —¡Está envenenada, vamos a un hospital!— exclamó Irma, Roberto estuvo de acuerdo y entró en pánico, mientras, Alexa lloraba, e intentó bajar del automóvil sin lograrlo.

Al amanecer un equipo de médicos particulares atendía de «emergencia» a Alexa Romero Roex. Le hicieron pruebas de sangre, orina, y saliva. Tomaron muestras de su cabello, uñas, piel y biopsias de sus principales órganos internos, la sometieron a tomografías y ultrasonidos, y fue revisada por un ginecólogo por primera vez. Los doctores se comunicaron con varios especialistas, creían que la niña había sido envenenada con alguna sustancia tóxica, posiblemente radioactiva, así que la mantuvieron en observación constante y aislada de todos. Los técnicos del laboratorio estaban confundidos, las pruebas arrojaban datos normales, salvo por una ligera anemia todo parecía bien. El problema era el color negro brillante de las muestras, de ahí en fuera todo era normal. Roberto estaba destrozado. No podía soportar la idea de haber encontrado a su dulce princesita, para verla morir de nuevo en un cuarto de hospital. Irma lo acompañó en todo momento, se dedicó a buscar información en internet sobre condiciones similares en el mundo, pero no había ningún dato científico, nada sino incontables leyendas arcaicas, de oriente principalmente, y temas referentes a la gangrena y el cáncer. Se comunicó con los mejores especialistas del país, mandó docenas de correos electrónicos a varias ciudades, hasta algunas del extranjero. No tardó mucho en recibir respuestas, solicitando fotografías y copias de los resultados de los análisis. Al medio día, el caso de Alexa, debido a las influencias de Romero y el escándalo viral en internet, había hecho eco en países tan lejanos como Japón y la India. Médicos de todo el planeta fueron convocados. Pronto, una docena de investigadores volaron a visitar a la niña mexicana. Romero pagó los boletos de avión para todos ellos.

Mientras, recluida en una sala especial, Alexa lloraba sin consuelo. Sus lágrimas negras habían dejado una gran mancha como tinta china en la almohada, eso a nadie parecía preocupar. Confinada en el último piso del nosocomio, completamente aislada y sola, era tocada sólo con guantes, y los médicos se cubrían con trajes especiales y mascarillas para acercarse a un metro de ella. Se sentía traicionada por su padre, le mordía el corazón un dolor puro. Las palabras de su hermano alentando y apoyándola, sonaban muy lejanas, y eran mentira. Ahora sí se sentía como un monstruo, un fenómeno con mucho público en internet. Sabía que no había nada malo con ella, simplemente no existía la sangre color negro en su familia, también se enteró que ninguna otra criatura del planeta tierra la tiene así. Sin embargo, con su nueva claridad mental, pudo darse cuenta qué era inteligente y perspicaz, nadie hablaba con ella, pero podía sacar conclusiones, comprendía el idioma inglés y no recordaba haberlo estudiado, solo por escuchar a su hermano hablarlo cotidianamente.

Por su aspecto, se habían aterrado los caballos, al grado de lastimarse al trotar en la oscuridad para huir de ella. La cosa iba de mal en peor y no terminaba, cada día llegaban más doctores a revisar, alemanes con ojos inexpresivos, chinos con mal aliento, austriacos duros y fríos que la trataron como una rata. Deseaba más que nunca poder volver a su casa y esconderse ahí para siempre, o mejor aún, regresar con su amigo Chan Kaá Yun y pedirle sus colores normales de vuelta. Ella estaba segura que el agua negra a donde había saltado tenía todo que ver con que no hubiera regresado normal. Comenzaba a darle la razón a su hermano al pensar que unas buenas

vacaciones de siete días, o setecientos años terrestres, serían muy reconfortantes, especialmente para ella, después de todo eso. De pronto recordó que había una persona que no había visto y posiblemente podía ayudarla. Tomó el teléfono y llamó a su padre, era una concesión especial que una niña con sus recursos económicos podía tener.

Roberto contestó, escuchó a su hija con mucho cuidado. Asintió a todo y colgó, Irma sólo lo cuestionó con una mirada, —Quiere comunicarse con Dennisse Lynn—dijo el magnate, al instante la secretaria los puso en contacto.

A las cuatro de la tarde la famosa doctora llegó a la institución. Fue obligada a pasar estrictos y rigurosos protocolos de seguridad, y vestir ropa especial y guantes. Parecía una astronauta cuando entró al pabellón aislado, llegó seria, muy molesta por tan exageradas medidas de seguridad. Después de todo, no había rastro de radiaciones, ni venenos, ni agentes químicos, o partículas de ninguna especie, nada, incluso su ADN era perfectamente normal; al ver a Alexa, sonrió encantadora como siempre, aunque su aspecto le produjo un repelús.

Se sentó en la cama junto a ella, de inmediato un altoparlante le ordenó separarse y ocupar la silla detrás de la línea en el suelo. La doctora Lynn obedeció, no quería arruinar su oportunidad de seguir ayudando a la pequeña. Cuando sirvió un vaso con agua a la niña, nuevamente el altoparlante vociferó qué era su última oportunidad, ya que si continuaba rompiendo los protocolos de seguridad, debía salir inmediatamente. Ambas buscaron las cámaras y bocinas, no sabían desde donde las estaban vigilando. Lynn localizó rápidamente las mirillas electrónicas, sus ojos almendrados, educados a contemplar minucias, dieron con ellas en sólo segundos. Acomodó su silla calculando el ángulo donde menos podían mirar, argumentando privacidad médico paciente, y así las dejaron un poco en paz.

—¿Cómo estás Alexa?—fue su primera pregunta, —¿Dónde estuviste el año y medio lejos de casa? Sabes que puedes confiarme, quiero ayudarte siempre, cuéntame la verdad—. La niña mantuvo el silencio varios minutos, lo cual era normal entre ellas de por sí, —Me ha dicho tu papá que ahora hablas, eso es magnífico. Necesito información para poder sacarte de aquí, ¿Alexa...?— La niña abrió la boca y comenzó a llorar desconsolada, la doctora no la había visto reaccionar ante nada nunca; su instinto materno despertó adolorido con su llanto, pero sabía que no podía ser.

—Me duele verte así. Discúlpame por no abrazarte, ellos no me dejan—en voz baja envió símbolos de reiki, y la niña recibió confort. —Alexa, no tengo mucho tiempo. Ellos no lo permiten—. La pequeña sorbió los mocos, se limpió la cara con la sábana, esta se tiñó de negro. Comenzó a contarle la misma historia que le había dicho a su hermano entre sollozos. Lynn la escuchó con atención, sin interrumpirla, solo procurando preguntar lo más indispensable. Cuando concluyó su relato, la doctora guardó silencio, —No lo cree ¿verdad?—inquirió la pequeña, —Bueno... conozco la obsidiana octagonal, sé que eso es verdad—. Alexa comenzó a perder la paciencia con sus ambiguas respuestas —Pero no cree. Estuve ahí, me curé de lo otro; voy al baño sola, es la prueba, esta cosa negra también, ¿Cómo explica esos horribles exámenes y experimentos? Todo es normal y ¡no me importa quedarme de este color! ¡Quiero salir de aquí!, ¡Yaaa! Hoy. Por favor doctora Lynn, es la verdad—balbuceó, volviendo a llorar de forma lastimosa.

Dennisse quería darle una esperanza a la niña. Por supuesto no creía una palabra sobre dimensiones y mundos de obsidiana, sin embargo, para ser mentira o una fantasía infantil, era muy compleja. Por su mente cruzó la idea de qué: «quizás, debido a torturas o abuso psicológico... (Ya que no había rastros de abuso sexual ni de ningún otro tipo, según se informó

previamente) cualquiera, bajo ciertas condiciones, podía inventar todo eso y más, para no revivir el trauma del cautiverio. Es lógico, y hasta normal, en alguien qué ha sufrido más allá de sus límites», apuntó Lynn. Consideró la historia como: «una metáfora del sufrimiento real», y deseó «poder seguir ayudando a la paciente». La doctora retiró uno de los guantes y, muy disimuladamente, introdujo la mano bajo las sábanas, hasta alcanzar uno de los pies de la niña, y acarició sus deditos.

—Te creo—susurró la especialista, —Sé que no eres contagiosa, ni estás enferma. Haré todo lo que pueda para que te den de alta. Pero debes ser paciente, hay mucha gente aquí que no te creará, solo espera, coopera y todo saldrá bien. Tu padre está moviendo el cielo para ayudarte, todos estamos contigo—añadió la erudita psiquiatra, apretando maternalmente los deditos de la niña. Luego retiró la mano, sin hacer evidente, se puso de nuevo el guante. —¿Ves? Soy tu amiga. Te voy a ayudar—y sonó la señal de «Terminar visita» escribió al final en pocas palabras: «la pequeña está mejor ahora». Su despedida fue breve, dejó una nota de esperanza en el ambiente, y su tarjeta bajo la sábana, le guiñó un ojo sonriendo con ternura. Salió del tanque aislado, fue esterilizada con un vapor a presión que olía a lejía; antes de retirarse, detrás del cristal dirigió para Alexa una ligera genuflexión.

Alexa tomó la tarjeta, la escondió, no sin antes leerla varias veces para memorizar los datos. Unos minutos después, el teléfono de la habitación sonó, Roberto le anunció a su hija que Claudia acababa de llegar. —Tu mamá quiere verte, tu hermano también está aquí ¿Quieres hablar con ella?— La chiquilla lo pensó unos segundos y accedió. —¿Mamá?, ¿Mamá...?— preguntó, pero su madre cortó la comunicación.

No esperó mucho, acababa de colgar el auricular cuando Claudia se dejó ver a través del cristal del cuarto. Llevaba el teléfono de su padre en la mano, volvió a marcar. Alexa descolgó el aparato, lo puso en su oído. —Solo quería verlo. ¡Eres noticia!, estás en todo el sanglant internet... Dime una cosa, ¡Chose! ¿Tu m'as brûlé?— La niña guardó silencio unos segundos, mudó su expresión, delatada al instante por la culpa, Claudia estalló furiosa, —¿Tu m'as brûlé?! — Alexa quiso explicarle pero Claudia enloqueció —Maman...—suplicó, con acento francés — ¡Fruyer! No soy tu maman. Ma fille est sourde, muette, et stupide. Ella es blanca, rubia, tiene ojos bleus ¡Bleus!, como yo. Tú eres ¡an frayer! Je te hais, ¡Je te hais! ¡¡Va te faire foutre et crève!!—gritó, y escupió el grueso cristal varias veces, luego reventó el teléfono inteligente de Roberto contra él. En el colmo de su furia, intentó abrir la puerta, amenazando con estrangular a la nena, haciendo sonar varias alarmas. Enfermeros y personal de seguridad tuvieron que correr, aún así dio buena pelea, apenas entre cuatro hombres lograron detenerla, mientras dos enfermeras la sedaron con inyecciones.

Alexa observó todo desde su cama. Permaneció con el auricular en la mano sin poder creer lo que vio ¿Esa energúmena furiosa era su mamá? Más que triste o deprimida estaba asustada. De repente, de la nada comenzó a recordar un fragmento de su vida anterior al trauma, cuando tenía cinco años. Se miró a sí misma jugando en el jardín, con su hermano de apenas seis cumplidos. Ella subió corriendo las escaleras de mármol. Llevaba un vestido blanco con encajes muy finos, y una cinta de seda roja en el cabello, parecía un regalo. Entró corriendo a la mansión, abriendo puertas despreocupadamente, para ir a su recámara a buscar más juguetes. Su hermano permaneció afuera, jugando con los hijos del guardia, al gotcha con pistolas de agua, cuando aún se consideraban amigos, antes que su madre les inculcara el rechazo a las clases trabajadoras y los sirvientes. Ella recordó todo de manera brillante, como si la luz del sol iluminara la sala. Se apuró por el pasillo, cruzó frente al despacho de su padre, y escuchó un quejido, un grito

ahogado que venía del interior. Con toda su inocencia y energía infantil, abrió la puerta para ver qué estaba pasando.

Lo que vio fue a su madre, estaba hincada frente a un hombre maduro, socio de su padre, al cual llamaba tío por familiaridad, aunque no estaban emparentados. Los adultos se separaron al instante. El hombre sostuvo su miembro erecto y húmedo, Alexa no pudo evitar mirarlos. Sintió algo helado reptando por sus piernas, como un hechizo congeló su corazón y el resto de su cuerpo. No pudo moverse ni dejar de mirar ese enorme pene en erección.

Su madre se acercó a ella rápida y amenazante, enterró sus largas uñas manicuradas en su cara y cuello. Sus labios seguían mojados, salivaba deformando sus facciones, le susurró amenazante —No vas a decir nada. No viste nada, ¿oíste? nada. ¡Nada!— Aterrada vio como el rostro de su madre se convertía en algo pavoroso, babeante y terrorífico. Las uñas acrílicas, muy cerca, en el borde de sus párpados, cortaron su piel, las clavó hondo. Creyó por unos segundos que iba a sacarle los ojos por la manera desquiciada en que hundió la punta de la uña. Alexa tenía fija la mirada en su boca babosa, estaba paralizada, aterrada más allá de su comprensión.

El hombre continuó acariciando su grueso miembro e indiferente las miró, sonrió, exhibiéndose frente a la niña, invitándole a tocar su pene, y le mandó lamidas con la lengua. Entonces Claudia lo miró, sintió celos de su hija. Rabiosa la tomó de la mano y el cabello como un gato, la arrastró por el pasillo, la azotó contra los muebles todo el trayecto hasta su habitación. —¡Sin llorar!— amenazó furiosa. La llevó adentro, después de abofetearla muchas veces, colocó el videojuego entre sus manos, dejándola sola, y cerró la puerta sin hacer casi ruido. Fue el sonido «click» de la chapa con forma de sirena, y el silencio de su habitación, lo que detonó su mente; entonces orinó la alfombra por primera vez. Después de eso Alexa se volvió un «zombi».

Necesitaba hablar, reaccionar, continuaba con el auricular en la mano, mirando los escupitajos de Claudia escurrirse sobre el cristal. No supo desde donde, pero un grito salió como un terremoto por su garganta. La niña se jaló los cabellos, continuó gritando y gritando. Arrojó el teléfono contra el vidrio, arremetió contra todo lo que pudo. Las máquinas y el instrumental volaron, rodaron y se hicieron pedazos, arrojados al vacío por la fuerza de su desesperación. Arrancó el suero de golpe, su brazo sangró negrura profusamente, goteando el piso, las paredes y demás mobiliario, luego se paró frente a las cámaras, sin poder desahogar el todo el cúmulo de impotencia que brotaba desde su interior; pero su fuerza amainó, las piernas dejaron de obedecer y se desmayó.

Cuando abrió los ojos, continuaba en la misma habitación del hospital. Levantó una mano, vio que seguía color negra como obsidiana. Tenía suero puesto en otra vena y una bolsa de transfusión llena con sangre roja, donada por su padre, que al ingresar a su cuerpo se volvía negra sin causar rechazo o molestia alguna. Estaba mareada; miró por el cristal, vio a Roberto, Irma y Antuan mirándola. Alexa buscó los ojos castaños de su hermano, él sonrió, sacó su teléfono celular y escribió algo, luego lo puso contra el vidrio, en letras grandes y negras decía «Love you =)». Luego le hizo la seña de pulgar arriba, aprobando su conducta y todo el desastre que había hecho. Alexa sonrió, mientras su hermano decía que sí con un dedo. No puso mucha atención a Irma, pero creyó ver, que a su padre le escurría una lágrima negra del ojo ciego. De repente se perdió en alucinaciones, y absurdos sueños lúcidos. «Exceso de tranquilizantes» estipula en el parte médico, y la doctora Lynn lo confirmó meses más tarde cuando fue requerido. Alexa sentía paz en el corazón, como si hubiera regresado a casa, estaba completa sin importar de qué color fueran sus ojos o su sangre. Volvía a ser una persona normal, a ser ella misma en su cabeza, eso le ayudó a descansar.



La niña durmió varios días de continuo, los médicos no sabían por qué, ya qué no fueron administrados más sedantes, por orden estricta del padre, quién retiró su consentimiento, por la sobredosis inicial. El temor de un coma inducido o daño cerebral fue rechazado de inmediato, simplemente dormía. Alexa no soñó nada, nadie supo que su consciencia descendió hasta la negrura, y la guió de vuelta a la dimensión de obsidiana en conciencia. Durante esos pocos minutos en tiempo negro, la niña pudo hablar nuevamente con Chan Kaá Yun.

Ella apareció cinco minutos después de saltar, justo cuando el niño de la obsidiana daba la vuelta para irse a casa con su abuela, la niña lo tocó en el hombro. Él dio un respingo. —P-p-pero que... ¡Tú...! ¿Por qué volviste?—preguntó el chiquillo, espantado ante el ser transparente frente a él. —No sé. Devuélveme mis colores, ¡se quedaron aquí!—. El niño miró el lago, apenas estaban estirando las ondas por el salto de la niña, pero aun sin alcanzar la orilla todavía. —¿Pero qué hago?—dijo angustiado, —¡¿Entonces?!—reclamó ella, Chan Kaá Yun se cubrió la cara con las manos, —Perdóname, no sé cómo ayudarte. ¡Mira!, me quemaste con tu arma, duele—.

Alexa examinó su rostro, lo tocó levemente, y se dio cuenta que el color de sus manos era normal aunque transparente, y vestía la bata del hospital. La niña levantó ambas manos admirada del cambio. —Están aquí, regresaron. Se fue la espantosa negrura—. Muy ofendido, el niño respondió, —Eres grosera— dijo, y murmuró algo entre dientes.

—Discúlpame, pero en mi mundo soy un fenómeno por tu culpa—. El niño se cruzó de brazos, estaba realmente enojado con el comentario, —¡Ja! Aquí también lo eres, ¡niña fea!, tienes manchas extrañas y desconocidas en todas partes, das mucho miedo. Sobre todo tus ojos raros... o, no me mires así—, la niña comprendió que debía cuidar sus palabras, su anfitrión era habitante local, y la había ayudado, ella tenía todo en desventaja. —Lo siento, no quise decir que tú eras espantoso o un fenómeno. Pero entiéndeme, me llevaron a un hospital, me han sacado muchísima sangre con agujas, ¡y también duele!—Alexa le mostró los brazos, el niño los examinó, —¡Qué malos!, no sabía. Pero no puedo ayudarte, soy un niño, no sé qué hacer. Solo puedo preguntarle a mi abuela otra vez, ella me dijo como... Salió corriendo cuando vio la cosa que quema. Era como tú cuando nació, pero se curó de las manchas aquí. Llegó aquí hace muchos años, cuando era una niña. ¿Vamos?, vive cerca de aquí—sugirió el niño, y la tomó por el brazo. Alexa chilló de dolor, él niño debió disculparse nuevamente,

—No puedo ir contigo—. Chan Kaá quiso saber por qué, —por el tiempo—respondió exasperada. El niño miró el cielo —Es muy temprano, no vamos a tardar—. Alexa le explicó con cuidado a qué se refería; cómo en los pocos minutos qué tardaron caminando, desde su casa hasta el lago, se había desfasado del tiempo en su mundo un año y medio. Sin ahondar mucho en detalles, le dijo que debía volver inmediatamente, porque si no perdería semanas. —Voy corriendo a ver a mi abuela. Mi selva es muy oscura para ti—exclamó, y salió corriendo. —¡No

te vayas!—gritó Alexa. —¿Por qué?—preguntó el niño regresando, ella respiró. —Necesito despertar, estoy soñando en el hospital, por eso soy transparente, mira esta ropa fea. No me queda. Chan Kaá, ayúdame por favor—suplicó; el niño miró sus quemaduras pero sonrió valiente, —¿Necesitas ésto?—levantó la lámpara led y señaló al lago, ella asintió. Ambos cerraron los ojos, Alexa saltó en el hueco seco y sin fondo que se formó nuevamente, y despertó en la ciudad de México, continuaba en ese costoso hospital privado en la sala de aislamiento, era media noche.

Alexa recordó las cámaras sobre ella, antes de abrir los ojos completamente, así que no hizo movimientos reveladores de su vigilia. Espió la división de cristal, no vio a nadie del otro lado. Parecía la vitrina de una tienda en la madrugada, esa comparación la molestó un poco, pues recordó la franquicia de mascotas. Las puertas electrónicas selladas hacían casi imposible una salida convencional. No había ventanas, el baño tampoco las tenía. Todo el aire del cuarto era filtrado y reciclado antes de salir del edificio. No había forma de hacer nada sin ser descubierta o detectada por algún sistema de seguridad. Decidió esperar, sabía que su padre la rescataría, debía ser paciente como la doctora había sugerido. Frente a su cama, estaba colocado un reloj digital, que marcaba la hora y la fecha. Se dio cuenta que habían pasado dos semanas y días desde que perdiera la consciencia, durante su breve charla con Chan Kaá.

Alexa estaba intrigada, aún no sabía realmente cómo su conciencia había ido al mundo de las sombras sin el vórtice, claro tampoco fue con todo su cuerpo, pero sin embargo veía los resultados en la fecha y los recuerdos de su «sueño». Una enfermera pasó dando su rondín, la niña fingió que dormía. Siguió de largo sin entrar en el cuarto monitoreado. Recordó que durante el sueño raro provocado por el suero con tranquilizantes, sintió el efecto de voltereta, hallándose repentinamente en el universo negro. Cuando volvió sintió el mismo efecto, ¿Cómo fue, qué hizo? Intentó dormir nuevamente, pensando despertar en la dimensión oscura, pero al abrir los ojos, se dio cuenta que era simplemente de día, por la hora en el reloj frente a ella. Irma estaba ahí, la vio moverse y dio aviso a Roberto. Al instante lo vistieron y desinfectaron para dejarlo pasar.

Roberto tomó una silla, se colocó en la línea de seguridad que estaba marcada. Alexa se sentó en la cama con las piernas cruzadas. Se miraron en silencio largo rato, fue la niña quién rompió la pausa, —Déjame salir. No voy a curarme aquí. Me siento bien, no me duele nada. ¡Déjame ir! Prometo mantenerme escondida, nunca saldré de la mansión para no seguir avergonzándote—. Romero enderezó su postura antes de responder.

—¡No!, Decir que me avergüenzo es una tontería. Lo único que quiero es que vuelvas a la normalidad—. La niña tendió su mano—Tienes que dejarme salir, o trae la obsidiana, si llueve puedo probar que digo la verdad—. Romero pensó un momento, —Eso puede ser, hacer algunas pruebas e intentar, darte otra oportunidad. No estaban nada contentos con las otras máquinas que rompiste, tuve que pagar más de medio millón de dólares—. La niña sonrió, —¡Qué bueno, por encerrarme aquí y torturar mis brazos! Sácame de aquí, haz que crea en ti—. Romero asintió, —Quiero ver a la doctora Lynn, ayer... o, bueno, la otra vez cuando me desmayé, recordé algunas cosas. Ya no estoy enferma como zombi, nunca lo fui. Quiero volver a la mansión—.

Roberto prometió concretar una cita con la doctora, en cuanto ella tuviera espacio en su agenda. La niña pidió su video juego, el cargador de pared y todos los cartuchos, para entretenerse, en las largas y aburridas tardes de encierro. El magnate habló con las autoridades del hospital, para que bajaran las medidas de seguridad alrededor de su hija.

Sin embargo, los médicos no accedieron, argumentando que no tenían resultados concluyentes,

cuidándose de mencionar que aquello era el descubrimiento del siglo, para varios investigadores de diversas ciencias, que seguían en la búsqueda del por qué, para después buscar la cura. A Roberto no le hizo gracia tomar conciencia de haber sido él mismo, en su desesperación, quién había entregado su tesoro a manos codiciosas. Entonces decidió suspender los fondos dispuestos para la investigación, sabía qué secando la fuente las ranas se irían, y así lo hizo. Era su jugada, esperaba respuesta, estaba seguro que algo provocaría sin sus millones. Mientras, continuaría el plan de Alexa, ninguno de ellos sabía dónde ir, no había información, además de la historia de la niña. Irma, por órdenes de Roberto, se puso en contacto con Antuan, era el único que permanecía cerca de la obsidiana, debía ser él quién la consiguiera, ningún otro podía acercarse a la mansión y mucho menos entrar.

Extrañamente, Claudia había bajado la guardia más rápido de lo que hubieran pensado. Desde la bochornosa escena protagonizada en el hospital, se mantenía en un estado de quietud inusual en ella. Pasaba los días en casa, sanando las quemaduras, que le habían dejado manchas color café oscuro en su costado izquierdo, la espalda, debajo de la axila y en ambos senos; apenas visibles de lejos, sin embargo, la obsesionaba, al grado de vestir únicamente blusas de manga larga y cuello alto. Dejó sus habituales vueltas en la piscina, la cual, rápidamente adquirió el tono verdoso que toman con el descuido, se recluyó en su vida de internet. Cada vez con más frecuencia pasaba las tardes en casa, haciéndose aficionada a las compras en línea y los juegos tipo casino. Comenzó a vaciar las tarjetas de débito a una velocidad escandalosa, al tiempo que la mansión comenzó a llenarse de cajas cerradas, que se apilaban en las docenas de recámaras y estancias deshabitadas. Llenó closets con ropa que ni siquiera estrenaba, solo la ordenaba por colores y estilos, cuando uno se llenaba, iba por otro y otro más. Lo mismo con los cajones, atiborrados de joyería fina y baratijas todas revueltas. Lo más valioso lo conservaba en su recámara personal, la cual muy pronto fue insuficiente como alhajero, y tuvo que cambiarse de habitación. Evitaba deliberadamente las de sus hijos, especialmente la de Alexa, las cuales mantenía cerradas con llave e intactas, tampoco se acercaba al lado este de la casa, para no ver a Antuan.

El muchacho se sentía muy solo. El hecho de qué efectivamente el «accidente» había sido su perro, lo había puesto en un estado de desgano total, se había prometido no tener otro. Sin embargo los gemelos lo supieron y decidieron remediarlo; le llevaron de regalo un cachorro sin raza, pero muy bonito, que habían encontrado vagando en un parque. Al principio no quiso aceptarlo, pero el perrito se hizo querer, como hacen los cachorros. Los hermanos le pidieron darle un nombre, y participaron en una especie de bautizo improvisado, en el cual se divertieron bañando al perro, jugaron gotcha con metralletas de agua, e improvisaron canciones de guerra y lucha como salvajes.

Los gemelos pasaron la noche en la mansión Romero, fue difícil convencer a su madre, pero al final accedió, con la condición de no faltar al colegio al día siguiente. Fue inevitable para los alocados muchachos querer explorar. Esperaron a que la empleada se fuera a acostar, para salir al pasillo y adentrarse en las inmensidades del segundo piso. Los chicos estaban muy impresionados, jamás se habían imaginado que su compañero de clase viviera así, parecía un hotel elegante con salones adornados diversamente. Enloquecieron cuando vieron el mini casino del cuarto piso, con su barra surtida de todo, máquinas tragamonedas de verdad y funcionando, y las cien máquinas de arcade con los mejores juegos. Si bien ellos también eran de clase muy acomodada, y con padres millonarios, nunca habían presenciado algo igual. Antuan, por su parte, no escatimó la noche y los condujo de un lugar a otro, visitando los salones más elegantes. Se

treparon a los exclusivos muebles como bestias, mal usándolos y estrenándose a la vez. Tomaron muchas fotos y jugaron con todo lo que quisieron. Sin darse cuenta los sorprendió la mañana, y apenas habían visitado un poco de la casona. —Tienes que invitarnos de nuevo Antuan...—dijo uno, —...tu casa es magnífica—terminó el otro. —Claro...sí, pero necesitamos más tiempo ¿Les gustaría pasar las vacaciones aquí?—, los hermanos se miraron. —¿De verdad?—preguntaron a un tiempo, —Sí. Hay muchas habitaciones, podemos comer lo que sea, y tengo videojuegos, cientos—. Los muchachos murmuraron entre ellos, parecía que no se estaban poniendo de acuerdo, pero pronto decidieron. —Aceptamos por una semana, si nos divertimos más aquí, que yendo a esquiar a la bahía de Río de Janeiro, entonces serán las dos ¿Trato?—asentó el líder, —Trato—concluyó Antuan, y se dieron la mano los tres. Luego todos corrieron abriendo los brazos y jugando a los aviones por los pasillos, seguidos por el perrito, se hacía tarde y debían ir al colegio.

El viernes, los gemelos llevaron maletas a la escuela, y presumieron su inusual destino vacacional entre sus compañeros. Los hermanos estaban muy emocionados, habían decidido que el resto de su familia podía ir a Brasil sin ellos, seguros que no iban a arrepentirse. No solamente era la enorme mansión, sino el paraíso de video juegos, el casino, y los salones con estilos de todo el mundo, que Antuan poseía y, por supuesto, la compañía de su anfitrión, que dicho sea de paso, siempre seguían a todos partes. Desde que estuvieron juntos en Europa, hacía ya más de un año, se habían dado cuenta qué el chico tenía las mejores ideas, solían llamarlo «Señor Diversión» entre ellos.

Para Antuan Romero Roex, la compañía de sus amigos representó un mundo de diferencia, así que no perdieron tiempo, dedicándose a hacer todo lo que les daba la gana, a cualquier hora, sin límites, ni supervisión de nadie. Se tardaron cuatro días en conocer toda la mansión, y uno en explorar el jardín con machetes. Allí encontraron a los caballos y probaron a montarlos a pelo, pero la locura no les duró mucho, porque los animales se alejaron internándose entre los árboles, y ya no se dejaron ver. Luego nadaron en la alberca verdosa, organizaron una parrillada que la empleada tuvo que atender, mientras los muchachos jugaban tiro al blanco con una ballesta profesional y juguetes viejos.

Los gemelos quedaron asustados, de la rapidez con que pasó la primera semana, y maravillados por no haber visto a ningún adulto, a excepción de la «asistenta», durante tantos días. Se sentían libres, incluso uno del otro, ya que escogieron recámaras muy separadas, y hacían cosas sin tomar en cuenta a su gemelo; también comenzaron a vestirse distinto y actuar por separado. Una tarde, quisieron acampar cerca del quiosco abandonado, organizaron una «lunada» con fogatas e historias de miedo, las favoritas de todos, y una botella de vino tinto extraída del casino.

Todo iba de maravilla esa noche, hasta que Claudia emergió de las sombras para terminar, dándoles un buen susto de paso. —¡Antuan!—gritó en la penumbra, los chicos enmudecieron. Llegó hasta ellos, seguida de un guardaespaldas, y sin darles tiempo a nada, los mandó a dormir. El guardia no sonrió, apagó el fuego con el vino y tierra, ensució sus zapatos. Mientras, la madre del chico los escoltó hasta la mansión, reprendiendo por el desastre que hicieron en la semana. —¿No se cansan de comportarse como bestias? Van a provocar un incendio. ¡Les ordeno permanecer dentro de la casa; o voy a llamar a su madre!—sentenció Claudia a los gemelos. Ellos no objetaron, solo asintieron mustiamente, sabían lo buenas amigas que eran ambas, si Claudia los acusaba, muy probablemente le creerían tal cual solo a ella.

Entraron por el lado oeste, tuvieron oportunidad de admirar, solo de pasada, la gran pantalla de 75 pulgadas apagada, y eso les pareció el colmo de lo increíble. Ambos reaccionaron

exageradamente, demostrando su asombro ante semejante pedazo de tecnología japonesa gigante. —¿Podemos jugar aquí?!—preguntaron al mismo tiempo los gemelos a Claudia —¿Mmm?... ¡No!—respondió tajante, y siguieron de largo. Ambos estaban atónitos, tuvieron que ser llamados por sus nombres para hacerlos reaccionar.

La señora Roex los escoltó hasta el otro lado de la casa, amonestó a todos con reglas inventadas al vuelo, y los reprendió nuevamente por hacer tanto ruido, y mantener despierta a la asistente indefinidamente. —No me importa si ustedes duermen o no, pero dejen a la sirvienta en paz en la madrugada, ya no quiero escuchar quejas, ni llantos. ¿Comprende?— Los tres muchachos asintieron.

—Antuan, controla a tus invitados, est la dernière chance. O no te permito a tus amistades en Mi casa—sentenció la madre, y el hijo asintió. Se fue sin darles las buenas noches, dejándolos hundidos en los sillones.

El perrito callejero se había mantenido todo el tiempo en silencio, Claudia no parecía darle ninguna importancia, Antuan dio gracias por ello. Finalmente, uno de los gemelos habló, —Tu mamá no me cae bien amigo, lo siento—el otro secundó, —Sí ¿cómo puede ser ella tu verdadera madre?— El chico se encogió de hombros, —No sé, mi papá... podríamos vengarnos; si quieren ayudar—murmuró maliciosamente el muchacho, los gemelos se adelantaron a decir que sí. Entonces Antuan les habló de la obsidiana, les contó el plan que había tramado desde hacía varios días, para recuperarla.



Mientras su hermano se divertía «vacacionando» en la mansión Romero con sus mejores amigos, Alexa tuvo oportunidad de entrevistarse de nueva cuenta con Lynn. La niña le contó a la psiquiatra lo que había recordado, explicándole de paso, qué ya se sentía curada de su estado anterior. La doctora sonreía abiertamente, escuchando los detalles de esas memorias que su paciente había logrado desbloquear.

—¿Quién diría qué ésta condición en tu cuerpo, pudiera liberarte del trauma en la mente? Estoy muy sorprendida y satisfecha Alexa. Sí, tu observación es muy correcta, ese parece ser el shock detonante de la catatonía y la alexitimia. Me alegra tanto que no sea...otra cosa—. La niña sostuvo la mirada, —¿Cómo qué?—preguntó al final. —Ya no tiene importancia. Ahora, con mayor razón, hay que sacarte de aquí, para que puedas disfrutar tu vida como mereces, y recuperes el tiempo perdido. Yo tenía miedo de que no lograras tu cura, esto es un gran alivio—. Alexa sintió que algo estaba ocultando su psiquiatra, pero no insistió, ella tenía miles de recursos y sabía que no podría hacerla hablar así nada más. —Ya no soy un zombie. ¿Va a darme de alta? Será una «mancha» menos en mi expediente—.

Dennisse percibió el reproche en las palabras de la niña, hizo algunas anotaciones en su libreta, —Sí Alexa, voy a darte de alta, por lo menos de lo mental. Estoy totalmente convencida que no volverá. El que puedas hablar y defenderte por ti misma, es justo lo que tanto deseábamos, no hay por qué continuar calificando de disminuida mental. Eres aguda en tus observaciones, has sobrepasado todas las pruebas psicométricas de manera sobresaliente. Estás curada. Voy a informar a tu padre en cuanto salga de aquí—. La niña detuvo a la doctora con un ademán, —No vaya a contarle nada de lo que dije de mi mamá—. Lynn negó con la cabeza, —No, nunca, se llama secreto profesional. No te preocupes, ya verás que entre todos te vamos a ayudar—. La menor de los Romero se recostó, mirándola con los ojos entrecerrados, —Estoy muy aburrida en ésta pecera, ¡Quiero irme!— Lynn continuaba escribiendo, —Lo sé, siempre es tedioso esperar, pero ve el lado amable de todo esto—. La chiquilla giró los ojos—¿Cómo qué?— La doctora notó la ironía y nuevamente afirmó, —Pues... recordar quién eres y meditar—. Alexa, algo irritada ante las palabras de Lynn, le pidió dejarla sola. La doctora, sin objetar, se dispuso a irse, no sin antes sonreír como siempre, deseándole luz y sanación, palabras que la niña agradeció. Permaneció pensativa mirando el techo un largo rato, un relámpago luminoso la había puesto en ese predicamento, quizás otro la sacaría de ahí, así se volvió a dormir aunque no tenía sueño, invocando fervientemente regresar a la otra dimensión.

Quedaban solamente un par de días para que las vacaciones terminaran, los gemelos nunca habían disfrutado tanto en sus vidas. Acostumbrados a la continua y escrupulosa mirada de su madre, nunca habían tenido tantas oportunidades de ser libres, durante tanto tiempo, y eso los tenía rebotando de pared a pared. Llevaban toda la semana acechando a Claudia con binoculares,

espiandola desde lejos cuando entraba en alguna habitación, sin que ella lo notara. La misión había resultado mucho más divertida y emocionante que todo lo demás, y todos sus esfuerzos se vieron recompensados, cuando la oportunidad llegó por justicia.

Antuan estaba jugando videojuegos de rol con uno de los hermanos, mientras el otro montaba guardia en la terraza del quinto piso. Este miró cuando Claudia abordó una de las camionetas, para alejarse por el camino de adoquines, conducida por el chofer. Inmediatamente llamó a su hermano, los muchachos corrieron en «velocidad cinco», para llegar al otro lado de la casa, mientras el otro permaneció como vigía.

Sabían que iban a toparse con una puerta cerrada, así que llevaron ganzúas, un par de mochilas de camping, y guantes, simplemente porque se veía «pro». Abrieron la habitación de Alexa en pocos segundos, la sirena no era muy segura, tomaron «la roca», la pusieron en una mochila, envuelta en un sweater de niña; y volvieron a salir sin hacer ruido, ni ser vistos. Luego, y como parte del plan, allanaron la recámara de los Antuan, haciendo ruido a propósito, y dejándose sorprender por las empleadas. Como el muchacho llevaba sus pertenencias, y más videojuegos, en ambas mochilas, las criadas no sospecharon de él más de lo debido.

Cuando Claudia regresó, fue informada inmediatamente de la visita de los adolescentes a su área de la casa, ella se encaminó para reprenderlos; no sin antes, revisar sus propios tesoros puerta por puerta. No dudó en despojar a su hijo de las ganzúas, prohibiendo terminantemente volverlo a hacer, so pena de terminar en un internado en Francia, y vigilado por su abuela, porque sabía que su vástago odiaba ese idioma y a su abuela. Los gemelos se mantuvieron en silencio, aunque en secreto celebraban, ya que no habían sido ni cuestionados, ni acusados en ese momento, y la mitad del plan estaba funcionando.

El primer día de clases, los tres muchachos regresaron al colegio, llevando muy bien escondida, la pesada obsidiana, en una de las maletas de los gemelos, para entregarla, envuelta en un lío de ropa, a Irma, durante la salida. La operación fue perfecta, los gemelos se despidieron de su amigo deseando volver a la mansión Romero lo más pronto posible, ya que para ellos habían sido literalmente, las mejores vacaciones de sus vidas.

Los muchachos se encargaron de dotar a Antuan con la imagen del perfecto anfitrión, enumerando una y otra vez las bondades de la mansión, fijando comentarios, y docenas de interesantes imágenes en sus redes sociales, ensalzando cada minuto de su estancia ahí, después de dos semanas de inusual silencio. El resto de los estudiantes del instituto los envidiaban, en especial a Antuan, cuya fachada lo promovía como habitante exclusivo de un paraíso, sin conocer ni de chiste los tristes detalles de su aparentemente idílica existencia.

En cuanto Romero tuvo de vuelta el negro cristal volcánico, quiso llevarlo al hospital para comenzar a hacer pruebas con él, pero Irma lo disuadió, argumentando que no sabían lo que harían los científicos. —Podríamos perderla. O si lo rompen o lo rayan quizás nunca recuperaremos a tu hija. Además, no sabemos cómo funciona—. Roberto le concedió la razón, —Es verdad, ha mencionado muchas veces un relámpago, debemos hacer pruebas antes de intentarlo con mi hija. Yo me presto de voluntario—. Irma lo tomó de la mano—No, tus hijos te necesitan. Comencemos con algo inanimado. Si comprobamos su historia, podríamos volvernos famosos, ¡imagina que la compañía domina los viajes inter dimensionales!—, Romero sonrió—Eso en el supuesto que sea verdad—. Irma acarició la superficie brillante y pulida del octágono, —Si fuera verdad te volverías el hombre más rico del planeta. Dominarás el tiempo, podríamos especular con lo que te diera la gana, simplemente guardándolo del otro lado, regresando en el momento oportuno—, Romero la abrazó, —No me interesa ser el más rico de nada, I just want

my daughter back, pero gracias por darme ideas, lo tendré en mente—concluyó, besándola tiernamente, mientras la imaginación de la ambiciosa secretaria volaba como la de los niños.

Lo primero que intentaron, fue utilizar lámparas de halógeno de alta densidad para simular el rayo, pero no contaban con qué la instalación del edificio donde Irma vivía, no soportaría la sobrecarga. Volaron todo el sistema eléctrico, provocando fuego en el departamento y el sótano. El estacionamiento automatizado quedó clausurado y fundido. Dejaron quemaduras en la alfombra; las paredes también debieron ser reparadas de forma artesanal, y los tapetes cambiados, antes que otros notaran la marca del fuego. Afortunadamente, los administradores no supieron en qué piso se provocó el desperfecto, de otra manera la hubieran corrido esa misma tarde. Hubo necesidad de cambiar toda la instalación eléctrica en los doce departamentos.

Romero decidió utilizar una bodega en la planta de almacenaje de su compañía, para las pruebas. Los cables e instalaciones eléctricas de uso industrial soportaron bien las lámparas, sin embargo no obtuvieron ningún resultado. Por más que intentaron, simplemente no ocurrió nada. Utilizaron varios tipos de luces, probaron con otras más sofisticadas que funcionan con hidrógeno, para volver a conseguir un resultado cero. Romero llamó a su mejor ingeniero dentro de la empresa, casi lo obligó a realizar las pruebas, a cambio de una insólita cantidad de dinero, para que guardara silencio. Al jefe no le molestó el aspecto juvenil de su empleado, porque era un superdotado en su facultad; aunque parecía un joven simple con sobrepeso, que hacía ejercicio, y usaba anteojos; también utilizaba mochilas de plástico con figuras de anime japonés.

Lo intentó de mil formas distintas, tratando con varios tipos de fuentes lumínicas y resistencias, sin éxito alguno. Pasaron días enteros sin dormir, haciendo una prueba tras otra, pero el resultado seguía siendo el mismo. Como no era época de lluvias, debían dejar de intentarlo con luz natural de momento, además, conseguir un rayo en el momento oportuno es de verdad imposible. Romero comenzó a obsesionarse con la obsidiana, al grado de permanecer días en vigilia y ayuno, solamente avocado en hacer funcionar el vórtice, mientras, Irma entraba y salía del hospital, comisionada para vigilar a la niña, evitando que esos desagradables experimentos lastimaran más a Alexa. Llamaron a dos abogados para evitar legalmente que usarán jeringas o agujas en la niña.

La segunda vez que Alexa volvió a quedarse dormida de forma misteriosa, ocurrió después de una visita que su padre le hiciera, solamente para informarle qué continuaba con las pruebas y debía esperar un tiempo más. La pequeña estaba furiosa, llevaba meses encerrada, comenzaba a tener síntomas severos de estrés por el cautiverio, y la tortura diaria de tantas pruebas de sangre, aunque las hubieran detenido. Corrió a su padre a gritos, reclamando por no estar haciendo lo suficiente, se tumbó en la cama cubriéndose con las sábanas hasta la cabeza, muy enojada. No supo cuando, pero sintió el efecto del vórtice, y notó qué su conciencia había logrado salir sin querer.

Abrió los ojos, aun sentía que se encontraba debajo de las sábanas, pero se alegró mucho al ver el pasto negro debajo de ella, y su cabello muy largo y rubio como siempre, por lo menos, el tiempo pasaría más aprisa que en el hospital, y aquél mundo continuaba invitándola a explorar. No quiso alejarse mucho de donde se encontraba junto al lago, y decidió llamar a su amigo Chan Kaá Yun a gritos, para llamar su atención, y fue una mala idea. Algunos curiosos se acercaron rápidamente y comenzaron a rodearla, todos estaban horrorizados, comentaron sobre la extraña condición de su piel, señalaron sus ojos como algo espeluznante, y que no se miraba nada saludable, más bien parecía contagiosa y descolorida. Una mujer cayó desmayada por la fuerte impresión, al ver semejante ente. Fue entonces que Chan Kaá llegó de la mano de su abuela,

haciendo un hueco en el círculo de mirones. Ixeel Yun les pidió hacer espacio, ya que ella era la más anciana de todos y tenía autoridad en la comunidad. Revisó a la niña, le pidió ponerse de pie, luego la condujo hasta su casa, escondida debajo de una sábana, para evitar que los curiosos fueran a lastimarla. Aunque medio pueblo los siguió de cerca, haciendo todo tipo de comentarios malintencionados, en español de otra época.

—Discúlpame—suplicó la abuela—debes saber que si comes o bebes algo, no podrás volver a tu casa. La oscuridad te inundará desde adentro para afuera y serás como nosotros para siempre. Tampoco debes mojarte con lluvia—. Alexa asintió, —No tengo hambre—respondió ella, Chan Kaá se sentó a la mesa, su abuela le brindó fruta. El niño la comió goloso, parecía succulenta y deliciosa, a pesar del color negro aterciopelado, mientras, la niña lo observó disfrutando, y se le antojó la fruta. Alexa se dio cuenta que el niño portaba quemaduras y ampollas en los brazos y las mejillas.

—Chan Kaá dijo que naciste de mi mundo—inquirió Alexa, —¿Cómo puedo estar aquí y allá?, además recuerdo todo en ambas partes, ¿Por qué soy transparente?— La vieja Ixeel acarició el negro cabello de su nieto. —Así es al principio, luego simplemente te acostumbras—. La niña admiró la casa, se dio cuenta que una pieza de obsidiana octagonal descansaba sobre la repisa.

—Yo viajé con una de esas—señaló la pequeña, —Yo entré a este mundo usando este portal. Mis padres me ofrendaron al hombre que creó esto, a cambio les ayudó en lo que pidieron, pero eso fue hace mucho—recalcó nostálgica la anciana, —Este lugar es un zoológico—. La mujer puso a calentar un poco de leche negra, el fuego brillaba intensamente azul-negro, se sentó a terminar una camisa que estaba haciendo para el niño. —¡Este universo es artificial! Ponte de pie Chan Kaá voy a tomar medidas—ordenó, y así lo hizo el niño, —¿Es qué?— preguntó la niña, —Artificial; mejor, te voy a platicar algo. Hace muchos, muchísimos años, hubo un hombre que podía entrar y salir a voluntad de este mundo. Fue un brujo Maya muy poderoso. Gracias a sus habilidades, pudo descubrir el secreto mejor guardado de las obsidianas, y encerró a todo un mundo en una de ellas—.

»Labró una obsidiana muy grande, que encontró escarbando un cerro, y varias más pequeñas, ¡estas! son como puertas. Los escondía por todas partes para ver qué pasaba; aunque él provocaba los relámpagos con una sola palmada, y los dirigía con sus dedos. No tardó mucho en abrir portales cada vez mayores combinando las obsidianas, y sosteniendo la luz de los rayos; así pudo robarse poblados enteros, y las selvas y montes de por donde vivía. Poco a poco fue haciendo habitable este mundo, trajo árboles, flores, comida, el lago y el río, las montañas... Luego, cuando se aburrió de su zoológico personal, con cientos de animales y plantas, trajo gente para habitar su creación. Pronto se dio cuenta que las personas y todo lo que venía a parar aquí, extendía su vida de forma indefinida.

Los niños estaban muy atentos al relato de la abuela. —Con un rato que pasaba aquí platicando, en esta misma mesa, avanzaba años enteros del otro lado; le divertía desaparecer, para luego ver la cara de sus enemigos, los aterró hasta volverlos locos, por qué él continuaba joven y ellos eran ancianos. Hasta que un día, se dio cuenta que la ciudad donde vivía había sido destruida, y la naturaleza había recuperado de vuelta todo lo que veía. No le quedaban enemigos, ni amigos, y nadie lo recordaba. Entonces se dedicó a vagar por ahí, secuestrando gente de distintas partes, durante siglos, y trajo más animales para su colección, y para hacer su vida menos solitaria. Porque aquí se le tenía estima, los ancianos lo consultaban, y platicaba con todos; curaba a la gente. Era muy bueno con nosotros. Le gustaba estar aquí—. Chan Kaá parecía

feliz, —Y muchos años después nací yo, ¿verdad abuela?— La anciana sonrió tristemente—Sí mi corazón, aquí nacieron tus padres y tú también—.

Alexa quiso saber cómo era ese brujo y si todavía vivía, —Ya no vive. Hace mucho murió de hambre en esta misma casa; yo fui la última en llegar aquí, tenía tu edad. Nací en 1810. Aunque él pudo alargar su vida cientos de años en el mundo normal, en este mundo, el tiempo pasó de forma común para él y para todos nosotros. Tú misma lo percibes. Un día, otro, el siguiente, crecen las plantas, engordan los animales, desayunos, cenas... Pero solo él parecía satisfecho con el intercambio, creyó que podía esconderse de la muerte aquí, pero aquí también morimos—. Los niños quisieron saber cuál era el trato que el brujo hacía para poder meter a la gente al mundo negro. —Es difícil saber, a mis padres les ofreció riquezas y poder, pero ¿quién sabe qué hicieron con esos tesoros? Cuando se hizo viejo, simplemente esperaba en los caminos, secuestraba viajeros, desaparecía gente con un relámpago. Sin preguntas, solo porque le gustaban para su colección. Llevaba su obsidiana a todas partes—.

Alexa quiso saber cómo era el brujo, si era de color negro también en el mundo normal. —No, él nunca perdió sus colores como dices tú. Simplemente se tiraba sin ropa al sol, y su piel volvía a estar prieta, luego, tomando mucha agua y comida, recuperaba el rojo de su sangre, y volvía a ser como la gente en unas pocas horas de allá—. La niña se sorprendió ante esa revelación, —Yo llevo meses y no recupero nada...— La abuela observó a la pequeña, —Estás muy pálida y en los huesos, además, si no te da el sol de lleno, no hace efecto que comas o bebas agua—. La chiquilla sonrió, —Tiene razón abuela Ixeel, parezco una niña de sombra en una maceta, nunca salgo de casa... ¿Y los ojos de mi papi?—

Ixeel Yun pensó mucho esa pregunta. —Nadie sabe eso, creo que al brujo no le gustaban los testigos y por eso les robaba los ojos. Todos nosotros trajimos el par de alguien al llegar aquí, te voy a enseñar—Ixeel fue a la cocina, y regresó con una jaula para aves con dos pares de ojos flotantes, que al instante la miraron con curiosidad. —Ellos siguen mirándolo todo, tienen vida y consciencia propia... eran de mis padres. Se quedaron ciegos rodeados de lujos y comodidades allá—.

Alexa sonrió ante la idea del ojo de su padre flotando y viviendo eternamente, pero luego pensó en lo mucho que él quería recuperarlo. —Chan Kaá, te suplico que liberes el ojo que dejé en tu habitación, voy a hacer caso de todo, espero quedarme siempre en mi lado del universo. Quiero regresar, ha pasado mucho tiempo. Espero no volver aquí, pero me dio mucho gusto conocerlos—. La abuela sacó la linterna de led de un cajón, apuntó al cristal, cerró los ojos, y el vórtice succionó a Alexa. Ella se dejó llevar. El niño abrazó a su abuela para evitar salir volando. Apagó el haz de luz, la pared y los muebles estaban arruinados. Las cicatrices al niño le provocaron escozor. —Volverás hija, lo siento—señaló la anciana, sus manos ardían, pero sintió pena por la niña. Cuando Alexa abrió los ojos, habían transcurrido once meses y trece días.



Era medio día en el mundo actual, pero no había nadie detrás del grueso vidrio del pabellón aislado. Miró el reloj, se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado y se alegró de haberse ido meses, aunque había sido poco tiempo en realidad sólo para ella. Intentó incorporarse, pero varios monitores comenzaron a sonar sus alarmas, la tenían conectada a tantas máquinas que parecía adorno de navidad, con cientos de foquitos, extensiones y aparatos haciendo ruidos. De inmediato, un par de enfermeras se asomaron, también pudo ver a Irma, la cual hablaba por teléfono, seguramente con Roberto. La secretaria sonreía saludando con la mano, Alexa la miró devolviendo el gesto. No estaba contenta por estar ahí, pero sí por tener la cura en sus manos. En verdad era muy sencilla, tomar el sol no era difícil, de inmediato pensó en pedirle a su padre que la llevara a la playa, un mes entero, para poder recuperarse. Se imaginó a sí misma descansando en la arena, y aunque pensó que le daría un poquito de pena desnudarse, sabía que se las arreglaría de maravilla, especialmente porque era la cura para ella.

Pero Romero ya había llevado las cosas demasiado lejos, habiendo agotado todas las alternativas comerciales, ahora experimentaba con láseres de alta potencia. Había mandado construir unas instalaciones que parecían de película futurista. Gracias a la tecnología que habían desarrollado, estaban logrando avances con el vórtice; consiguieron abrirlo lo suficiente para mandar a la dimensión negra, primero fruta, luego media docena de conejos blancos, uno a uno. Romero estaba tan involucrado con su descabellado empeño, que no entendió del todo la llamada de Irma, porque estaba muy entusiasmado con sus avances. Colgó el teléfono sin haber escuchado con atención a su amante, en cambio, decidió hacer una prueba más, antes de intentarlo con la niña para devolverle sus colores, o eso pensaba él.

El joven ingeniero estaba preparado para accionar la máquina, le pidió a su jefe que se colocara en el área de pruebas. Oprimió los botones. Al instante el millonario pudo experimentar la textura aterciopelada y cálida del vórtice, sintió que su cabeza giraba, obligándolo a cerrar los ojos por el vertiginoso camino. Cuando volvió a ver, estaba en la recámara del niño, todo era como Alexa lo había descrito. Vio un ojo que flotaba sobre su cabeza, la colcha y juguetes de Alexa, todo le pareció familiar, sin embargo no le prestó mucha atención, lo dejó donde estaba, creyendo el ojo un simple juguete. Entonces salió del cuarto y anduvo por la casa, estaba sorprendido, aquello parecía una pintura de tenebrismo surrealista en cuatro dimensiones. Encontró un espejo por el pasillo, se dio cuenta que seguía siendo él, pero con el ojo ciego inverso, eso le pareció lógico, obvio, y siguió de largo.

Entró a la cocina, no había nadie ahí, sin embargo cuando pasó por la sala, se topó de frente con la madre de Chan Kaá. Ella comenzó a gritar aterrada. No tardó mucho en aparecer el padre del niño, sin camisa, armado con un palo largo con una pesada obsidiana labrada en el extremo. Intentó golpear a Roberto para defender a su mujer. Romero intentó negociar con el hombre,

pero la mujer gritaba enloquecida, y le exigió a su marido acabar con el terrorífico intruso. El magnate se salvó un par de veces de los golpes, corrió hasta alcanzar la puerta, para luego salir disparado a la calle. Los vecinos dieron la alarma en cuestión de segundos, hombres y mujeres salían de todas partes armados con palos y cuchillos, iniciando una cacería humana y terminando con la quietud de la tarde.

Había demasiada gente persiguiendo a Roberto, el pueblo entero lo seguía de cerca arrojándole piedras y toda clase de objetos. Romero apenas podía respirar, con el miedo y la carrera comenzó a perder velocidad. Jadeante, se metió entre los árboles, para después terminar contra uno gigantesco; resignado a morir ahí mismo, encaró a la muchedumbre. Los señores Yun eran los primeros encabezando la plebe, instigando a sus paisanos a linchar al horrible intruso. Varios de ellos comenzaron a lapidarlo sin compasión, hasta que una piedra le pegó de lleno en la frente. La roja y brillante visión de la sangre hizo que la turba se detuviera, no imaginaban siquiera que pudiera existir dicho color, les pareció algo mágico, divino, imposible de resistir. —¡Otra piedra, otra piedra! Hay que ver si sale más de esa cosa bella—gritó alguien, estéticamente extasiado, y varias manos se aprestaron a lanzar sus proyectiles. Roberto creyó que moriría, lo único que lamentaba, era haberle fallado a su princesa. Las rocas hicieron blanco sobre su cuerpo en varias partes. Sin embargo la suerte lo salvó, porque de entre la plebe Ixeel Yun, con la linterna en la mano, y Chan Kaá, se abrieron paso. Detuvo a los asesinos y silenció la muchedumbre, cegándolos con un haz de luz que provocó fuego azul-negro en los árboles. Todo se detuvo, la gente se miró con luz y se descubrieron horrendos. Como algo podrido debajo del agua. Romero buscó con la mirada quién le había ayudado. Al ver a Chan Kaá, creyó reconocer al niño que su hija había descrito, porque era el único que no parecía asustado ni aterrado. Comenzó a suplicar por su vida en nombre de Alexa.

La abuela explicó a la muchedumbre que el hombre no tenía la culpa de estar ahí, ya que solamente buscaba el bien de su hija; varias personas reconocieron haber visto al medio día una niña horrenda, con manchas muy poco salubres en la piel, y sus ojos eran algo aterrador e imposible de describir. Chan Kaá Yun suplicó a sus parientes dejarlo en paz, porque era el padre de su amiga. Su madre reprendió al niño ahí mismo por acercarse a desconocidos, pero afortunadamente dejaron de maltratar a Roberto, y hasta le ayudaron a ponerse de pie.

Romero intentó dejar de temblar, pero no logró estar así más de unos pocos segundos, ya que estaba agitado y muy adolorido. Un hombre corpulento y enorme se acercó a él, lo tomó por el cuello con una mano; como un muñeco lo arrastró hasta el lago, y lo lanzó al agua. —Yo te voy a ayudar a irte de aquí, que se vaya o se ahogue—anunció el gigantón, y todos estuvieron de acuerdo. El Corpulento individuo se enjuagó las manos en el agua, y el resto de los vecinos se encargaron de limpiar todo rastro de ese escandaloso color que los había fascinado, dejando su negro mundo tan pulcro como siempre. Ixeel y Chan Kaá corrieron a la orilla, el hombre se había hundido. El magnate contuvo el aliento lo más que pudo, sin embargo no lo suficiente, no supo evitar tragar un poco de esa agua negra en el último momento. Ixeel activó la linterna led cuando pudo ver su espalda sumergida, solo así regresó, formando un hoyo en el agua con el haz de luz. Cuando abrió los ojos, Roberto seguía ciego del derecho, y había cambiado de color como la niña.

El laboratorio estaba en tinieblas, las máquinas cubiertas y empolvadas, era de noche, habían pasado meses, pero eso aún no lo sabía Roberto, de inmediato se dirigió al estacionamiento. Vio su automóvil dorado cubierto de mugre y hojas secas, se montó en él para ir al hospital. Miró su cara en el espejo retrovisor, de su frente y su cabeza, escurría un líquido negro y brillante,

además de agua negra. Sus heridas estaban todas abiertas, sangraba profusamente. Encendió el auto, aun no daba con las palabras de agradecimiento por estar ahí con vida. Estalló en llanto al reconocer lo injusto que había sido con su hija, y rió aliviado, al mismo tiempo, de poder tener la oportunidad de experimentarlo en su propia piel. Se dio cuenta que efectivamente lo único que dolía de aquello, eran los golpes; miró sus manos y se sintió como un ser anormal. Ahora qué también era de color negro espacial, los médicos debían creerle a la niña. No dudó que así sería, pero algo dentro de sí le decía a gritos que no, que se equivocaba, que había cometido un grave error. A medio camino del hospital, se desvió para dirigirse al departamento de Irma, ¿A donde iba a ir sin ella?

Los vidrios polarizados de su vehículo le daban cierta privacidad a los costados, sin embargo el parabrisas no; un taxista lo observó reiteradamente, Roberto sintió miedo de ser descubierto, pero el hombre también parecía preocupado, mal acostumbrados a ver cosas raras y sufrir asaltos, el hombre discretamente reportó en la frecuencia para taxis de sitio, a un “encapuchado”, manejando un auto ultra lujoso color dorado, —Algún mafioso—pensó el taxista. En cuanto avanzaron los vehículos en el semáforo, aceleró. Roberto esperó unos segundos, cuando comenzaron a sonar los cláxones, avanzó también. Si lo detenía la policía diría que era actor e iba un set; así que manejó tranquilo, estaba mareado. El caso de Alexa era bien sonado, nadie dudaría qué alguien estuviera haciendo una película.

Un par de calles antes de llegar, Roberto perdió el control del auto de súper lujo, destrozando el emparrillado y la suspensión, contra una palmera. La planta no sufrió daños, sin embargo soltó un mazo gigante de dátiles, destrozando también el parabrisas, y sumiendo el toldo. De inmediato los vecinos se asomaron, el estruendo del choque, en medio de la madrugada, levantó a todo el mundo, en esa colonia para gente pudiente. Muchos de ellos vieron salir una sombra tambaleante del auto, que avanzó sin hacer ruido, y a velocidad asombrosa; al instante comenzaron a grabarlo con sus teléfonos creyéndolo algo sobrenatural, las cámaras de vigilancia de varios edificios, lo captaron caminando como desorientado. Cuando llegó al de Irma se pegó al timbre. Ella se asomó al instante. Romero no podía hablar, se dejó caer en las escaleras de entrada, sosteniendo su cabeza con ambas manos. Irma bajó corriendo en pijama, dejó la puerta abierta de su departamento. En cuanto alcanzó la calle, intentó ayudar a su amante a ponerse de pie. Quiso hacerlo entrar, pero él se negó, lanzando el peso de su cuerpo hacia el automóvil obstinadamente. Ella lo sostuvo con toda su fuerza, pero las pantuflas de perritos resbalaron, y él pesaba casi lo doble que ella. Miró sus manos y notó las heridas, tomó consciencia de estar empapada de negra y viscosa sangre caliente, y además del magnate Roberto Romero.

Levantó la vista a las ventanas, todos sus vecinos los estaban observando en ambos lados de la calle, la cámara de la entrada y los aterrados ancianos vigilantes, no le quitaban la vista de encima, temblaban. Roberto se desplomó sobre el deportivo de Irma dejando un gran rastro de sangre negra. Ella corrió a la entrada, a través del cristal pidió, suplicó y después exigió, qué le fueran entregadas las llaves de su automóvil. Pero el viejo no se movía; Irma recurrió a las lágrimas, explicando que «eso» estaba herido, y lo ablandó un poco. Le pasó las llaves por el tiro del buzón, retiró su mano como si de peste se tratara. Irma se sostuvo, imprimiendo su mano ensangrentada en el vidrio, sin querer. Romero apenas se movía, la secretaria abrió la puerta trasera, como pudo lo metió adentro, manchándolo todo. Se limpió las manos en el pantalón de franela rosa para poder tomar las llaves, y arrancó haciendo ruido con las llantas; sin embargo el color negro no se iba de su piel. Los teléfonos celulares continuaban grabando y transmitiendo en

redes, desde incontables ventanas, en ambos lados de la calle; muy a lo lejos se escucharon sirenas de policía.

Comenzaba a amanecer, pronto el tráfico estaría avanzando de uno por uno en las principales avenidas.

Irma todavía alcanzó a meterse al periférico algunos kilómetros, pero en cuanto vio el embotellamiento comenzando a formarse, se salió en la primera lateral que encontró. Cruzó por zonas industriales que no conocía, su buen sentido de orientación, la ayudó a salir sin desviarse demasiado.

Estaban por llegar al hospital cuando Roberto reaccionó, incorporándose como un muñeco de feria. Irma gritó impactada por la visión, pero se calmó a sí misma recordando que «eso» era lo que estaban buscando; lo habían logrado, sin que ninguno de ellos sospechara las consecuencias de semejante hazaña. Romero le pidió detener la marcha, ella obedeció como siempre, —¡Al hospital no! Me van a encerrar en una cámara como a Alexa y perderemos todo...—sonaba como ebrio, la secretaria giró en su asiento para verlo de frente, —Estás sangrando mucho, tienes abierta la cabeza y la frente, ¿A dónde quieres que te lleve? ¿Quién va a querer tocarte?— Romero la miró y negó saber la respuesta. —¡Ya sé!—exclamó ella, respondiéndose a sí misma, se colocó nuevamente el cinturón de seguridad y encendió la marcha, —¿A dónde vamos?— preguntó el hombre, sintiendo una penetrante migraña a punto de estallar. —Solo espero que sepa suturar...—respondió ella.

A las seis y media de la mañana, la doctora Lynn hacía yoga en su balcón todas las mañanas, desde hacía muchos años. Se había «aficionado» a observar de reojo a un robusto jovencito, que se ejercitaba a esa misma hora. Fantaseaba al ver la enorme erección de señor grande que levantaba el joven, cuando ella hacía sus «inocentes» posturas de yoga kundalini, y separaba lo más que podía las piernas parada de cabeza. Se despedía siempre con una mirada que le hacía saber al jovenzuelo que era bien visto y admirado, mientras, el veinteañero se chupaba los labios, sobaba su bultazo, y se alentaba a seguir con sus pesas y ejercicios con más ganas, aunque ni de chiste necesitaba hacerlo a esa hora. Así llevaban un par de años. La doctora, tan meticulosa como siempre, le había prometido invitarlo a cenar en cuanto él cumpliera veintidós, para celebrar sus cincuenta. Coincidentemente cumplían el mismo día, lo sabía por las fiestas en ambos departamentos desde que él era un niño de solo ocho años. Lo había visto crecer de lejos, y de todo a todo, ya que a veces cuando hacía mucho calor, desde que entró a la pubertad, dormía desnudo y descubierto. Desde que era un jovencito jugaban ese juego. Muchas veces el muchacho le dedicó sus masturbaciones. Ella lo admiraba y hacía lo propio, de ventana a ventana.

Ella sirvió té de jazmín, se desnudó a medias frente al balcón abierto, y finalmente descorrió las cortinas transparentes un poco, le gustaba mirar al muchacho aliviando su calentura con ella, mientras ella hacía lo mismo frotando su clítoris hasta el orgasmo, detrás de las cortinas que no ocultaban nada. Él nunca la había visto masturbarse, solamente sus movimientos disimulados por la tela fina, y sus atentos ojos orientales fijos en él, como flotando tras la cortina. Y hasta que él eyaculaba, le dedicaba la faena, y mostraba el semen derramado, ella no se detenía, se mojaba las piernas hasta el suelo.

Luego se bañó igual que siempre, con la puerta abierta, dejando ver reflejos de su desnudez, a través de un juego de espejos, que mandó instalar en la puerta y la pared. El joven terminó de ordeñarse, y se retiró de la ventana.

Ella aun sentía ligeros espasmos orgásmicos cuando comenzó a sonar el timbre de manera

insistente y molesta. Se envolvió en una toalla, abrió la portezuela del mirador. Irma estaba ahí. Lynn la miró manchada de algo negro y pensó en Alexa, de inmediato abrió, corrió semidesnuda detrás de ella hasta el estacionamiento. Roberto estaba recostado sobre el asiento trasero en posición fetal, el dolor apenas lo dejaba respirar, si hubiera tenido un arma, se hubiera dado un balazo sólo para no sentirlo.

La doctora Lynn tomó control de la situación médica, tan pronto como fue a vestirse y por guantes de latex. Estuvieron dentro unos minutos después. Primero lo inyectó para quitarle el dolor, luego para sedar a Roberto, él sonrió recordando el comentario de los brazos torturados de Alexa, mientras su amante y la psiquiatra le cosían la frente. Cuando terminaron con la cabeza, Romero roncaba de cansancio. Lo desvistieron entre las dos, cortando la ropa, y lo revisaron, tenía varias costillas rotas, dos vértebras desviadas, que Lynn acomodó con destreza de quiropráctico, y magulladuras en todo el cuerpo, además de eso, estaba fuera de peligro, pero estaría lejos de la acción por varios días. El dolor lo enloquecía, no soportaba ni lo más mínimo sin quejarse. Sin embargo, cuando despertó y estuvo lúcido, quiso ponerse al corriente con los noticieros. Eran las once de la mañana, no se hablaba de otra cosa en todo el país. Romero quiso saber también de su ingeniero y sus reportes, y lo citó ahí mismo.

Mientras, Irma intentó lavar el auto y su propia piel, las llaves, pero no se limpió nada, ni un poco; optó por cubrirlo con un capote proporcionado por la doctora Lynn, para ocultarlo de la policía. Las manchas de sangre negra no se lavaron de ninguna superficie, adhiriéndose con si fuera el color original.

En eso estaban, cuando el ingeniero llegó al departamento, curiosamente le tomó pocos minutos estar ahí. Irma lo observó detenidamente a través de una ventana, era muy joven e iba vestido con ropa deportiva holgada, era algo obeso pero fuerte, se notaba que hacía ejercicio, llevaba lentes y solo una bufanda lo abrigaba de la nublada mañana. Llevaba en la espalda una mochila de plástico común con figuras de anime japonés. La doctora Lynn abrió la puerta y quedó en shock. El joven cruzó el umbral sin ser invitado, al verla, la estrechó contra su cuerpo. La besó húmeda y apasionadamente, sus manos recorrieron su cuerpo sin olvidar nada. Dennisse estaba frente al muchacho de la otra ventana, el mismo al que acababa de ayudar a masturbarse. Todas sus largamente planeadas fantasías de seducción se esfumaron de golpe. La cena especial y el vino añejado perdieron sentido. Cuando reaccionó, correspondió el inmaduro beso con uno patentado de los suyos, mientras, permitió que él sostuviera su mano acariciándola como si fuera un gatito. Lo invitó a pasar y lo sentó junto a Romero, que contemplaba la escena al lado de Irma, ambos admirados y atónitos. Luego hablaron de ciencia, el muchacho llevaba los videos, informes y el octágono de obsidiana dentro de su mochila.



Romero se comunicó con Alexa utilizando el teléfono de la doctora para desviar la atención, le rogaron ser discreta y hablar en clave. Lo primero que preguntó fue sobre su salto a la dimensión oscura, ahora que comprendía los cruces dimensionales, podían hablar y compartir experiencias. Pero Alexa respondió de malas a todas sus preguntas, pasaron meses ocultando el experimento, y sin poder verlo, nadie le explicó que su padre había logrado abrir el portal. No le dio tiempo de explicar que él también estaba afectado por el cruce dimensional. —¡Déjame salir!, ¡llevo casi dos años aquí! ¡Voy a cumplir trece años la próxima semana!—lloraba la muchacha a todo pulmón, su voz había cambiado mayor. A Romero le detonó de nuevo la migraña, tuvo que permitir a la doctora atender el desesperado berrinche de Alexa, parecía no tener fin. Estuvieron platicando casi una hora, hasta que lograron tranquilizarla, fue Lynn quien cortó la llamada. Roberto ya no quiso hablar sobre cristales, ni láseres; mientras, el ingeniero, Irma y Lynn comieron comida comprada. La doctora tuvo citas por la tarde, los dejó solos mientras atendía sus consultas de rutina más urgentes.

Durante la convalecencia de Roberto, la secretaria y el ingeniero se dedicaron a poner en orden los datos y videos, a organizarlos y clasificarlos en archivos. Irma vistió ropa de Lynn todo ese tiempo, mientras hacía su trabajo habitual, sintiéndose definitivamente más cómoda como secretaria que como enfermera. Roberto era un paciente insoportable a ratos, tanto, qué ella acabó delegando todas sus funciones al ingeniero; él era más paciente, incluso tolerante, ante el mal humor y los desplantes de su jefe. Parecía totalmente inmune a ellos, se comunicaban de tú, como acostumbran los varones cuando se tienen suficiente confianza, algo nauseabundo de observar según Irma. Ella, fantaseaba con darle un par de merecidas cachetadas por ser un hombre adulto tan llorón, y al otro por consentirlo. La secretaria se recostó en un sofá cerca de la ventana, observó las manchas negras y permanentes en su piel. Luego durmió un par de horas, mientras escuchaba de fondo las noticias, por si había necesidad de cambiarse de casa.

La doctora regresó a las diez de la noche, porque había atendido una emergencia. Se pusieron de acuerdo para sacar del hospital a la niña, y darle su merecida cura de sol. El problema eran las autoridades sanitarias qué aún no levantaban la cuarentena, y pese a que Romero ya no estaba aportando fondos, la investigación se estaba sosteniendo sola, y fortaleciéndose por sí misma. Habían encontrado propiedades únicas en las moléculas de la sustancia negra, por ejemplo, que no envejecía, no era sensible, no era detectada por rayos X ni radares, volviéndola inmune incluso a la radiación, simplemente lo absorbía todo, neutralizaba, y permanecía como si nada. Los gobiernos de cinco potencias se disputaban la patente, sin saber qué, el simple contacto con la luz solar la desintegraba, perdiendo todas sus propiedades. Algunos se adelantaron robando muestras, y llevándose un chasco cuando las mismas perdieron sus virtudes a la entrega. Las que

sobrevivieron estaban en reservas especiales protegidas del sol, vivirán indefinidamente por miles y miles de años. Fue bautizada como molécula «Axa-Rnm1».

La familia Romero, interpuso un amparo legal para permitirle a la niña tomar el tratamiento, y volver a la normalidad. La doctora Lynn alegó deterioro en el estado mental, y la salud emocional de la jovencita. Después de todo, era innecesario hacerla sufrir de esa manera. Debido a las fuertes críticas públicas, y en redes sociales, al enterarse de la sencilla cura, trataron de redimirse dejando ir a Alexa luego de pedirle disculpas.

Romero, oficialmente, continuaba en un viaje de secreta urgencia, aunque cientos de testigos y videocámaras, lo identificaron como «La mancha humana», como lo habían bautizado los internautas. Nadie sabía la verdadera causa que había provocado el accidente automovilístico. Lo que mantenía ardiendo a la prensa, era la gran cantidad de gotas de sangre negra, qué, donde se impregnaron, no se descomponen; también parecía haber manchado el pavimento de forma permanente, aún después de una semanas, tras haber sido expuesta a todos los elementos. La marca que Irma había dejado impresa en la puerta de su edificio, había provocado que el cristal fuera retirado y reemplazado, sin qué los dueños del inmueble hubieran dado la orden, y el mármol de la entrada también. El auto dorado de súper lujo había «desaparecido» del corralón, aumentando las sospechas de una conspiración. A Romero, todos lo seguían buscando, querían saber su secreto para explotar la «molécula indestructible» nombrada «RTO-Rnm2». Cada gota de su sangre alcanzó un precio incalculable, la cultivaron en laboratorios secretos, para reproducir sus propiedades y aprovecharlas. Pronto, la comenzaron a utilizar experimentando como arma y defensa, intentaron hacer soldados indestructibles para la guerra.

Afortunadamente, sus aliados ocultaron al magnate en la cajuela de un auto rentado, y se fueron a la costa. Entre Irma y el ingeniero, condujeron el vehículo hasta una playa desierta, en el estado de Veracruz. Escogieron ese rumbo solo porque era el punto más cercano según el geolocalizador. Apenas iban de camino en la carretera, cuando Alexa notó como sus colores volvían en partes, donde la iban tocando los rayos del sol. La doctora Lynn los acompañó, observó a la niña divertirse con sus manos y piernas, haciendo figuras, como tatuajes de negrura que desaparecieron. Se despidió de eso en silencio, sonriendo, parecía estar despertando de un largo sueño, y haberse divertido en él. Miró las marcas de las agujas y las máquinas, supo que pronto sanaría, aunque se sentía algo débil, y rara de ser libre por primera vez en su vida. Miró sus ojos en el retrovisor del auto, habían vuelto a ser azules, sin embargo, ya no eran azul-grisáceos, fríos y vacíos como los de su madre, sino de un tono azul profundo, casi morado, como el sol de ese mundo. Haciéndola lucir extremadamente bonita e interesante.

Después de preguntar a unos locales, siguieron un camino de terracería, condujeron hasta donde terminaba, llegando a una playa virgen y desierta. Sacaron a Roberto, que seguía escondido en la cajuela. Alexa siguió a la doctora, fueron detrás de unas dunas de arena, donde el mar entraba lenta y llanamente. En unos cuantos minutos, Alexa recuperó su color natural donde le faltaba. Celebró bebiendo unos tragos de agua de mar, para limpiarse también por dentro.

La doctora Lynn probó a andar topless, y disfrutó del momento. Se divirtieron un rato corriendo en la playa, entraron al mar y regresaron. Se vistieron, anduvieron asoleándose sin blusa un buen rato más, Alexa había cumplido trece años, para ella, aunque en realidad cumplía catorce, por el tiempo que se desfasó del mundo, eso aplicó para su vida y sus documentos legales desde esos días.

Roberto se ocultó con una toalla enorme, luego le hizo el amor a Irma dos veces, dentro de las dunas más lejanas, y aun así, luego de una hora bajo un sol hostil, Roberto no volvió a ser él

mismo. Las heridas aun cicatrizando ahora le escocían con la arena y el sudor, su saliva y semen continuaban igual, negros. Tuvo que confesar frente a Irma, qué había bebido unos tragos de agua de ese mundo, se miró las manos, las hundió en la arena, las sacó nuevamente para verla correr entre sus dedos, se vistieron en silencio. Nadie dijo nada cuando regresó igual, pero sus rostros estaban serios, solamente Alexa se acercó, y le dio un abrazo cuando lo miró. A él le dio gusto verla normal otra vez. Ella quiso aliviarlo repitiendo que lo amaba, que siempre iba a quererlo igual, que lo había extrañado mucho. El hombre estaba deshecho. Tendría que esconderse, disfrazarse el resto de su vida para evitar qué lo encerraran y estudiaran en un laboratorio. Sabía que cada órgano de su cuerpo, valía miles de millones, para gente millonaria como él. Con solo un litro de sangre ganarían todas las guerras, volverían miles de soldados como él. Ahora Él era la mercancía, y debía cotizarse huyendo. Sonrió horrorizado, al pensar que su vida ya significaba acciones de bolsa en la industria bélica y médica. Qué ya no era él quien especulaba, sino lo especulado. Tomó la obsidiana en alto, la lanzó y se hizo pedazos contra unas piedras, luego arrojó los fragmentos al mar. Nadie más debía tener la maldición de la vida extendida indefinidamente en este mundo, y ellos tampoco tenían derecho a usar la obsidiana como portal, para destruir también aquel mundo y aprovecharse de sus raras virtudes.

Por órdenes de Roberto, Lynn y el ingeniero volvieron, junto con Alexa e Irma. El hombre no quiso involucrar a nadie en su huida, aunque ambas suplicaron e hicieron una escena lastimosa, sobre todo Alexa; tuvieron que llevarla a la fuerza. No podía arrastrarlas a la nada, si lo atrapaban, significaba el sometimiento a torturas eternas, estaba condenado a vagar y ocultarse, desaparecer, volverse parte de la nada.

Junto con el octágono de obsidiana, Romero rompió con todo. La compañía colapsó, desmoronándose rápidamente, y declarándose en quiebra unas semanas después. En un mes, los bienes inmuebles y las maquinarias fueron subastados, los equipos y fábricas a su nombre, reclamados por los accionistas y repartidos. No pudo volver a hacer uso de su dinero, ni de nada relacionado con su vida de magnate. Su marca dejó de vender, la gente comenzó a olvidar, pero nunca los gobiernos que lo buscaban incansablemente.

Las propiedades a nombre de Claudia fueron rescatadas por ella, incluida la mansión. Redujo sus gastos con las tarjetas cuando las sobregiró, entonces comenzó a vender sus compras, para seguir comprando. Sin embargo, como único pariente legal vivo, Alexa debió volver a vivir ahí, con su madre y su hermano, lo más convenientemente alejados la una de los otros. Claudia nunca volvió a hablar con ellos, prácticamente la perdieron al mismo tiempo que a su padre, aunque a ellos no les costó mucho hacerse a la idea.

Antuan se hizo cargo de su hermana desde el primer momento. Claudia agotó su cuenta bancaria, en cuanto Roberto fue declarado desaparecido. No muchos años después, se mudaron de la mansión, llevándose lo que cupo en el Jaguar rojo y nunca volvieron. Ambos tuvieron que trabajar, vender el auto, limpiar lo del perro, hacer sacrificios. Pasaron a ser gente común, con buenos puestos laborales por desenvoltura y méritos propios, pero en nada relacionado con el apellido de sus padres pudieron trabajar. Cuando les cuestionaron su origen, siempre mentían, alegando que Romero Roex es un apellido muy común en Brasil. Aunque conservaron a través de la vida, contacto con la doctora Lynn, y mucho más con Irma.

Irma quedó embarazada de Roberto, la tarde que estuvieron en la playa. No lo supo sino hasta un año después de aquél día, debido a la ausencia total de menstruación. Ella creyó que era algo hormonal por su edad, pasaba los treinta y cinco, pero los análisis y el ultrasonido revelaron, sin lugar a dudas, un embrión en gestación. Primero pensó en quitarse la vida, no tenía trabajo, ni

ahorros, ni departamento. Estaba en la calle. Lo había perdido todo por seguir a su hombre. Luego pensó mejor las cosas, recordó que la sustancia negra era indestructible y aunque ella muriera, el pequeño embrión seguiría con vida. No sabía lo que estaba por venir, varias veces se arrepintió, de no haber tenido el valor de matarse ni abortar.

Regresó a vivir con su mamá, y ella tuvo que mantenerla un tiempo, porque no podía trabajar fuera de casa, porque las manchas negras en sus manos, brazos y cuello, asustaban a la gente. Luego, se limitó a decir que eran tatuajes mal hechos que cubrió, y así volvió a la vida laboral. Irma soportó un embarazo de nueve años, los primeros cinco no fueron tan malos, solo iba ganando peso lentamente, pero luego el bebé comenzó a moverse más, y a patear feo, lo miraba, lo sentía dando vueltas bajo su piel. Siempre temerosa que alguien preguntara, o llamara de más la atención. La doctora Lynn, que no era ginecóloga, hizo lo que pudo acompañando y asesorando a la mujer durante todos esos años, pero pasó muchas noches con el nervio a flor de piel, al lado de su ingeniero jovencito y genio desempleado.

Finalmente, Irma dio a luz sola, una mañana, al levantarse, en el baño de su casa, y no fue su culpa, fue el destino. Así nació el pequeño André Romero Días, medio hermano no reconocido y nunca registrado, de los jóvenes Antuan y Alexa Romero, y heredero del terrible mal de la obsidiana, su piel fue más oscura que la de su padre, de un tono negro abismo. El pequeño también tardó mucho en crecer, cerca de tres años por cada año de desarrollo normal; fue solo un bebé inocente cerca de ocho años y así. Pero su madre, aunque envejecía rápidamente alrededor de las manchas, se dedicó a ocultarlo y entrenar a su hijo, para protegerse de todos, le enseñó a sobrevivir solo durante su vida. Lo primero que supo el nene, fue que nadie debía verlo, y jamás debía dejarse atrapar por el gobierno. Su mamá se encargó muy bien de educarlo y acompañarlo, cada minuto de su vida juntos, fue estricta pero comprensiva. Con lo único que le quedó de su gran amor, hizo solo lo mejor que pudo, amarlo. Cuando sus hermanos, ya adultos, lo conocieron, aparentaba tres años, lo quisieron en el acto, y temieron y velaron por ambos desde ese día. Irma pensaba llevarse el secreto a la otra vida, pero como el niño no crecía, ni era normal de ningún modo, debía ser protegido por ellos también, y cuando llegara su hora de morir.

Roberto nunca pudo volver a hablar con Alexa y Antuan, solo espiaba de lejos, escondido y solo, en sus ocasiones importantes o eventos familiares y sociales, en lugares públicos. Trepano muros y tejados, asomado por las ventanas.

Mientras, en la dimensión de obsidiana, poco a poco aparecieron miles de conejos negros con largas orejas, pero que conservaron sus resplandecientes ojos rojos, como la sangre del intruso, y se reprodujeron a un ritmo enloquecedor, royendo todo, mordiendo a la gente, devoraron las cosechas, hoyando sus casas, desnterrando los renegridos huesos de sus muertos; ellos nombraron al fenómeno «La maldición del millon de ojos».